Seix Barral

Traducción
Carles Andreu

Wolf Haas

Cortocircuito



Índice

Portada

Portadilla

OFF

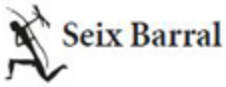
ON

Créditos

Cortocircuito

Wolf Haas

Traducción del alemán por Carles Andreu



OFF

Cuando terminó el rompecabezas, Franz Escher seguía esperando al electricista. Por precaución, comprobó si había desconectado el timbre sin querer. El perchero de la entrada estaba montado justo encima del interfono, y las chaquetas y los abrigos tapaban la lucecita roja del interruptor de silencio, de modo que a veces tardaba varios días en acordarse de volver a conectar el timbre. Cada vez que le sucedía, no podía evitar preguntarse si habría empezado ya a perder la memoria. Pero el interfono estaba conectado; lo único que pasaba era que, una vez más, le tocaba esperar, condenado a la órbita geoestacionaria donde vas a parar cuando un operario no se presenta a la hora convenida.

Escher no era una persona particularmente impaciente, pero no le gustaba tener demasiado tiempo libre, porque entonces se ponía a pensar en su propia vida. En esas ocasiones, su cerebro empezaba a darles vueltas a preguntas superfluas, como, por ejemplo, si, de haberse llamado de otra forma, su vida habría sido distinta. Hacía ya más de treinta años que su nombre le había hecho un regalo de cumpleaños que lo tendría ocupado durante el resto de su existencia.

El día de su decimonoveno cumpleaños había montado una fiesta y había invitado a varias personas: a su mejor amigo, Andi, a tres colegas de clase y a la pareja del piso de al lado, aunque a estos los había invitado tan solo porque andaban siempre quejándose del ruido que hacía y no quería tener que aguantarlos otra vez. También

invitó a su compañera del seminario introductorio, Daniela, y a su encantadora compañera de piso. Escher se había sentido muy orgulloso de sí mismo por cómo, al invitar a su compañera de seminario, le había dejado caer a su amiga —una chica muy reservada— que, si no tenía nada mejor que hacer, también era bienvenida. En realidad, quien quería que asistiera a la fiesta era ella, pero aquel subterfugio le había permitido ahorrarse la humillación del esperado rechazo.

Cuando cruzó la puerta de su piso, aquella muchacha tan reservada (en el transcurso de la velada, Escher descubriría que se llamaba Martine, con *e*, porque su madre era francesa) le entregó un regalo envuelto en papel de seda.

A pesar de los años transcurridos, recordaba la situación con más detalle de lo que habría deseado. Escher abrió el paquete con cuidado, tratando de no destrozar el hermoso papel y parecer un grosero insensible delante de Martine, pero con la suficiente determinación como para mostrar una audacia razonable. Al fin y al cabo, había organizado toda aquella fiesta solo por ella. Escher era tan inepto para las situaciones más elementales de la vida que, si celebraba una simple fiesta de cumpleaños, ya tenía la sensación de estar «orquestando algo». Su mejor amigo, Andi, le había asegurado que aquella chica medio francesa estaba colada por él. «Le gustas», le había dicho Andi, y, sin embargo, Escher calculaba que, incluso con la combinación perfecta de alcohol y buena conversación, sus opciones de camelarse a aquella encantadora aparición no superaban el cinco por ciento.

Cuando Escher quitó el envoltorio del regalo de cumpleaños con un cúter —cuya afilada hoja cortó la cinta adhesiva con precisión quirúrgica sin dañar el papel— y con un movimiento enérgico pero no particularmente imperioso, Andi le sonrió con entusiasmo y le

envió señales alentadoras, levantando mucho las cejas y asintiendo con vehemencia. Para Andi, aquella era la prueba definitiva de que a la tímida Martine le gustaba Escher. Si no, ¿por qué le habría hecho un regalo tan bonito? El resto de los invitados también lo tenían claro. A fin de cuentas, Martine era la gracia personificada, sí, pero Escher también tenía un físico imponente. No solo eso, sino que hacía ya años que nadie le llamaba por su apodo, Neandertal, que se había ganado por su desarrollo excesivamente rápido, sus rizos indómitos y sus pómulos altos. De hecho, a ojos de alguien que transitara por la pendiente resbaladiza del delirio hormonal, la legendaria lentitud de Escher podía parecer una muestra de prudencia y melancolía.

—¡Un rompecabezas! —exclamó con cara de tonto y se quedó mirando el paquete que tenía entre las manos, tratando de decidir si debía sentirse insultado. Al fin y al cabo, ya no era un niño, tal como demostraba que cumpliera diecinueve años. Pero reprimió sus sentimientos y, siguiendo el código de comportamiento generalmente aceptado a la hora de recibir un regalo, le dio a su exclamación un tono jovial, de sorpresa, para no parecer decepcionado—. ¡Un rompecabezas! ¡Cómo mola!

Martine, que tenía tendencia a sentir vergüenza ajena, esperaba que cayera pronto en la cuenta, pero Escher parecía estar en la luna. Y, aunque vio la decepción en los ojos de Martine, seguía sin pillarlo, así que, por si acaso, repitió:

—¡Genial! ¡Un rompecabezas!

Por lo general no era tan lento, al contrario. En la universidad asistía a todos los seminarios teóricos, y su pedantería implacable era el terror de sus profesores. Pero si le gustaba una mujer (décadas después aún se sabía de memoria el número de teléfono del piso compartido de Martine) y quería mostrar la mejor versión de

sí mismo, su cociente intelectual caía por los suelos. Sostuvo la caja entre las manos, confundido. Eso sí, lo alarmó la reacción de Andi, que le dirigió una mirada triunfal, casi extasiada, mientras enseñaba los dientes como un caníbal bienintencionado. Al final, a su amigo se le agotó la paciencia y decidió salir a su rescate; exasperado ante la lentitud de Escher, golpeó con el dedo índice la tapa de cartón que mostraba el dibujo que resultaba de montar el rompecabezas.

—¡Escher! —gritó—. Una idea genial. ¡Escher!

Por fin, Escher se cayó del guindo. Martine se había tomado la molestia de comprarle un regalo de cumpleaños personalizado con su nombre. Un rompecabezas con una de las famosas ilusiones ópticas de Escher, dos manos que se dibujan mutuamente de forma imposible.

—Qué guay —dijo Escher—. ¡Mil piezas! ¿Dónde lo has encontrado?

Para compensar su metedura de pata, vació el rompecabezas en el suelo sin perder un segundo y obligó a sus invitados a empezar a montar las mil piezas. Accedieron a ello porque era su cumpleaños, pero ninguno de los presentes estaba tan entusiasmado como él. La cena degeneró en un bufet libre, y el anfitrión advirtió una y otra vez a los comensales de que no mancharan las piezas del rompecabezas. Estaba tan absorto en aquella tarea que no se dio cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo, ni de los bostezos de los invitados, que empezaron a despedirse pasada la medianoche. Al final, solo quedaban Andi y Martine, agazapados entre las piezas del rompecabezas junto a Escher.

Pero este ni siquiera prestó mucha atención a esos dos últimos invitados. No se percató de que Martine, arrodillada sobre el rompecabezas cada vez más completo, se estiraba tanto hacia las piezas dispersas que sus llamativos atributos se interponían entre el

regalo y su destinatario. Había que estar muy despistado para que, ante la gracia depredadora con la que se cernía sobre la imagen, lo que a uno le viniera a la mente fuera una persona haciendo yoga. Una y otra vez, en lugar de aquellas manos dibujadas y a medio formar, la chica rozaba los dedos de carne y hueso (y no excesivamente largos, sino bien proporcionados) del cumpleañero, entregándole o arrebatándole una pieza del rompecabezas. Pero no sirvió de nada. Lo único que le interesaba a Escher era aquel dibujo que, poco a poco, iba tomando forma. Dos manos dibujándose la una a la otra en un delirio que, a medida que iba aumentando el consumo de alcohol, fue escalando hasta convertirse en una experiencia metafísica.

Al final, Martine, decepcionada, terminó marchándose con Andi, que, al día siguiente, le preguntó a Escher si el hecho de que se hubiera liado con ella iba a ser un problema para su amistad.

—Bueno —dijo Escher, incómodo—. No era el plan, la verdad.

Como la mayoría de la gente, no quería dejar pasar la oportunidad de sentirse agraviado, pero luego se lo pensó mejor y negó con la cabeza.

—Pero, bueno, me alegro por ti —añadió—. ¿Sabes qué? He terminado el rompecabezas a las siete y media de la mañana. Ya he pedido el otro.

—¿Qué otro?

—El de la parte de atrás de la caja. *La Torre de Babel*.

La Torre de Babel sería su preferido durante años, a pesar de un gran número de adquisiciones posteriores, y solo se vería desbancado mucho más tarde por la *Virgen del cuello largo*.

En cualquier caso, no desperdició ninguno de sus mejores rompecabezas esperando al electricista. Ni la *Virgen del cuello largo*, ni *El entierro del conde de Orgaz*, ni *Los diez mil mártires*, ni la

Decapitación de san Juan Bautista y, menos aún, el *Autorretrato en un espejo convexo*. Como con las canciones favoritas, había que intentar no abusar de ellos para que su efecto no disminuyera. El rompecabezas que tenía ya montado en el suelo de parqué era *La gran ola de Kanagawa*, que si no le entusiasmaba no era tanto por su popularidad *kitsch* mundial como por el hecho de que constaba solo de quinientas piezas. Aunque a lo mejor lo había elegido de forma inconsciente por la visita del electricista, ya que la mayor parte de la electricidad del país aún provenía de la energía hidroeléctrica.

En cualquier caso, *La gran ola* estaba terminada y el electricista seguía sin aparecer. «A lo largo de la mañana», le había dicho por teléfono la secretaria de la empresa, sin comprometerse a una hora más concreta. Eso se tradujo en varias horas de espera, a las que se sumaba el temor, que crecía minuto a minuto, a que el electricista no apareciera y que la espera fuera en vano. Para no impacientarse aún más, Escher cogió el libro que había empezado la noche anterior.

Hacía ya tiempo que solo leía libros de un mismo género, pero lo hacía con una pasión casi comparable con su adicción a los rompecabezas. Libros sobre la mafia: la 'Ndrangheta, la Cosa Nostra, la Camorra... No los leía, los devoraba. Libros de no ficción, novelas, investigaciones históricas: en cuanto encontraba un texto sobre ese tema, se lo pulía de forma poco menos que indiscriminada. Conocía a las grandes familias del crimen mejor que a la suya propia, que apenas merecía esa consideración. La novela que tenía entre manos trataba de un prometedor delincuente, un joven de Aspromonte al que la policía había convertido en el testigo clave de la fiscalía. Gracias a sus declaraciones, veintisiete miembros de alto rango de la 'Ndrangheta habían recibido penas de varios años y hasta décadas de prisión. A cambio, la policía le había prometido ponerlo en el

programa de protección de testigos y proporcionarle una nueva identidad en algún país extranjero.

El primer capítulo, que Escher había leído antes de dormirse, contenía una desgarradora lista de los actos violentos incluidos en la declaración del testigo clave. Y, ya a partir del segundo capítulo, Escher había empezado a sufrir por la vida del joven preso. Se llamaba Elio, pero había cantado tanto y tan bien que los periódicos lo habían apodado Luciano. Al cabo de cuatro días saldría de su celda de alta seguridad y dejaría atrás su antiguo nombre para siempre. Le habían organizado una nueva vida en Alemania. Ese era el trato, la recompensa por su traición.

Pero cuanto más se acercaba el momento de empezar esa nueva vida, más convencido estaba Elio de que iban a matarlo antes de su liberación. Estaba encerrado en la celda más segura de la prisión más segura del país y, no obstante, estaba convencido de que lo iban a ejecutar. Sabía cómo trabajaban. Tenían a su gente infiltrada en todas partes: en la policía, en la prisión, en los tribunales... Y era evidente que iban a acabar con él como venganza por los veintisiete capos que había enviado a la sombra.

Elio no se fiaba ni un pelo del narcotraficante alemán que el juez instructor había encerrado en su celda para que fuera aprendiendo el idioma de su futura vida. Sven, aquel yonqui con voz de yonqui, era el único amigo que tenía, lo cual no excluía la posibilidad de que este le cortara el cuello esa misma noche. Sven sufría tales temblores que apenas era capaz de sostener la cuchara, pero si tenía que clavarle un cuchillo en el estómago mientras dormía, se las apañaría. Desde que el juez había fijado su fecha de liberación, Elio solo se permitía conciliar el sueño cuando estaba totalmente seguro de que los somníferos habían sumido a su compañero de celda en el más profundo sueño carcelario, y siempre se dormía en la misma

posición: con la mano derecha cerca del cepillo de dientes, al que había incorporado una hoja de afeitar y que guardaba en todo momento bajo el colchón.

El juez de instrucción le había vendido el hecho de que aquel yonqui fuera a enseñarle algo de alemán como un gran privilegio y un gesto de suma benevolencia por parte del Estado. Incluso era probable que lo pensara. A lo largo de los años, el juez se había ganado la confianza de su joven testigo clave. Hasta el juicio, había accedido a casi todos los deseos de Elio y había introducido bajo mano en su celda todo lo que el testigo principal le había pedido. En una ocasión incluso le había enseñado una foto de su Laverda 750 naranja, que tenía desde su época de estudiante en Roma. Era el mismo modelo con el que iba Dino, el primo de Elio, cuando le habían pegado un tiro en un semáforo. El juez de instrucción sabía más de motos de lo que Elio hubiera podido sospechar, y el joven preso disfrutaba de aquellas conversaciones íntimas, que le permitían olvidarse de todo lo demás por un momento. Sin embargo, en cuanto el testigo clave finalizó sus declaraciones ante el tribunal, la actitud del juez de instrucción cambió. Sus visitas se volvieron menos frecuentes y trataba al testigo, que ya no le servía de nada, con súbita frialdad. De hecho, hacía ya varios días que no le veía el pelo. «Seguramente a Falcone le vendría bastante bien que me mataran», se dijo Elio.

Como sucedía con algunos futbolistas, a los que les ponían el nombre de alguna antigua leyenda, los periódicos habían bautizado a su juez de instrucción con el del famoso cazador de mafiosos siciliano Giovanni Falcone. En realidad, quienes le habían dado ese apodo no eran los periódicos, sino los propios capos, propietarios de los periódicos, de modo que el supuesto título honorífico ocultaba una amenaza inequívoca. En cualquier caso, pronto todos lo

empezaron a llamar Falcone, como el juez siciliano que se había convertido en héroe nacional tras dictar cientos de sentencias condenatorias en el gran juicio de Palermo antes de que Totò Riina lo hiciera volar por los aires en su Fiat Croma, junto con su mujer y tres guardaespaldas.

Elio se despertó con un sobresalto: se había quedado traspuesto pensando en las razones del cambio de comportamiento de Falcone. Volvió a concentrarse en el libro, que debía ayudarle a mantenerse despierto hasta que los ronquidos de Sven fueran lo bastante profundos. De hecho, el libro había sido un regalo de su compañero de celda. Estaba en alemán, y Elio lo iba descifrando página a página, con la ayuda de un diccionario que le había traído Falcone. Trataba de un tipo llamado Escher, igual que otro tipo que también se llamaba Escher. El tal Escher llevaba ya medio día esperando al electricista. Había llamado otra vez a la empresa, pero solo había conseguido que pusieran su llamada en espera. Mientras escuchaba la musiquilla y se iba haciendo a la idea de que a lo mejor iba a pasarse el resto de su vida allí sentado, sonó por fin el timbre.

—Elektro Janko —dijo en el interfono un hombre con gorra de visera.

Escher no podía verle la cara en la imagen de la cámara por culpa de la gorra, pero abrió la puerta del piso y esperó al visitante. Aunque había ascensor, lo oyó subir las escaleras. Cuando ya casi había llegado al rellano, Escher se fijó en que la gorra azul llevaba bordado en rojo el logo de la empresa, Elektro Janko. Las dos palabras aparecían una encima de la otra, y la última letra de «Elektro» y de «Janko» se fusionaban en una única «O» que ocupaba ambas líneas. Aquel círculo contenía también el símbolo de un rayo, pero este devoraba por completo la maltrecha vocal, de modo que el ojo humano solo alcanzaba a leer «Elektr Jank».

A lo mejor el desafortunado bordado de la gorra era lo que le daba al rostro que había debajo un aspecto tan equilibrado. La barba pulcra y oscura que enmarcaba un rostro sorprendentemente pálido y los atractivos ojos oscuros que miraban a Escher con expresión seria le hicieron pensar en los pastores y los santos de algunos de los cuadros que tenía en formato rompecabezas.

—Buenos días —dijo el visitante con tono reservado pero seguro de sí mismo—. Vengo de Elektro Janko, por una toma de corriente.

El operario se quitó los zapatos sin preguntar y siguió a Escher hasta la cocina. Le bastaron unas pocas palabras para comprender qué se esperaba de él: el enchufe de la encimera de la cocina hacía cortocircuito. La placa de cerámica se había ido agrietando con el tiempo y al final se había roto. Escher llevaba años apañándoselas con una solución improvisada de aspecto peligroso, pero cada vez sentía más aprensión al sacar el enchufe. Y el problema era que tenía que desenchufar la tetera y la cafetera varias veces al día porque solo tenía un enchufe. Sin embargo, no fue hasta que a eso se le sumó un molesto cortocircuito que se decidió y llamó por fin a un electricista.

—¿Es realmente peligroso o solo lo parece? —preguntó Escher, pero el electricista se limitó a enarcar las cejas.

Escher creyó percibir cierto desdén en aquella respuesta silenciosa, como si un cliente con un enchufe así no mereciera explicaciones. Pero, bueno, también sabía que era propenso a sentirse despreciado, una vieja manía por la que también se despreciaba a sí mismo. Y por eso defendió al electricista de su propia reacción: era un tipo introvertido, con los pies en el suelo. No hablaba mucho, pero lo hacía todo a conciencia. Incluso cuando abrió la bolsa de herramientas lo hizo con gestos elegantes y

directos. A Escher le caía bien aquel hombre. Nunca había soportado a los charlatanes.

Aunque, como Escher había comprobado en carne propia hacía poco, no todos los operarios eran necesariamente parcos en palabras. El gordo encargado de la empresa de calentadores lo había estado importunando con sus historias personales. Que si la mujer, que si la amante, ja, ja, ja. Al terminar su trabajo, agotado de tanto dar la matraca, al charlatán se le había olvidado llevarse la mugre que había sacado del calentador, y Escher había tenido que encargarse él mismo de bajar el cubo lleno de hollín al contenedor. Pero aquel electricista era de otro calibre, proyectaba competencia y discreción. No era fácil precisar su edad. Era más joven que Escher y, no obstante, aparentaba tener bastante experiencia.

—Imagino que la mujer con la que hablé por teléfono se lo habrá comentado ya —dijo Escher, interrumpiendo el silencio del electricista—. No necesito un enchufe nuevo, sino tres.

El electricista asintió y le preguntó dónde estaba la caja de fusibles, señalando él mismo hacia el vestíbulo: desde luego, sabía por experiencia dónde solía estar. Lo más probable era que la hubiera ubicado nada más entrar, justo al lado de la puerta, encima de las chaquetas que cubrían el interfono. Escher se preguntó por qué habría preguntado igualmente por ella. A lo mejor era una muestra de cortesía, como si pensara que ser capaz de orientarse tan deprisa era una falta de respeto; al fin y al cabo, no estaba en su casa. Después de desconectar el fusible del vestíbulo, el electricista desmontó los restos del enchufe antiguo y le explicó a su cliente que, si tenía que instalar un enchufe triple, tendría que hacerlo sobre el yeso.

—Muy elegante no va a quedar —añadió—. Pero, si no, habría que enlucir.

—Sí, no me importa —dijo Escher—. Lo único que me molesta ahora mismo es el cortocircuito. Y tener que andar cambiando el enchufe todo el tiempo. O está enchufada la tetera, o la cafetera exprés. Y siempre necesitas la que no lo está. Ah, y luego tengo también una tostadora...

El electricista asintió y se puso manos a la obra. Para dejarle trabajar tranquilo, Escher regresó al salón, aunque dejó abierta la puerta de la cocina. En el suelo estaba *La gran ola* de Katsushika Hokusai. Aquel cuadro lo irritaba. En su día incluso había leído el libro *Waves. A Very Short Introduction*, en inglés. Desde entonces sabía muchas más cosas sobre las olas, pero seguía sin entender el cuadro. La frustración de pensar que nunca llegaría a entenderlo porque provenía de un mundo totalmente distinto predisponía a Escher en contra del cuadro mismo. Mientras volvía a guardar el rompecabezas en la caja, oyó que el electricista recibía una llamada en la cocina. Lo que sonó no era un tono predeterminado del móvil, sino una melodía descargada de internet, pero antes de que Escher pudiera identificarla, el electricista ya había descolgado:

—Sí, vale. De acuerdo, hasta luego —se limitó a decir, y volvió a hacerse el silencio.

Escher se tumbó en el sofá y retomó el libro en el punto donde se había quedado al llegar el electricista.

A medianoche, Elio se dio cuenta de que solo faltaban tres días para su liberación. Sven dormía profundamente, aunque no lo bastante aún. Poco después de las dos, cuando estaba ya a punto de ceder al sueño, Elio oyó pasos en el pasillo de la prisión. Se quedó helado, como si se hubiera tomado una de esas pastillas que te dejan que parece que estés muerto. El juez de instrucción había mostrado un particular interés por esa pastilla, ya que el *capocrimine*, el capo de capos, la había utilizado para fugarse de la

prisión más segura del país. El desbloqueo de la puerta reforzada retumbó de tal forma que pareció increíble que Sven siguiera roncando como si nada. La mano derecha de Elio agarró con fuerza el mango del cepillo de dientes con hoja de afeitar incorporada. Un hombre con la cara oculta en un casco integral entró en la celda. El yonqui seguía con sus ronquidos.

Elio intentó hacerse el dormido, pero estaba demasiado acojonado para respirar hondo.

El visitante nocturno se acercó con paso lento y se detuvo frente a su catre. Aquella cabeza blanca de astronauta se posó sobre el rostro de Elio en la oscuridad.

—Despierta, Elio —susurró el casco—. Soy yo.

Elio dio un respingo. Reconoció la voz a la primera. ¿Qué hacía el juez de instrucción en su celda en plena noche?

—¿Falcone? —En una situación normal, Elio nunca se habría atrevido a llamar al juez por aquel nombre—. ¿Qué hace aquí?

Falcone se había despedido de él hacía ya una semana, cuando le había comunicado el día en que saldría en libertad y podría empezar su nueva vida bajo otro nombre. Lo que Elio no podía saber era que se trataba de una fecha de liberación falsa, una de las medidas de seguridad previstas para proteger al testigo clave. Otra era el suicidio de Elio, que los guardias de la prisión habían comunicado esa misma noche.

Falcone llevaba un segundo casco integral bajo el brazo.

—Póntelo —le indicó.

Falcone había insistido ante los pocos que estaban al corriente de la situación que él mismo se encargaría de llevar al pequeño Elio —que, con el paso de los meses y los años, se había ido haciendo un hueco en su corazón— hasta la estación de Lamezia en su moto. Era crucial que nadie más supiera la hora exacta. Falcone era consciente

de que esa era la única forma de asegurarse de que el testigo saliera con vida de la cárcel.

Casco en mano, Elio siguió al juez instructor fuera de la celda y a través de la puerta de la prisión. En la calle los esperaba la Laverda 750 naranja de Falcone. No se convenció de que no era un sueño hasta que sintió el asfalto bajo los zapatos y el aire de la noche sobre la piel.

—¿Adónde vamos? —le preguntó al juez de instrucción, poniéndose el casco.

—Primero al cementerio —dijo Falcone sin volverse hacia Elio, que iba de paquete.

Cuando arrancó el motor, a Elio le sorprendió que la Laverda no saltara por los aires. Pero nadie les había puesto un artefacto explosivo, y la moto rugió con docilidad. Aunque el juez conducía con suavidad y experiencia, sin excederse en ningún momento de velocidad, Elio se aferraba a la moto con gesto ansioso. Después de tres años en la cárcel, incluso la velocidad de una vespa habría sido demasiado para él.

En el cementerio, se dirigieron directamente a una pequeña tumba. Falcone alumbró el camino con su linterna y, por fin, el haz de luz iluminó la inscripción de la lápida:

Elio Russo, 2 de mayo de 1981 - 11 de junio de 2002.

—El 11 de junio de 2002 es hoy —dijo Elio, y Falcone asintió.

—Te has suicidado.

—¿Cómo?

—No te incumbe. Es un asunto privado.

—Pero es mi asunto privado...

—No, ahora eres Marko Steiner.

A Elio no le fue fácil despedirse de su nombre. Su abuela siempre decía que le habían puesto Elio por Helios, el dios del sol, porque el

sol nunca se pone. Y aunque el sol se ponía todas las noches, a él le gustaba la historia. Cuando Falcone apagó la linterna, aún se veía el nombre a la luz de la luna. Las estrellas también parecían haberse engordado mientras estaba encarcelado. Era la hora que precede al amanecer, cuando el calor del día afloja un poco. Elio había muerto y Marko Steiner estaba vivo.

Los dos fantasmas del cementerio se quedaron unos instantes más ante la tumba, leyendo la inscripción aún con el casco puesto. Entonces se persignaron y volvieron a subirse a la moto. Poco a poco, Elio se fue acostumbrando a la velocidad. Intentó distinguir en la oscuridad los pueblos de piedra que iban quedando atrás. Era la última vez que atravesaba aquel paisaje, del que solo había salido en contadas ocasiones.

En la estación de Lamezia, el juez le entregó al testigo estrella un sobre con su nueva documentación.

—Ahora también eres un año y medio más joven, o sea que has recuperado la mitad del tiempo que has pasado en la cárcel —se rio Falcone. Marko se quitó el casco y se lo devolvió—. Te deseo lo mejor. Aquí empieza tu nueva vida. Eres un buen chico.

Abrazó un instante a su mejor testigo, al que el casco le había dejado el pelo aplastado, como el pelaje de un ternero recién nacido. Entonces se marchó, acelerando ruidosamente.

Dentro del sobre había también unos billetes de tren. Se suponía que debía salir a las 5.55, pero a las 6.15 seguía parado en la vía. Marko Steiner estaba convencido de que en cualquier momento alguien montaría y le pegaría un tiro. A las 6.30 el tren seguía en la estación. Marko escuchaba en silencio los pasos y las voces del andén, y los portazos procedentes de otros vagones. Unos pasos apresurados se le acercaron por detrás, pero el tipo pasó a su lado sin prestarle la menor atención. A las 6.40 aún no le habían

disparado. Por fin, una voz aguda anunció algo ininteligible por megafonía y el tren se puso en marcha con un traqueteo.

Apenas se había relajado un poco cuando el revisor entró en el vagón. Marko sacó el billete del sobre de Falcone.

—¿Es usted Marko Steiner?

Cuando el revisor, que tenía una mancha casi morada bajo el ojo izquierdo, pronunció su nuevo nombre, Marko sintió un sofoco.

—¿Por qué lo pregunta?

—Es el nombre que consta en el billete.

—Sí, claro —respondió Marko, aliviado—. Soy yo.

—¡No puede sentarse aquí, señor Steiner! Esto es primera clase.

—Ah, pues no me había fijado.

—Pues fíjese mejor. Tiene que sentarse en segunda.

Marko cogió su mochila y se sentó en un vagón de segunda clase casi vacío. Pegó una cabezadita, de la que lo despertó un vendedor de café que lo miró con ojos fríos, de serpiente. Al principio, Elio creyó que era Fausto Grigoletto, hasta que se acordó de que Fausto estaba en la cárcel, condenado a cadena perpetua gracias al testimonio de Elio. Fausto tenía dos hermanos que habían eludido el arresto. Pero el vendedor de café no le disparó, sino que se alegró de que el pasajero le comprara un *doppio*. Elio no lograba controlar sus pensamientos, de modo que sacó el libro de Sven de la mochila e intentó leer un poco.

Escher, que oía al electricista trabajando desde el salón, se preguntó si no debería hacerle una visita rápida de cortesía. Pero antes de que pudiera hacerlo, llamaron al timbre. Escher fue hasta el interfono y, aunque no se veía a nadie en la pantalla, gritó:

—¿Hola?

Seguramente fuera un repartidor de paquetes o de publicidad que había pulsado todos los botones y hacía ya tiempo que estaba

dentro del edificio.

—¿Hola? —repitió Escher examinando la imagen de la cámara, que solo mostraba una extraña sección de la calle. Se preguntó si no debía silenciar el timbre para evitar futuras interrupciones.

A veces, Escher pulsaba el botón de silencio por error cuando lo que quería era abrir la puerta. En lugar de pulsar el botón azul, el dedo se le desviaba hasta el blanco, situado justo debajo, y apagaba el timbre. El zumbido cesaba de golpe y, además, se encendía un indicador luminoso de color rojo, por lo que Escher solía reparar enseguida en su error. Aunque, para ser justos, si Escher se confundía tan a menudo no era tan solo por su deseo de que lo dejaran en paz, sino también porque el que había elegido los colores de los botones se había lucido. El portero automático era todo blanco, salvo por el botón azul que abría la puerta. O sea que, en cierto modo, era muy fácil pulsar el botón correcto. «A prueba de tontos», debió de pensar el diseñador, un desconocido que Escher había convertido en su enemigo personal. Como toda la caja era blanca, el pulsador azul para abrir la puerta constituía una llamativa excepción. Sin embargo, había un segundo elemento peculiar que echaba por tierra aquella claridad de diseño: visualmente, el piloto rojo que se encendía al pulsar el botón blanco de silencio era una señal aún más potente que el color azul del botón de apertura. Y aquella doble excepción (un botón azul para abrir la puerta y un piloto rojo junto al botón de silencio) cortocircuitaba el simbolismo cromático. A menudo, quien contestaba al interfono lo hacía con una urgencia que rozaba el pánico. Para evitar que el mensajero se marchara, uno tenía que esprintar hasta el interfono al tiempo que reprimía el miedo a toparse con una sorpresa desagradable al otro lado de la puerta de la calle. En esa situación era más que comprensible que se te cruzaran los puntos azul y rojo del cableado

mental y que terminaras pulsando el botón de silencio en lugar de abrir la puerta.

Pero en este caso, se dijo Escher, desconectar el timbre habría sido un error. Era probable que el electricista tuviera que ir a buscar algo al coche y, entonces, cuando quisiera volver a entrar, llamaría y Escher no le oiría. Cuando devolvió el auricular a su sitio, su mirada se posó en la caja de fusibles abierta encima del portero automático. Ahí, entre los fusibles, había dos interruptores negros que desentonaban: en lugar de estar hacia arriba, apuntaban hacia abajo. El electricista los había bajado con un clac, interrumpiendo el flujo de electricidad.

Y a lo mejor Escher estaba distraído, pensando en los dos botones del portero automático. A lo mejor fue por su compulsión por el orden. O por sus dedos inquietos, que habían visto frustrada su intención inicial de pulsar el botón de apertura. O a lo mejor su cerebro, tan acostumbrado a los rompecabezas de mil piezas, estaba un poco desubicado tras las quinientas de *La gran ola* de Hokusai. O a lo mejor fue una combinación de todos esos factores, pero el caso es que, sin pensarlo siquiera, Escher volvió a conectar ambos fusibles.

Al momento se oyó un chasquido en la cocina, el lacónico sonido del destornillador al caer sobre la encimera. Al chasquido le siguió un estruendo más sonoro que, sin embargo, no llegó a oídos de Escher hasta al cabo de un segundo, el tiempo que tardó el cuerpo del electricista en caer desplomado al suelo. Sin cerrar siquiera la puerta blanca de la caja de fusibles, Escher fue corriendo a la cocina, donde encontró el cuerpo inmóvil tendido en el suelo.

Aunque había visto con sus propios ojos cómo el fusible volvía a saltar justo antes del estruendo, se tomó la precaución de volver a la caja de fusibles para asegurarse de que realmente era así: lo último

que quería era electrocutarse también él. Solo entonces dirigió su atención al electricista, que yacía inmóvil. La gorra había caído junto a la cabeza. Su mirada vacía contemplaba la nada desde aquel rostro atractivo. De pronto, Escher supo a quién le recordaba: no era a un pastor o a un santo, como había pensado en un primer momento, sino al retrato de un hombre pintado por el artista Parmigianino, cuyo rompecabezas Escher montaba a menudo.

Sus intentos de resucitación fueron algo tibios. Nunca había sido de esas personas que se consideran capaces de despertar a los muertos. La barba corta y poblada, que enmarcaba aquellos labios sin aliento, parecía de pronto pegada con cola. Escher se acordó del curso de primeros auxilios que había tenido que tomar para sacarse el carné de conducir. Se le había quedado grabada la advertencia de que, al practicar la reanimación cardiopulmonar, había que tener cuidado con no romperle el esternón al paciente y terminar de matarlo sin querer. Aunque estaba convencido de que el electricista ya estaba muerto, romperle el esternón al muerto le parecía un acto más cruel aún que haberlo matado, pues eso lo había hecho sin querer, desde la distancia y sin notar nada más que una leve resistencia de los fusibles.

Pronto dejó tranquilo el cuerpo del electricista y consideró los siguientes pasos. ¿A quién debía llamar? ¿A urgencias? ¿A la policía? ¿A Elektro Janko? ¿Debía contar lo que había sucedido? ¿O era mejor hacerse el desentendido y dejar que la culpa recayera en el electricista? ¿Era concebible que a un electricista profesional se le olvidara desconectar los fusibles? Era poco probable, pero, a la vista de los hechos, no podían quedar muchas dudas. Nadie iba a sospechar de su injustificable despropósito.

Al mismo tiempo, no obstante, era reacio a culpar al electricista de su propia muerte. A lo mejor metería en problemas a la viuda,

que luego tendría problemas para cobrar el seguro; era imposible no fijarse en la alianza que el muerto llevaba en el dedo. Escher se planteó qué consecuencias podría tener para él mantenerse fiel a la verdad. ¿Y si lo internaban en un psiquiátrico? Si afirmaba no estar del todo seguro de que el electricista no le hubiera gritado que conectara un momento el fusible, lo usarían desde luego en su contra.

Escher no veía por qué debía entregarse a esa maquinaria estatal por culpa de un trágico accidente. Recibiría un castigo brutal por algo que no había hecho a propósito. Y tampoco era que con aquello fuera a devolverle la vida al electricista.

Un ruido repentino lo sacó de sus pensamientos. El teléfono móvil del operario vibró lacónicamente, como un desfibrilador atascado, en el bolsillo de la pechera del mono de trabajo, donde estaba bordado el nombre de la empresa: «Elektr Jank». No sonó ningún tono de llamada, por lo que Escher dedujo que tan solo había llegado un mensaje de texto. Este no despertó al muerto, pero sí impulsó a Escher a levantarse. Como si hubiera pasado horas en el suelo, luchando por salvarle la vida al electricista, perdió el mundo de vista por un momento. Se apoyó en el alféizar y miró por la ventana de la cocina un instante.

Su padre le había inculcado que uno nunca debía tomar decisiones precipitadas en situaciones difíciles. Cuenta hasta diez, luego hasta cien y luego hasta mil. Espera hasta la mañana siguiente. Y, cuanto más difícil fuera una situación, más importante era esperar. Las decisiones precipitadas y los juicios apresurados solo servían para empeorar las desgracias.

Escher se alegró de haber recordado aquel consejo justo en aquel momento. Apagó el timbre para poder pensar con tranquilidad y se dirigió al salón. Su mirada se posó sobre el libro, que había

quedado abierto en el sofá. Por principio, Escher no doblaba nunca las páginas de los libros, aunque no siempre encontraba un papelito para usar como punto. Por lo general se limitaba a dejar el libro bocabajo, abierto por la página en cuestión, pero eso significaba que sus libros se iban deformando con el tiempo. A lo mejor la desgracia que acababa de experimentar explicaba por qué, por primera vez en su vida, aquel acto de desidia le provocó remordimientos de conciencia.

En realidad, aquel hábito era aún más triste teniendo en cuenta que, de joven, el propio Escher había publicado un libro. Cuando era estudiante había empezado a trabajar como orador para una empresa funeraria, y el puesto le proporcionaba tantas experiencias extrañas que decidió anotarlas en un diario para más tarde hacer algo con ellas. Ya no recordaba qué lo había empujado a etiquetar aquel texto como novela y a enviárselo —con el título *Un suceso luctuoso*— a un editor, que, para su sorpresa, había decidido publicarlo. El libro había sido un fracaso absoluto y, aunque Escher había seguido siendo un ávido lector, se había alejado de la literatura y se había refugiado en la mafia.

Para tranquilizarse un poco, cogió la novela y buscó la línea por la que iba cuando el fatídico mensajero desconocido había llamado al timbre y lo había interrumpido. Marko Steiner pasó la primera noche de su nueva vida en Roma. En lugar de disfrutar de su nueva libertad, se instaló en el primer hotel que encontró en la estación de tren y durmió como un tronco. Todas aquellas noches en vela en la cárcel le pesaban en los huesos. El temor a que lo cosieran a balazos en el último segundo lo acompañó hasta que cerró la puerta de la habitación y la aseguró con una silla apoyada en el anticuado pomo. Incluso miró con recelo al recepcionista —para quien Marko Steiner era tan solo un cliente más— mientras este copiaba su pasaporte.

La letra L de la palabra *hotel* brillaba al otro lado de la ventana de la habitación. Cuando Marko Steiner se despertó trece horas más tarde, la letra L se había apagado. Se dirigió de vuelta a la estación de tren, se tomó un *doppio* y cogió el tren a Milán. La noche anterior, de camino al hotel, había comido demasiado y todavía le dolía un poco el estómago. Se preguntó por qué había pedido precisamente un *schnitzel*. A lo mejor se debía a un deseo exagerado de parecerse a sus futuros compatriotas, o a lo mejor era una especie de sentimentalismo carcelario, ya que Sven solía referirse a sus compatriotas como *«zampaschnitzels»* o como *«schnitzels* con patas*»*. En su cuaderno de vocabulario había anotado otras expresiones culinarias de Sven: «zampabollos», «que te den morcilla» y «carahuevo», que usaba con frecuencia.

Su propia cara (o su «jeto», como decía siempre Sven) era, de hecho, la razón por la que había planeado una escala en Suiza más larga de lo estrictamente necesario para visitar el banco. En Milán había perdido el tren de Lugano, pero cogió el siguiente y aún llegó a tiempo para sacar el dinero del banco y presentarse a la hora convenida a la cita con el cirujano.

El médico lo saludó en un italiano bastante peculiar y puso cara de perplejidad cuando Marko le contestó en alemán: «Quiero un jeto nuevo».

El ceño fruncido con el que el médico reaccionó a la primera frase de Marko en alemán tras recuperar la libertad no se manifestó en su frente —llena de bótox—, sino alrededor de los ojos. Marko se dijo que a lo mejor en esa parte de Suiza no les gustaba que la gente hablara alemán. O tal vez fuera su pronunciación. Como si Marko no hubiera dicho nada, el médico insistió y le explicó, en italiano, que su auxiliar se encargaría de la consulta inicial. Para su sorpresa, Marko descubrió que no lo iban a operar de inmediato:

primero debía someterse a una cita preoperatoria, durante la cual el paciente Steiner iba a elegir la forma de nariz que deseaba.

El médico se metió en una sala de tratamiento y, con la ayuda de la auxiliar, Marko hojeó un catálogo lleno de narices.

—Nariz sin curva —dijo Marko, esforzándose por pronunciar la segunda frase en alemán de su nueva vida.

La auxiliar sonrió.

Y acto seguido siguió hablando en italiano, aunque por lo menos sonaba mejor que el del cirujano. Le explicó a Marko que debía estar preparado para que la nariz resultante no fuera totalmente recta: había que partir siempre de la forma original para que la nueva diera el mejor resultado posible.

—*Il suo naso ha una curva* de narices —bromeó la auxiliar, y le mostró en el catálogo el modelo que correspondía a la forma actual de su nariz. A continuación le explicó que, en su caso, una nariz completamente recta no era una opción viable.

—Me la suda.

Le había oído aquella respuesta infinidad de veces a su profesor de idiomas Sven, de modo que estaba seguro de haberla pronunciado a la perfección, pero, aun así, la auxiliar se estremeció.

—La dejaremos lo más recta posible.

Lo cierto era que Marko no tenía nada en contra de una ligera curvatura y que, en realidad, habría preferido conservar la nariz de boxeador que había heredado de su padre. Su madre tampoco tenía la nariz recta. Y, a decir verdad, desconfiaba de las narices demasiado rectas, le parecían arrogantes. Uno podía olvidarse al momento de las mujeres con la nariz completamente recta, y los hombres con la nariz recta eran ridículos. Mientras la auxiliar seguía hojeando el catálogo por él y le explicaba cada una de las formas, Marko se fijó en la nariz de la mujer. Era demasiado pequeña o,

mejor dicho, demasiado chata, como si perteneciera a otra cara. Imaginó que no sería fácil agrandar una nariz. Visto así tenía suerte, ya que todas las narices de su familia eran narices de verdad, que se podían reducir sin ningún problema.

—Si lo que quiere es una nariz lo más recta posible, yo me inclinaría por el modelo número tres —dijo la auxiliar, señalando al modelo en cuestión con una uña roja—. No es perfectamente recta, pero quedará más natural en su cara que el modelo dos.

—También quiero unas cejas nuevas —dijo Marko en italiano.

—Eso es una cita aparte —se apresuró a decir la auxiliar—. Las cejas son una operación totalmente distinta a la nariz.

—Nada de citas aparte. Ahora mismo —replicó Marko, que había aprendido a negociar de la mano de Luigi Mancuso.

—Tendrá que hablarlo con el cirujano.

La auxiliar parecía molesta, y de pronto su cara encajaba mejor con su nariz.

—Vale —repuso Marko, que se levantó de un salto—. Hablaré con él. ¿Dónde está?

—En el quirófano.

—Vale, pues iré a verle —dijo Marko, pero la auxiliar lo retuvo, sobresaltada.

—Espere aquí, por favor —repuso, y entró en la sala de tratamientos.

Poco después llegó el cirujano y le explicó al paciente Steiner lo mismo que le había dicho la auxiliar. El hombre tenía nariz de patata. Jeto de *schnitzel* y tocha de boxeador, habría dicho Sven. El cirujano le explicó a Marko que la nariz y las cejas no podían hacerse en una sola operación: solo le corregiría las cejas una vez que la nariz hubiera cicatrizado bien.

Marko sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza. En una vida normal, aquella conversación se habría desarrollado de forma totalmente distinta. Si hubiera estado sentado junto a Luigi Mancuso o Antonio Ranieri o Vittorio De Santis, la cuestión se habría arreglado rapidito. Luigi habría agarrado al médico por el cuello escuchimizado y le habría aplastado aquella nariz de patata sobre el calendario de citas, hasta que oliera una única fecha de operación con los ojos cerrados. «Nariz y cejas, todo en los próximos cinco minutos», escribiría en el calendario con letras rojas. Pero Luigi Mancuso, Antonio Ranieri y Vittorio De Santis no estaban allí. Llevaban muertos desde el Domingo de Ramos de hacía dos años.

—Pagaré en efectivo —dijo Marko.

—¡Efectivo o no, las cejas son una cita aparte! —respondió con irritación el médico, al que le había empezado a sudar la frente.

Entonces le explicó a aquel paciente tan impaciente que era una situación más habitual de lo que cabía suponerse: todo el mundo creía que una corrección de cejas era más inofensiva que un rebaje nasal. Esto se debía a que la nariz tenía una forma más llamativa, además de un hueso. ¡Desvíate un poco del hueso y pronto te topas con una arteria! Aquella realidad tan evidente siempre impresionaba más a la gente que el arte que había tras una sutura invisible, oculta tras una curva natural. Las cejas requieren algo completamente distinto que la nariz. El italiano no tenía para ello una palabra tan precisa como el alemán.

—¿Conoce la palabra *Fingerspitzengefühl*? —preguntó el médico, y se puso una mano frente a la cara, con las yemas de los dedos tocándose, un gesto que en el país de Marko significaba «cállate la boca». Pero, al parecer, para el médico significaba algo totalmente distinto. Y no, Marko nunca había oído a Sven utilizar esta palabra.

—*Fingerspitz*... —repitió.

—*... engefühl* —añadió el médico—. Sensibilidad —dijo, colocando la mano izquierda delante de los ojos de Marko y extendiendo los dedos formando una estrella. Entonces juntó dos dedos y exclamó—: ¡En las puntas de los dedos!

—*Fingerspitzen. Gefühl!* —repitió el paciente.

—*Fingerspitzengefühl. Suona bene, vero?* —sonrió el médico.

—*Sì. Fingerspitzengefühl.*

Acto seguido, Marko se sacó del bolsillo de la chaqueta el sobre con el que lo convenció de que también necesitaba las cejas de inmediato.

—*Fingerspitzengefühl* —repitió, mientras el médico contaba el dinero con las puntas de los dedos, sin sacarlo del sobre.

El médico le pidió a la auxiliar que enviara a uno de sus colegas a la sala de tratamientos con la mujer del labio superior a medio terminar y acompañó a Marko al segundo quirófano. Le pidieron que contara hacia atrás desde cien y Marko lo intentó en alemán, pero no llegó ni a noventa y nueve.

Durante los días posteriores a la operación, Marko solo salía a la calle por la noche. Quería esperar a que todo terminara de cicatrizar. Durante el día se quedaba en la habitación del hotel, aprendiendo alemán y leyendo su libro.

Antes de hacer la llamada, Escher se acercó una vez más al muerto medio esperando, como un niño, que el problema se hubiera resuelto solo. Que el electricista hubiera vuelto a la vida sin más. Se arrodilló de nuevo junto al cuerpo y comenzó otra vez el masaje cardiaco. Ahora que ya era demasiado tarde, se esforzó aún más: uno nunca podía estar seguro del todo. Aunque, por otro lado, no sabía qué habría sido peor. Si el electricista no estaba muerto, habría dejado pasar todos esos preciosos minutos y le habría causado daños permanentes.

Pero incluso después de varios minutos de masaje, no le encontró el pulso en la arteria carótida. A Escher le parecía humillante que la diferencia entre la vida y la muerte pudiera depender de algo tan insignificante como el pulso, un indicador mecánico vacío de contenido. Era inconcebible que alguien pudiera morir de forma tan repentina y sin darse cuenta. Estaba tan indignado que volvió a intentarlo. Hizo todo lo que pudo para devolver la vida al electricista, luchó por la vida de aquel muñeco agarrotado hasta quedar exhausto y, cuando por fin se rindió, se tumbó junto al muerto, sudando y jadeando. Le faltaba el aliento y se dio cuenta de que el pecho le subía y bajaba de forma espectacular. Así era la vida, un pecho que sube y baja. Solo que para el electricista ya no.

Escher nunca había podido refutar la opinión generalizada de que morir sin darse cuenta era una buena muerte. Y a lo mejor el electricista estaba de acuerdo con esa opinión tan extendida. En ese caso, por lo menos habría tenido la muerte que quería. Una buena muerte. Una muerte rápida, sin agonías ni miedos. En cuanto a Escher, siempre había pensado que esa era la muerte más lamentable posible, morir sin darte cuenta siquiera de que tu vida tocaba a su fin. Sin tiempo siquiera para hacer balance.

Desde que se había subido a un avión por primera vez, a los dieciocho años, le preocupaba la cuestión de hacia dónde debía dirigir sus pensamientos en caso de accidente. Quería estar preparado para pensar de forma correcta en caso de emergencia. Un pensamiento que lo sacara de la miseria, como un gol en el último segundo sacaba a todo un equipo de fútbol de la miseria y le salvaba el culo. Quería tener preparados los pensamientos adecuados para aquella eventualidad, que, al mismo tiempo, esperaba que no se diera nunca. Pensamientos reconfortantes.

Pensamientos redondos. Una interpretación de su vida que la llenara de significado. Recuerdos entrañables sobre las personas relevantes de su vida. Aunque, ¿quiénes serían esas personas? ¿Y qué debía recordar, exactamente, si solo disponía de medio minuto? ¿O, da igual, de dos o tres minutos? Uno querría invertir ese tiempo en pensamientos buenos, no malgastarlo en pensamientos irrelevantes sin sentido. Un resumen de buenos momentos y sentimientos positivos que, condensados, sirvieran como colofón a una vida, un compendio que pusiera en valor todo lo vivido.

Desde luego, esa sería una forma mucho mejor de morir a que la muerte te pillara por sorpresa. Y sería aún mejor tener todas esas conclusiones preparadas de antemano para una situación de emergencia y vivir tu día a día en consecuencia, a partir de un juicio ponderado y una comprensión de la propia vida que permitiera una existencia decente sin necesidad de accidentes de avión ni enfermedades. En su novela *Un suceso luctuoso*, publicada hacía ya una eternidad, había puesto todas esas consideraciones en boca del protagonista. La crítica lo había dejado por los suelos: el protagonista, había señalado un crítico en particular, planteaba cuestiones sobre el sentido de la vida que habrían sido intolerables incluso en el diario de una niña de doce años. Otro se había deleitado con la observación de que, aunque las leyes de la lógica impiden que una afirmación se aplique a sí misma, en ese caso concreto el carácter titubeante de la novela justificaba una excepción: la publicación de aquella novela era, efectivamente, *Un suceso luctuoso*.

Cuando Escher recuperó el aliento y su pulso se normalizó un poco, marcó el número de emergencias. Sabía que no iba a servir de nada, pero quería que la situación se encauzara lo antes posible para que luego nadie pudiera reprocharle nada. Las escuetas preguntas

que le hicieron por teléfono le parecieron un poco agresivas, y Escher se limitó a responder que sí a todo, sí y otra vez sí, al tiempo que aceptó seguir aplicando las medidas de soporte vital. Por precaución, no le dijo al hombre del teléfono que el electricista llevaba ya media hora muerto en el suelo. A continuación, se sentó a la mesa de la cocina y esperó al médico de urgencias.

Después de hablar con el telefonista, cuya imperiosa voz parecía indicar que no había un segundo que perder, el rato hasta que llegó el equipo de emergencias se le hizo eterno. Por segunda vez aquella mañana, esperó con impaciencia a que sonara el interfono. A lo mejor se han dado cuenta por mis palabras de que ya es demasiado tarde, pensó, y han dado prioridad a urgencias más apremiantes. Aunque no tenía ninguna esperanza de que pudieran salvar al electricista, su indignación fue creciendo con cada minuto. ¡Adónde había llegado el país que había que esperar tanto a que llegara el equipo de emergencias! La tensión, que había logrado mantener a raya con los agotadores ejercicios de reanimación, volvió a atenazarlo. Para no perder los nervios, salió de la cocina y fue al salón, donde se obligó a leer unas líneas.

Marko Steiner se recuperó bien de la operación. Sin la nariz aquilina tan típica de su familia, se había cortado de un plumazo la conexión con su pueblo. La nariz resultante era más recta de lo que había previsto. Y las nuevas cejas le daban una expresión vagamente asombrada, como si acabara de percatarse de dónde se había metido. O como si aún estuviera sorprendido de que el banco suizo le hubiera entregado su dinero.

Se preguntaba si Falcone realmente no sabía nada de ese dinero, o si solo se hacía el tonto. Después de todo, incluso le habían dado dinero extra para el viaje. ¡Dinero del Estado! A veces se asombraba de lo mucho que sabían, y otras se maravillaba de lo mucho que

ignoraban. A lo mejor habían decidido hacer la vista gorda para tenerlo contento.

Hasta el final, había temido que solo le concedieran la condición de testigo protegido si revelaba dónde se escondía Gino, el *capocrimine*. Pero se habían tragado su historia: que había utilizado un dron para colar en la cárcel las drogas gracias a las que Gino había podido fugarse en el coche fúnebre, pero que desconocía el paradero de Franco Larini, que se había puesto al volante del coche fúnebre después de pegarle un tiro al conductor. Al final resultó que el único muerto que iba en el coche fúnebre era el conductor. El tribunal se conformó con la cabeza de Franco Larini. El dinero suizo de Elio les daba lo mismo. Solo querían que delatara a su gente y, a cambio, harían realidad todos sus deseos. Pero él no tenía ningún deseo más allá de sobrevivir.

Sus ahorros le alcanzarían para pasar un año. O tres meses, si se quedaba en Suiza. Eso habría sido lo más cómodo; allí hablaban italiano, aunque fuera con un acento ridículo. Pero el juez le había aconsejado encarecidamente que se instalara en una gran ciudad. Hamburgo y Berlín eran grandes. Colonia, Múnich o Viena también. Otras posibilidades eran Hannover, Leipzig o Dresde.

Se decidió por la ciudad donde había crecido Sven, un núcleo industrial al oeste de Alemania. Puede que fuera una ciudad de mierda, había confesado Sven, pero, aun así, era mejor que las demás. Solo hay una cosa importante en esa ciudad: se escribe con «ui», pero se pronuncia «ü». El estricto profesor Sven se lo había inculcado con vehemencia.

—Ni *ui*, ni *u*. *¡Ü!* —lo había sermoneado una y otra vez con su voz de yonqui.

—*¡Ü!*

Al alumno, las palabras con «ü» le daban rampa en los labios.

Iba a viajar a Ü en tren. Cuando, cuatro horas más tarde, se apeó en la frontera entre Suiza y Alemania, se alegró de que nadie le pidiera el pasaporte. Aunque no era falso, seguía sin fiarse del documento. Tampoco hubo problemas con el transbordo; el tren suizo había llegado puntual a Basilea. Desde allí quedaban apenas cuatro horas y media hasta Ü. Así pues, siete horas más tarde, Marko Steiner se bajó del tren en su nueva ciudad.

Tras una noche en un hotel, alquiló un piso minúsculo detrás de la estación y empezó a explorar la ciudad. Al tercer día vio un anuncio en una parada de tranvía que decía «Alemán para principiantes y alumnos avanzados. Profesora de alemán profesional». Falcone le había advertido que evitara las academias de idiomas: si alguien iba tras él, sería el primer lugar donde mirarían. Las clases particulares de la profesora Frauke Schnabel eran ideales para él.

Marko no entendió ni una sola de las palabras que salieron del teléfono Nokia de prepago que había comprado en la estación. La mujer hablaba un alemán completamente distinto al de su profesor yonqui.

—Más despacio, por favor —le pidió—. Me llamo Marko Steiner y necesito alemán.

—Ay, lo siento. Es una mala costumbre que tengo, hablo demasiado rápido —dijo la mujer, que se rio a carcajadas, como una cantante de ópera—. Voy a hablar muy despacio —añadió, vocalizando mucho.

—Sí, gracias.

—¿Quieres recibir clases?

—Sí. Necesito alemán.

—¿Cuál es tu lengua materna?

—Alemán —dijo Marko.

—¿Hablas inglés?

—*English yes no*. *Not many.* Quiero aprender alemán.

—Pero ya sabes un poco, ¿no?

—Sí, no mucha. Tengo un compañero alemán. Puedo entender y sé leer. Pero hablar es chungo.

—¡Hablar es chungo! —se rio la mujer al otro lado del teléfono.

—Sí.

—¿Dónde estás ahora?

—No sé muy bien.

—Ven al Café Schirm.

—Vale, puta madre.

—¿Sabrás encontrarlo?

—Fijo.

—Café Schirm, en la Mercatorstraße. Está cerca del McDonald's —añadió por si acaso—. Seguro que lo encuentras.

—Sí, fijo.

—¿A las dos?

—Controlao —dijo Marko.

—¿Hoy a las dos?

—Sí, controlao.

Frauke Schnabel llegó al Café Schirm a las dos en punto de la tarde. Marko se dijo que era tan vieja como su abuela y tan delgada como Donatella, de quien se rumoreaba que no había comido en todo un año después de que las cabezas de sus dos hijos aparecieran en el escaparate de la peluquería. Lo que la diferenciaba de esas dos mujeres era su amplia sonrisa equina, su pelo teñido de rubio y que se vestía con una ropa francamente hortera.

—¿Eres Marko? —preguntó con voz estridente.

—Sí, Marko Steiner —dijo él, tendiéndole la mano.

—Yo soy Frauke —respondió ella, y le estrechó la mano riendo. Tenía todos los dientes, ninguno de ellos de oro—. No tenías por qué esperarme fuera, con este calor.

Sus ojos eran de un azul imposible, como las canicas con las que solían jugar de niños. El primero que lograba meter su *biglia* en el hoyo se quedaba con las de los demás. Para hacer el hoyo, hundías el tacón del zapato en el suelo y girabas el pie. Los jugadores se colocaban a cinco metros de distancia e intentaban meter la canica dentro. Si alguien ganaba todas las canicas, le pegaban una paliza. Frauke aguantó abierta la puerta del Café Schirm, y Marko se dio cuenta de que tenía las axilas peludas, como las de un hombre. Quiso huir, pero no podía escapar de aquella sonrisa perpetua, de modo que se metió en el café escurriéndose bajo aquellos amenazadores arbustos.

—Es un lugar muy agradable —dijo Frauke en voz muy alta—. ¿Qué te apetece tomar?

—Un té —dijo Marko. En realidad le apetecía un expreso, pero no quería que su pronunciación lo delatara. Y era incapaz de escupir la palabra *espresso* con el dejo gutural con el que la pronunciaba Sven cuando soñaba despierto con el primer expreso que se tomaría en libertad.

Frauke echó un vistazo al menú y frunció el ceño:

—Tienen té de menta, tisana floral, té de hierbas de montaña, jazmín, *rooibos*, *Earl Grey*, té de Ceilán...

—Se me apetece un té sano y floral.

Frauke se rio.

—Un té sano y floral —le dijo al camarero, que ni se inmutó—, y para mí un café con leche. ¿Sabes lo que es la tisana floral? —preguntó cuando el camarero se hubo marchado.

—Sí, claro. Un té floral y sano. Bueno para ti, ni muy frío, ni muy caliente —dijo Marko—. Templado.

Frauke quedó asombrada.

—¿De qué conoces la palabra «templado»? Eso es nivel avanzado...

—«Añada agua caliente o templada a la sopa instantánea y remueva» —dijo Marko, y se relajó: era la primera vez desde que había asumido su nueva identidad que se le ocurría una realidad nueva de forma tan espontánea. Desde luego, no había ninguna sopa instantánea del mundo que dijera que había que añadir «agua templada», pero aún resonaba en sus oídos la voz de Sven, quejándose de la comida templada de la cárcel. Olvidarlo todo de golpe no era fácil.

—En realidad la palabra es *tisana*. Es un tipo de infusión —explicó Frauke.

—Tisana —repitió Marko.

—Dudo que venga de ahí, pero de hecho sí se supone que la tisana es sana. O sea que en cierto modo tienes razón, ¡es un té sano! Tiene gracia...

—Que no te dé la risa, Marisa —dijo Marko.

—¿De dónde sacas esas expresiones? —preguntó Frauke, fascinada—. ¡Me da la risa de verdad!

El camarero les trajo las bebidas.

—Cuidado, que está caliente. No está templado —le dijo Frauke a Marko, y se rio de su propia broma. Este metió la bolsita de té en el agua y preguntó:

—¿Cuánto es el sablazo?

—Nada, te invito yo.

—No, quiero decir por la clase.

Frauke soltó una carcajada.

—¡Ah, por la clase! —Su error le pareció divertidísimo—. No, por desgracia no puedo invitarte a las clases. ¿De qué iba a vivir?

—De la risa, Marisa —dijo Marko.

—Sí, a mí siempre me da la risa.

—¿Por culpa del té?

—*Gracias* al té —dijo Frauke, recalcando su corrección como si quisiera grabarla en el cerebro de su nuevo alumno.

—Gracias al té —repitió Marko.

—O *a causa* del té. ¿Con qué frecuencia quieres recibir clases?

—Tres horas —dijo Marko, levantando tres dedos.

—Tres horas a la semana —asintió Frauke—. Sí, eso está bien. Podríamos...

—Tres horas cada día —la interrumpió Marko. Frauke pareció sorprenderse, pero Marko se mantuvo inmutable.

—¿Lo dices en serio?

—¡Como me llamo Marko!

Frauke negó con la cabeza, riendo. A Marko su buen humor lo ponía de mal humor, pero volvieron a verse al día siguiente y pasaron tres horas en el Café Schirm. Y otra vez al día siguiente y todos los días a partir de entonces. Incluso cuando no estaba con Frauke, Marko aprendía alemán.

Seguía avanzando con el libro que le había regalado Sven, pero todavía había frases que le costaban. Cuando no entendía un pasaje, le llevaba el libro a Frauke y le pedía ayuda.

—¿Qué lees? —le preguntó esta, frunciendo el ceño.

Marko abrió el libro y señaló el pasaje. Frauke leyó la frase en cuestión y negó con la cabeza:

—Eso es dialecto —dijo, y volvió a leerlo—. No sé, déjame leer el párrafo desde el principio. A lo mejor lo entiendo por el contexto...

Una melodía sacó a Escher de su lectura. Era otra vez el móvil del electricista, que sonó tan fuerte como si fuera el último intento de despertar al muerto. La eterna repetición de los mismos tres segundos ponía a Escher de los nervios. Detestaba esos fragmentos musicales que te asaltaban el oído en público. Lo peor era cuando sucedía en el tranvía o en el metro, porque uno no tenía escapatoria. Una vez, durante un viaje de una hora en tren, un teléfono móvil escondido en el equipaje de un pasajero anónimo había desquiciado al vagón entero. Por lo menos el teléfono del electricista no sonaba con la típica matraca tecno. Al contrario, la melodía era una canción del cantante favorito de Escher:

«Ruaf mi net o!» ¡No me llames!, le suplicaba el enamorado a una ex.

Escher no supo si reír o llorar ante aquella petición de que no lo llamaran (aunque sentía que no era apropiado que la víctima de un accidente a la que había intentado reanimar hacía tan solo unos minutos le hiciera reír). Realmente original la elección del tono de llamada, decidió el cerebro de Escher en contra de su voluntad. El cantante no cejaba en su empeño, gimoteando una y otra vez: «¡No me llames! Ya sabes dónde...». La frase quedaba interrumpida a medias y volvía a empezar: «¡No me llames! Ya sabes dónde...».

«... vivo», añadió el cerebro de Escher en contra de su voluntad, mientras la canción volvía a empezar.

Le habría gustado felicitar al muerto por su elección. Jamás habría imaginado que aquel tipo tan reservado tuviera tan buen humor. Ese «¡No me llames!» era una impertinencia casi insuperable incluso para una persona viva, pero es que, en el caso de un muerto, el sarcasmo tenía algo de espeluznante. El cantante volvió a gemir. «¡No me llames! Ya sabes dónde...»

«... vivo», añadió de nuevo el cerebro de Escher, y la canción volvió a empezar y volvió a interrumpirse en el mismo punto, como obligando a este a completarla de forma obsesiva.

Sin embargo, con cada repetición, Escher fue comprendiendo más dolorosamente que el electricista ya no vivía en ninguna parte. Esperaba a que el buzón de voz saltara de una vez y lo salvara, pero era obvio que el electricista lo había desconectado, de modo que las repeticiones no cesaban.

Seguramente fuera alguien de la empresa, que trataba de contactar con su colega. La jefa de Elektro Janko, tal vez, que hacía rato había llamado a Escher para interesarse por el avance de las reparaciones. El electricista debería haber terminado ya, incluso era posible que lo hubieran reclamado en el siguiente domicilio. Por fin, la persona que llamaba perdió la paciencia y el tono cesó de golpe, pero la paz solo duró unos segundos.

«¡No me llames! Ya sabes dónde...», volvió a sonar el teléfono.

«... vivo.»

Escher tenía que hacer algo para acabar de una vez con aquella tortura. Lo más fácil habría sido atender la llamada, pero no quería meter la mano en el bolsillo del muerto para sacar el teléfono. Los del equipo de emergencias no podían tardar ya en aparecer, y entonces todo seguiría su curso.

«¡No me llames! Ya sabes dónde...»

«... vivo.»

Poner el móvil en silencio tampoco le parecía aconsejable: dejar sus huellas en el aparato del muerto podía traerle problemas luego. Hiciera lo que hiciera, lo mejor era alterar lo menos posible la escena. El médico de urgencias sabría qué hacer. A lo mejor notificaría a la policía, y esta podría notificar a la empresa. Pensar en la policía incomodó a Escher, lo mismo que la idea de los del equipo

de emergencias afanándose en vano en su cocina, o de algún responsable de la empresa sudando la gota gorda en su apartamento. Gracias a Dios, el teléfono dejó de sonar. Así, por lo menos, no se volvería loco, aunque podía volver a sonar en el momento menos pensado.

Para que el tiempo no se extendiera hasta el infinito, se obligó a seguir leyendo hasta que se presentara el equipo de emergencias. Pero le resultaba casi imposible concentrarse en el libro. Por un lado, estaba en alerta constante por si aparecía la policía, que podía llamar en cualquier instante; y, por otro, sus pensamientos se desbordaban con las posibles ramificaciones que aquella muerte podía tener para su propia vida. Sabía perfectamente que no se trataba de un asesinato; en el peor de los casos, había sido un homicidio involuntario. Para cometer un asesinato tenías que matar a alguien con intención y planificación. En su caso no podía hablarse de homicidio deliberado, e incluso la negligencia estaba abierta al debate. Porque, para que fuera negligencia, ¿no tenía que haber algo así como una decisión de, cuando menos, asumir un riesgo? ¿Como alguien que conduce a gran velocidad es negligente aunque no mate a nadie? Escher, en cambio, había actuado sin querer, sus acciones estaban mucho más cerca de un accidente que de una negligencia. ¡Había sido mala suerte, nada más! Como un tropiezo que hace que otra persona se precipite al abismo. El cerebro de Escher estaba ocupado con esos pensamientos y tardó un rato en lograr sumergirse en el libro.

A Marko Steiner, aprender su nueva lengua y olvidar la antigua le provocaba tal saturación mental que se compró unas zapatillas deportivas y empezó a salir a correr durante horas. Correr le permitía estar rodeado de personas sin tener que socializar con ellas, y en esas condiciones practicaba la lengua sin ni siquiera darse

cuenta. Podía no solo ir describiendo y comentando para sí las cosas con las que se cruzaba, sino también proyectarlas hacia el futuro y hacia el pasado. También podía dirigir nuevos improperios a los conductores que se cruzaban en su camino: «¡Ciego!», «¡Tortuga!», «¡Que estás en la luna!». Las palabrotas de Frauke no le servían de nada. No era fácil sustituir los insultos de la infancia por otros nuevos. Por suerte, tenía algunas de las expresiones de Sven en la recámara. Su vocabulario de yonqui le permitía ganarse el respeto de todos los imbéciles y capullos que conducían como mongos.

Aunque la mayoría de los choques eran culpa suya: no lograba concentrarse en el tráfico. Mientras caminaba, tenía el cerebro abarrotado de conjunciones. Viajaba en el tiempo. Camino, caminé, voy a caminar. Había caminado. Corro, corría, corre el sudor. Camino, estás caminando. De camino. Paso, he pasado. El semáforo pasa. El semáforo ha pasado. A rojo. Voy a cruzar la calle, aunque... Aunque el semáforo ha pasado a rojo. No habrá habido ningún policía a la vista. Si hubiere algún policía a la vista...

—Eso no lo necesitas —le aclaró Frauke—. Es el futuro de subjuntivo, no lo usa nadie. Del futuro de subjuntivo y del pretérito anterior puedes olvidarte.

Frauke solía ser estricta, pero el futuro de subjuntivo no le gustaba. Aunque lo que le daba verdadera alergia era el alemán que Marko había aprendido del yonqui.

—Qué jerga más rara —no paraba de repetir Frauke—. ¿Quién te la ha enseñado?

—Es como hablan los jóvenes en Suiza.

Frauke se rio a carcajadas:

—¿En Suiza? A mí me parece más bien cómo hablan los jóvenes en el trullo.

Marko Steiner sonrió.

—No se dice *trullo*, sino *centro penitenciario*.

—Dejémoslo en *prisión* —dijo Frauke—. Y ya que estamos, no hace falta decir siempre *matarratas*, de vez en cuando también se puede decir *alcohol*.

—De todas formas, yo no bebo alcohol. Te deja la boca de trapo.

—Boca seca —lo corrigió Frauke.

—Sí —sonrió Marko Steiner—. Las dos son correctas.

—¿Qué quiere decir eso?

—El alcohol te deja la boca seca y te deshidratas. El matarratas te deja la boca de trapo y apestas que lo flipas.

Frauke hacía tiempo que sospechaba que no había aprendido el alemán en un internado suizo de élite, desde luego, pero no hacía preguntas. Y Marko Steiner agradecía su discreción. Tampoco pareció decepcionada cuando él le dijo que quería reunirse solo dos veces a la semana.

—Pronto alzarás el vuelo —dijo Frauke.

—¿Qué vuelo?

Cuando Frauke le explicó el sentido de la expresión, Marko se sintió transparente: se acababa de comprar una bicicleta vieja que alguien anunciaba en un cartel de cartón clavado a un poste de la luz: «Rota pero en buen estado. Cincuenta marcos». Aunque el país acababa de cambiar de moneda, a Elio le pareció muy apropiado que pidieran una moneda antigua por una bicicleta antigua. Se puso en contacto con el vendedor, que para su sorpresa era más joven que la bici, y logró regatearle veinte marcos. Cuando eres capaz de regatear el precio de una bicicleta de cincuenta marcos a treinta en un idioma nuevo, estás preparado para alzar el vuelo. Mientras la reparaba, Marko se aseguró de asignar una palabra a cada pieza, y una frase para cada componente. Al cabo de unos días, su diccionario estaba más engrasado que una cadena. Lubrico la

cadena. Desmonto los engranajes. Desoxido los engranajes. Al que no se mueve, el óxido se lo come. Acelero. Salgo a la carrera, el rey de la carretera. Cambio los cables. Reajusto los radios. El radio, la radio. El radiador. Un radio oxidado. Radiador, radiación. Un radio se rompe y hay que reemplazarlo. El radio, la llanta. El radio y el cúbito. La llanta, el llanto. El plato. El piñón. El marco. Marko.

Cuando la bici estuvo terminada, dio la vuelta entera a la ciudad en un solo día. Setenta y dos kilómetros. Pedaleo. Le doy a los pedales. Es agradable bordear la ciudad. Cruzar bosques. Atravesar campos. El zumbido de las autopistas. Campos baldíos en flor. Ríos caudalosos. Vertederos dispersos. Clubes de remo. El follaje. Folletos, follones. Permitido el paso. Hasta nuevo aviso.

Cada día descubría nuevas palabras por todas partes. Sus pantorrillas se volvieron tan gruesas como si contuvieran todas las palabras que iba aprendiendo. Un día su bicicleta desapareció. Yo robo, tú robas.

No había puesto el candado y dejó la bici sola para ir a mear. Mear, hacer pis, orinar, vaciar la vejiga, cambiar el agua al canario. Apoyó la bici contra un árbol o, más exactamente, contra la corteza del árbol (corteza, corte, corto, cortado) y desapareció en el bosque. Cuando regresó, la bici también había desaparecido.

Vio al ladrón, a lo lejos, y salió corriendo tras él, gritándole:

—¡Mi bici! ¡Te voy a matar, hijo de perra!

Menos mal que Frauke no le oyó. Una mujer que pasaba por ahí lo miró con lástima.

—¿Te ha robado la bici?

—Sí —dijo Marko—. Me la ha robado. Mangado. Levantado. He tenido que ausentarme un momento y, al volver, la bici estaba ausente.

—¡Ay, pobrecito! —dijo la mujer con aquellos labios tan in... (se había dado cuenta de que la señora Frauke no solo utilizaba la palabra «increíble» cuando algo le llamaba especialmente la atención, sino que la cortaba en dos, con una pausa para que la fantasía pudiera alzar el vuelo; ahora entendía por qué) creíbles. La desconocida tenía también unos dientes y una sonrisa increíbles, que blandía como un arma.

—Lo de los ladrones de bicicletas se está poniendo cada vez peor. ¿Llamo a la policía? —dijo su boca. Sus ojos, en cambio, le dijeron al ciclista de nariz casi recta y expresión de asombro en las cejas: «Eres exactamente mi tipo».

—¡No! —respondió él, sobresaltado—. Nada de policías. Era una bicicleta vieja.

Aquella amenaza de involucrar a la policía lo atenazó de tal modo que soltó más frases que nunca:

—Su valor era muy escaso. La compré en estado defectuoso. No costó mucho. Fue una ganga. Pero la reparación me llevó mucho tiempo. Quitar el óxido de los engranajes fue un trabajo de lo más pesado. Ajustar las marchas requirió mucha destreza. El cableado de las marchas fue un procedimiento largo. Hubo que cambiar las pastillas y los cables de freno. Sustituí dos radios que faltaban por otros nuevos para evitar que se hundiera la llanta.

Ella le miró tan asombrada como si fuera un robot parlante que hubiera salido del bosque.

—¿Y ahora qué vas a hacer sin tu bicicleta? Estás en el culo del mundo —le dijo al atractivo desconocido que se expresaba con aquellas frases tan rebuscadas.

—El culo del mundo —repitió Marko, y pensó en Sven, que le había enseñado aquella hermosa expresión—. A lo mejor puedo encontrar un bus.

—Por aquí no pasa ningún bus —repuso ella y se ofreció a llevarlo. Su coche estaba cerca.

Unas horas más tarde, la mujer le dijo:

—Has caído en mi red. Te he camelado.

—Camelado —se rio Marko, saboreando la palabra—. Me has camelado. Un camello helado.

—En serio, eres exactamente mi tipo. ¿Sabes a quién me recuerdas?

«Yo te acuerdo, tú me recuerdas, él le recuerda», pensó Marko sin contestar.

—A un amigo que conocí una vez estando de vacaciones —le explicó ella—. Fue en el sur de Italia. En el Aspromonte. ¿Has estado alguna vez allí? Es in... —Marko deseó que no continuara— creíble, muy bonito. Podrías ser de allí, de verdad. Mi amigo se llamaba Rino. Ostras, no esperaba acordarme del nombre.

A Marko le entró una prisa increíble por largarse de su piso. Se llevó dos cosas: una palabra nueva y un descubrimiento importante. El contacto humano no es lo mío, se dijo Marko, y decidió refugiarse unos días en casa. Lo suyo eran las palabras y las frases nuevas. Volvió a sacar el libro que le había regalado Sven. A esas alturas podía leerlo ya casi sin problemas.

El teléfono de Escher se alternaba con el del electricista. Cuando por fin contestó, descubrió que los del equipo de emergencias llevaban diez minutos delante de su puerta, en la calle. Si no les dejaba entrar inmediatamente, le iba a caer una multa.

—¡No he oído nada!

—¿Ha desconectado el timbre?

—Claro que no. Pero lo tengo siempre apagado —se excusó, y pulsó el botón blanco para apagar la lucecita roja de silencio y luego el botón azul para abrir la puerta.

Al cabo de unos minutos había cuatro desconocidos pululando por el piso (sin contar al muerto): un conductor de ambulancia pelirrojo, una doctora de urgencias cabreada, el señor Janko de Elektro Janko y el policía al que Janko había llamado al ver que Escher no abría la puerta.

La doctora de urgencias no tardó en declarar muerto al electricista y se dedicó a tomar nota de todo con su tableta. Le pidió al jefe de Elektro Janko que introdujera él mismo los datos de su empleado, y este tuvo que llamar a la empresa para averiguar su número de seguro y su fecha de nacimiento. Janko era el más joven de los presentes, lo que desconcertó a Escher. ¿Sería un aprendiz de jefe? ¿Acaso la muerte de un empleado no le parecía lo bastante importante a su padre para ocuparse él mismo del asunto? ¿O acaso su padre había muerto joven y la desgracia había obligado a la familia a una sucesión generacional prematura? Esas cosas no eran fáciles de averiguar. El jefe (o el aprendiz de jefe) estaba muy nervioso y, sin embargo, se esforzó por tranquilizar al policía y asegurarle que, por parte de la empresa, no había habido ninguna negligencia.

—Tenía muchísima experiencia —afirmó, escandalizado—. Es imposible que le haya pasado algo así. Es un gran empleado desde hace años, un trabajador fiable.

A Escher le molestó que aquel mocoso se refiriera al muerto como «trabajador fiable».

—Ha formado a varios aprendices —siguió explicando el joven jefe—. Yo mismo hice mi aprendizaje con él. Mi padre le tenía en gran estima.

—¿Su padre ya no trabaja en la empresa? —preguntó el policía.

—Falleció inesperadamente hace un año.

Escher carraspeó avergonzado, como si la pregunta sobre su padre no la hubiera hecho el policía, sino él mismo. Más aún que su curiosidad, le avergonzó haber acertado con su hipótesis. Y, sin embargo, se preguntó si la frase «falleció inesperadamente» significaba «suicidio». Leyendo el periódico, se había dado cuenta de que había dos grandes categorías de anuncios de fallecimientos: «tras una larga enfermedad» y «de forma inesperada». «Tras una larga enfermedad» significaba cáncer, y «de forma inesperada», suicidio. No lo decían explícitamente para no darles ideas a los suicidas en ciernes: una actitud responsable por parte de los medios de comunicación. No obstante, después del artículo se les iba la mano y añadían: «Si sufre depresión o tiene pensamientos suicidas, llame al siguiente número de atención psicológica». Aquel consejo bienintencionado entraba en contradicción con la discreción del «murió de forma inesperada» del artículo. Escher se preguntaba si no habría dos departamentos distintos: uno responsable de la discreción del artículo, y otro del apéndice sobre la prevención del suicidio. O a lo mejor se trataba de un dilema. En las redacciones se habían dado cuenta de que los suicidas en ciernes sabían qué se escondía detrás de un «fallecido de forma inesperada», porque consumían toda la información relevante sobre el tema, por lo que tampoco estaba tan mal romper el tabú con la información sobre la atención psicológica y la mención explícita del suicidio.

Si faltaba la línea sobre la atención psicológica, uno podía suponer que «falleció de forma inesperada» hacía referencia a una apoplejía o un ataque de corazón, aunque no a un accidente, ya que, por lo general, en caso de accidente se usaba la palabra *accidente*. Escher se preguntó por primera vez si la muerte del electricista aparecería en las noticias. En la sección de sucesos. Electricista fallece mientras realizaba trabajos de instalación en una

casa particular. La causa del accidente... «¡No me llames! —vibró el móvil del electricista—, ya sabes dónde...»

La voz del cantante se vio interrumpida por el jefe de la empresa, que se había acercado al muerto con paso rápido y le había sacado el móvil del mono.

—¡Está muerto, figúrate! —gritó al teléfono. Del teléfono salió una agitada voz metálica, pero el jefe de la empresa la interrumpió de inmediato—. ¡Ya, yo qué sé! No tengo ni idea, ¡no había quitado los fusibles! Sí, ¿qué sé yo?

Escuchó un momento y luego dijo:

—Oye, te tengo que colgar ahora, la policía está aquí. Ya te contaré luego.

—En realidad, no debería haber tocado el móvil hasta que todo estuviera aclarado.

Para asombro de Escher, aquella frase no la había pronunciado el policía, sino el joven conductor de la ambulancia.

—¿Perdón? —preguntó el jefe de la empresa, alterado.

—Que no debería tocar nada hasta que todo se haya aclarado.

—Sí, claro. ¿Van a investigar el teléfono o qué? —preguntó exasperado el joven Janko, contemplando sin entender nada el teléfono que tenía en la mano.

Escher vio cómo su rostro, que se había puesto rojo mientras hablaba por teléfono, adquiría un tono aún más oscuro. El pelo del conductor también era rojo, aunque eran dos tonos tan distintos que Escher se preguntó cómo era posible que ambos se describieran con la misma palabra.

El policía se encogió de hombros. Tampoco parecía saber exactamente cuál era el protocolo en un caso como este:

—Primero le echaremos un vistazo al asunto —dijo sin perder la calma—. De momento no toquen nada más.

Como si tuviera que guardar las apariencias tras el exceso de celo del conductor, el policía se volvió hacia Escher. Le dirigió una mirada penetrante y le preguntó por lo sucedido.

—¿Se ha dado cuenta de que al electricista se le había olvidado quitar el fusible?

—No le he prestado ninguna atención a eso, la verdad.

—¿A lo mejor ha parado un momento de trabajar y ha vuelto a conectarlo? —sugirió el policía.

—No —repuso Escher—. Acababa de empezar. ¿Por qué iba a parar?

—¿Tal vez estaba probando algo? ¿O tenía que coger algo?

El joven jefe de la empresa acompañaba cada una de las preguntas del policía con un movimiento indignado de cabeza, como si quisiera interrumpirlo, pero no dijo nada.

—¿Dónde estaba usted exactamente? —preguntó el policía—. ¿Ha visto el accidente?

—No, estaba en el salón, leyendo —dijo Escher.

—¿Estaba leyendo mientras el electricista trabajaba?

A Escher le faltó poco para preguntarle al policía si acaso estaba prohibido, pero no se dejó provocar, por si acaso.

—Sí, no quería molestarle. A mí tampoco me gusta que me miren por encima del hombro mientras trabajo.

—¿Y entonces?

—De repente se ha oído un estruendo, como si se hubiera caído de la escalera. No estaba subido a ninguna escalera, pero ha sonado así de fuerte, como si hubiera caído al suelo desde lo alto de una escalera.

—¿Lo ha visto?

—No, no lo he visto. Pero ¡lo he oído! Primero lo he oído y entonces he ido hasta la cocina y lo he visto en el suelo.

—¿Qué estaba leyendo?

—¿Perdón?

Escher se preguntó si se trataba de una pregunta capciosa particularmente ingeniosa. ¿Qué interés podía tener eso para el policía? ¿Acaso dudaba de la versión de Escher sobre el incidente? ¿Pretendía pescarlo en una contradicción? ¿Sospechaba que Escher había conectado el fusible sin darse cuenta? ¿De forma inconsciente, sin pensarlo?

—Que qué leía —repitió el policía.

—Este libro —dijo Escher, que lo cogió de encima de la mesa y se lo mostró.

—Ah, lo conozco, yo también lo he leído —respondió el agente.

—¿En serio?

—Sí, sobre el mafioso del programa de protección de testigos. Es un libro cojonudo —dijo el policía.

—Sí.

—¿Por dónde va?

Escher volvió a ponerse en guardia. ¿Qué pretendía el policía? ¿Quería liarlo?

—Por el capítulo en el que viaja de Milán a Suiza —mintió Escher, aunque no tenía ni idea de por qué había mentido precisamente sobre eso.

—En realidad, no se llama «mafia» —volvió a intervenir el conductor—. Es la ’Ndrangheta o la Camorra o la Cosa Nostra, según de dónde sean. Unas están en Sicilia, otras más al norte.

Por fortuna, en ese momento llamaron a la doctora de urgencias al siguiente trabajo, y el conductor insolente se largó con ella.

—Sí, esa parte está muy bien —comentó el policía—. Cuando en el tren se dirigen a él por primera vez con su nuevo nombre: «¿Es usted el señor Marko Steiner?». Pero la cosa se pone aún más

interesante cuando llega a Alemania y va por ahí y todo le resulta completamente extraño. Aunque no quiero hacerle ningún *spoiler*...

—Debe de ser durísimo estar en protección de testigos...

—Cada dos por tres nos llega algún nuevo testigo protegido. No es fácil volver a empezar desde cero...

El jefe de la empresa escuchaba la conversación, desconcertado, y cuando Escher no dijo nada más sobre el libro se hizo un silencio incómodo. Un ángel pasó por la habitación. A Escher le encantaba aquella expresión, en contraste con los dos querubines de Rafael, que tenía en rompecabezas, pero que no podía soportar. A Escher no le parecían ángeles, sino dos idiotas.

—¿Y ahora qué va a pasar? —le preguntó Escher al policía—. No quisiera parecer insensible, pero, la verdad, preferiría que el muerto no se quedara una eternidad en mi casa.

—Pues no creo que lo haga mucho más —respondió el policía—. Es un caso claro de accidente laboral, aunque tenemos que seguir el procedimiento. Por el seguro, para que la viuda reciba el dinero que le corresponde.

—¿La viuda?

—Sí, su mujer. ¿No ha visto la alianza?

—Sí, sí, la he visto —dijo Escher—. Es que todo ha sucedido tan rápido...

No quiso explicarle al policía que lo que le había chocado era la palabra *viuda*.

—Es una lástima, una persona tan joven... —comentó el policía.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Escher, esperando que nadie lo corrigiera y dijera «tenía». ¿Acaso los muertos no tenían también una edad? La tendría aún durante unos días más, y luego dejaría de tenerla; su vida entera quedaría reducida a un único evento, y la cronología de los días y los años perdería toda su relevancia.

—Cuarenta y pico —dijo el jefe.

—¿Tenía hijos?

—Una hija, que yo sepa.

—¿Y han informado ya a su mujer? —preguntó Escher.

«¡No me llames! Ya sabes dónde...»

«... vivo», añadió el cerebro de Escher. Nadie tocó el teléfono móvil, que enmudeció a mitad de la tercera repetición.

Cuando por fin se llevaron al muerto, a Escher le sorprendió que Janko y el policía no se marcharan con el féretro. Sin embargo, un minuto más tarde se despidieron también, como si solo hubieran tratado de mantener las distancias. En la puerta, Escher se dio cuenta de que los zapatos del muerto seguían allí y se los dio al jefe, que los aceptó sin decir nada.

El piso vacío le pareció más pequeño que hacía un instante, cuando estaba lleno de gente. El ángel tampoco andaba ya por allí. Escher abrió todas las ventanas y fregó el suelo en el lugar donde había caído el electricista. Luego sintió una necesidad urgente de salir, pero antes se echó un momento en el sofá y se quedó dormido enseguida. Al cabo de diez minutos, el teléfono lo sacó de su profundo sueño. Era el policía, que llamaba para preguntar si se había olvidado las gafas de sol en su casa.

—Creo que me las he dejado sobre la mesa de la cocina.

Escher fue a la cocina a comprobarlo.

—No, aquí no están. Y tampoco las veo en ningún otro sitio. Lo siento.

Se preguntó si el policía se habría olvidado realmente las gafas o si se trataba de una artimaña. Se había levantado demasiado deprisa y estaba mareado, de modo que volvió a echarse en el sofá. Leer unas páginas lo ayudaría a ponerse poco a poco en marcha. Le molestó constatar que, mientras hablaba con el policía, había

cerrado el libro. No estaba de humor para buscar el punto justo donde se había quedado, o sea que siguió leyendo desde donde el libro se abrió al azar.

Marko Steiner encontró una nueva profesión mucho más rápido de lo que esperaba. Restaurar bicicletas, que al principio era una actividad de uso personal y luego un simple pasatiempo remunerado, terminó convirtiéndose, sin haberlo planeado, en una fuente fácil de ingresos. Y el negocio iba mejor cada semana. Pronto ya no se limitaba a reparar las bicicletas de sus clientes, sino que también compraba bicicletas destartaladas en mercadillos para sacarles las partes aprovechables, transformarlas en nuevas obras de arte y venderlas. Entre sus clientes había ancianos, estudiantes, empresarios e incluso un cura.

Viendo que el boca a boca le traía cada vez más clientes, decidió alquilar un local y abrir un taller propiamente dicho. Inscribió su empresa en el registro mercantil con el nombre de RAREST. Entre los aficionados a las bicicletas *vintage*, sus bicis restauradas y revendidas a precios elevados pronto se cotizaron como las de las marcas de moda; no solo eso, sino que la pegatina de su taller RAREST, discretamente colocada junto a los famosos logotipos de Peugeot, Mercier o Koga Miyata, aumentaba el prestigio de la marca original. Solo los entendidos conocían el origen de la marca RAREST, y se enorgullecían de ello: RAd REparatur STeiner. Reparación de bicicletas Steiner.

Durante los primeros años, sin embargo, algunos fans de RAREST se llevaron un disgusto al descubrir que el afable señor Steiner se negaba categóricamente a aceptar marcas italianas. No admitía una Bianchi en su taller, por no hablar de una Masi, una Gios o una De Rosa. Ante aquel rechazo, los propietarios de una elegante Pinarello no tenían ni idea de que aquella decisión no le dolía a nadie

tanto como al propio Marko Steiner. Pero este no había olvidado las advertencias de Falcone y no quería caer en la tentación y tener que pedir recambios a Italia. En su antiguo idioma. Si empezabas así, tarde o temprano terminabas siguiendo tu olfato hasta donde podías encontrar buenos cuadros.

De hecho, una Pinarello era precisamente la causa por la cual Marko Steiner se había convertido ya de niño en un gran mecánico de bicis de carreras. Después de que Aldo Pisi perdiera la vida en el tiroteo de la iglesia de Santa María, la viuda le había regalado a Elio —que por entonces tenía diez años— la bicicleta de carreras de su marido. Era una joya deslumbrante, un auténtico santuario. El cambio de marchas Campagnolo Superrecord y el manillar Cinelli, que normalmente habrían significado mucho para él, apenas importaban en este caso. El cuadro de acero de la Pinarello de Aldo Pisi tenía un revestimiento de oro de 24 quilates y brillaba como un sagrario en un altar.

Cuando finalmente levantó la prohibición contra las marcas italianas, su decisión no tuvo nada que ver con el hecho de que el 17 de agosto de 2007, en el quinto año de su nueva vida y cuatro años después de la inauguración oficial de RAREST, su foto policial apareciera en la televisión alemana. Como cada noche, terminó su jornada laboral viendo las noticias. Al principio se tomaba como algo personal que las presentadoras alemanas lo miraran con expresión severa, como si hubiera hecho algo malo. Pero ahora sí que había algo que temer: lo buscaban en relación con un asesinato séxtuple que había tenido lugar en Ü el 15 de agosto de 2007. De repente eran sus propios ojos los que lo miraban desde el televisor.

Marko Steiner se obligó a mantener la calma y a no precipitarse. Por suerte, en la foto llevaba puesto el casco de la moto y solo se le veían los ojos. No pierdas los nervios. Mantén la serenidad. Respira

hondo y no te alteres. No pierdas la compostura. Que no cunda el pánico. Contrólate. Conserva la calma. Colocó el cartel de «Vacaciones» en la puerta de RAREST y se echó en la litera que había en la parte trasera del taller. No podía dejarse ver por la calle durante los siguientes días. Tenía que esperar a ver qué pasaba. Para no volverse loco, sacó el libro y siguió leyendo desde donde lo había dejado unos días atrás.

En cuanto el policía que había llamado por sus gafas de sol colgó, el móvil de Escher volvió a sonar. Era la señora Janko. Escher se preguntó si sería la mujer del joven jefe o su madre. ¿O tal vez su hermana? Esta se disculpó por las molestias que le había causado el accidente.

—Podemos mandarle un empleado hoy mismo para terminar el trabajo.

A Escher le sorprendían muy pocas cosas, pero eso no se lo esperaba. Desde muy joven había adquirido el hábito de anticiparse a las posibles sorpresas. Había que ir siempre un paso por delante de los acontecimientos, como un conductor precavido que se anticipa a un camión que cambia repentinamente de carril. Había que estar siempre preparado. A Escher le irritaban incluso los rostros de sorpresa de los tontos desprevenidos, idiotas con cara de empanados.

Pero la propuesta de repararle el enchufe ese mismo día lo cogió totalmente por sorpresa. Se alegró de que la señora Janko no pudiera verle la cara. Aun así, logró disimular: su voz no delató nada y su breve indecisión resultó apenas perceptible. La señora Janko no parecía sospechar nada y no cuestionó en ningún momento la versión de Escher sobre la desgracia. Al contrario, le pidió disculpas. Lo menos que podía hacer la empresa, añadió, era no obligarlo a esperar aún más la reparación.

—O, si hoy le parece demasiado —prosiguió—, podemos quedar en que nos llame cuando...

—La reparación es irrelevante —la interrumpió Escher.

—Bueno, pero tampoco podemos dejarlo así.

Quería preguntar cómo estaba la mujer del fallecido. La viuda. Pero la pregunta le pareció un disparate, por lo que se limitó a decir:

—¿La mujer ya lo sabe?

—Sí.

—¿Se lo ha dicho usted?

—Sí.

Escher se preguntó si la señora Janko la habría telefoneado o si habría ido a verla en persona. También le habría gustado conocer las palabras exactas que había utilizado para darle la noticia. Mientras trataba de decidirse por una pregunta que no pareciera demasiado indiscreta y que resultara por lo menos aceptable, creyó percibir un cambio en el silencio de la propietaria. Y aunque no oyó nada en concreto, le pareció adivinar que la mujer estaba llorando en silencio.

—Qué destino tan cruel —dijo él para llenar el silencio y darle tiempo a controlar su llanto.

—Es terrible —dijo la mujer tras una pausa—. Nuestra empresa existe desde hace cuarenta y tres años. La fundó mi suegro. Pero nunca nos había pasado algo así. A un electricista con experiencia no se le olvida quitar el fusible...

—¿Hay alguien que pueda encargarse de la mujer? ¿Dónde está ahora?

—Una amiga está con ella.

—¿Tienen hijos?

—Una hija. De trece o catorce años. Todavía no lo sabe, no está en casa. Creo que había discutido con su padre. Tal vez por eso

estaba... distraído, no sé. En fin, ¿quiere que le envíe a alguien ahora?

—Será mejor que antes pregunte a la policía si podemos tocar las cosas.

—Ya lo he hecho. No hay problema, podemos terminar el trabajo. Lo han fotografiado todo. Además, ¿qué más van a encontrar?

—Hoy ya no —dijo Escher—, estoy demasiado cansado. No sé por qué, pero estoy hecho polvo.

—Sí, yo también estoy cansada. Es por el shock. Me siento agitada y cansada al mismo tiempo. Estoy de los nervios y, a la vez, agotada.

Escher se preguntó cómo se produciría ese cansancio en la mente de una persona. Era como si la descarga eléctrica no solo hubiera paralizado por completo el organismo del electricista, sino que también hubiera afectado a quienes estaban cerca.

—¿Cuántos empleados tienen?

—¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, ahora le falta uno. Quizá no le resulte tan fácil encontrar a otro para mí...

La mujer soltó una breve carcajada, una risa resignada, como si ya no pudiera imaginar un mundo en el que algo tan insignificante contara como una preocupación.

—Tenemos nueve empleados. Una secretaria, seis electricistas y dos aprendices. Bueno, ahora tenemos cinco electricistas...

—A lo mejor deberíamos esperar hasta después del funeral.

A Escher le pareció una falta de respeto hacia el difunto dejar que otra persona terminara su último trabajo antes de que lo enterraran. Al muerto, desde luego, ya le daba igual, pero a lo mejor podía dolerle a la persona viva que en su día había sido el muerto. Y también al muerto que Escher sería algún día. Era difícil decir de qué

momento (¿prefuturo? ¿pospasado?) procedía ese dolor y cómo librarse de él.

—¿Qué pinta aquí el funeral?

—Nada, nada. Pero imagino que estará muy ocupada ahora mismo. ¿No hay mucho papeleo que resolver?

—Ni siquiera había pensado en eso. Lo primero es buscar un electricista nuevo. Ya andábamos cortos antes, ¡y ahora necesito uno más! Pero, bueno, primero debo encontrar un sustituto. En fin, no quiero marearlo. Me sabe muy mal por la mujer. La viuda.

—La viuda... —repitió Escher—. No es una palabra agradable de pronunciar.

—No.

Escher tuvo la sensación de que ese era el momento en el que el electricista moría de verdad, cuando alguien se refería a su mujer como «la viuda».

—¿Se puede hacer algo por ella?

—Estamos organizando una colecta.

—¿Puedo contribuir?

—No hace falta, bastante tiene ya. Nos ocuparemos de ella, no se preocupe. Aunque, bueno, si quiere donar algo... Cuanto más logremos reunir, mejor. No será ningún consuelo, pero por lo menos es una pequeña ayuda.

Escher trató de decidir cuánto sería un donativo apropiado. Quería ayudar a la viuda, pero al mismo tiempo no quería excederse y que alguien pudiera interpretarlo como una admisión de culpa.

—¿Puedo preguntar cuánto suele donar la gente?

—No lo sé, tendría que preguntárselo a mi marido.

—Iré hoy y pondré algo en el sobre. ¿Hasta qué hora estarán?

—Mejor mañana —dijo la mujer, cansada—. Hoy estoy de los nervios.

—Vale, pues mañana. ¿Cuántos años tenía?

—¿Perdón?

—El electricista, ¿cuántos años tenía?

—No había cumplido ni los cuarenta y tres.

—Era demasiado joven.

—Sí. Bueno, mañana acabamos de hablar de lo de la cita.

Escher se despidió, se sentó en el sofá y pensó en cuánto debía poner en el sobre de donativos. A lo mejor no sería un sobre, sino una cajita de cartón, y podría meter el dinero discretamente, sin que lo viera la señora Janko. Esperaba que por lo menos no fuera una de esas indignas huchas de latón que había visto últimamente en muchos mostradores, ni tampoco una hucha cerdito.

Otra posibilidad era donar una cantidad discreta, y dejar también un donativo anónimo para la mujer. Para la viuda. La palabra *viuda* le parecía extraña y arcaica. No conocía a ninguna viuda, más allá, tal vez, de esas mujeres viejas a las que uno ya no consideraba viudas, sino simplemente mujeres viejas, cuyos maridos habían quedado olvidados hacía tiempo. Se preguntó de dónde vendría esa palabra tan extraña y la buscó en Google: «El término *viudo* se corresponde a una de las cuatro categorías de estado civil, junto con *soltero*, *casado* y *divorciado*».

Aquella definición molestó a Escher, que nunca había pensado en sí mismo como un representante del estado civil *soltero*. Al contrario, consideraba que, al no haber tomado nunca una decisión al respecto, la cuestión del estado civil no iba con él, del mismo modo que un peatón tampoco era una «persona sin coche».

Lo que sí le pareció interesante fue que, en alemán, la forma masculina *Witwer* era un derivado del femenino *Witwe*. El artículo afirmaba que era uno de los pocos términos masculinos derivados de la forma femenina.

Escher se preguntó qué implicaba eso, pero en el artículo solo encontró una explicación etimológica del origen de la palabra.

«La palabra *viuda* tiene su origen en la raíz verbal indoeuropea *uidh*, quedar vacío o estar falto de algo.»

Escher dejó que el sonido se le deshiciera en la boca: *«uidh»*. Era una sensación agradable, como un mantra que, con la repetición, se volvía irresistible.

Uidh.

Vaciarse.

Uidh.

Era como un sabor exquisito. Como un tipo de helado, un bálsamo curativo. *Uidh.* El vacío le recordó que tenía que volver atrás y leer las páginas que se había saltado.

En el pueblo, dominado por la mafia, vivían muchas viudas. Aquellas sombras negras eran vacíos conspicuos, oscuras figuras decorativas que permitían llevar la cuenta de los asesinatos ocurridos en la aldea. A lo largo de los años y los siglos, la sangrienta batalla entre familias rivales había provocado un extraño excedente de aquellos fantasmas vestidos de negro. Asesinatos cometidos como venganza de asesinatos cometidos como venganza. Cuantos más hombres morían de forma violenta, más mimaban las viudas a los hijos huérfanos, que de mayores se convertían en asesinos brutales y dejaban aún más viudas a su paso.

Fue una de esas viudas la que, cuando Elio tenía diez años, le regaló la bicicleta de carreras Pinarello de oro de su difunto marido, Aldo. Cuatro años después de la inauguración, RAREST levantó por fin la prohibición contra las bicicletas de carreras italianas; el boicot suscitaba demasiadas preguntas entre los clientes de Marko. Además, hacía ya cinco años que había estrenado su nueva vida, y tanta cautela le parecía un poco excesiva.

Pronto compró su primera Pinarello averiada para reconstruirla y venderla. A esa primera Pinarello la siguió una segunda. Le quitaban las bicicletas de las manos. Pero comprar buenas Pinarello en Alemania no era fácil, de modo que empezó a encargarlas en Italia. No iba en persona, desde luego, sino que las encargaba por internet. Pagaba con su tarjeta de crédito, a nombre de Marko Steiner. Pero no lo buscaban por esos pedidos; la fotografía de su ficha policial no apareció en televisión debido al éxito de sus Pinarellos. No había pisado Italia. La Italia de verdad empezaba al sur de Nápoles, pero es que ni siquiera había ido a Roma. Ni siquiera había llegado a Milán. El problema no era ese.

Su error tampoco había sido responder al anuncio de una viuda cuyo marido le había dejado tres garajes llenos de chatarra. Todo eso formaba parte del negocio. La anciana no parecía particularmente triste por la muerte de su marido: por fin podía deshacerse de toda su chatarra, que no solo llenaba los garajes, sino que también invadía medio jardín. El hombre, coleccionista compulsivo de objetos inútiles, le había dejado una montaña de televisores, electrodomésticos y juguetes viejos, piezas de recambio de todo tipo y varias toneladas de libros apolillados. Aquel infierno parecía contener todas las cosas y palabras imaginables. Tumbonas, mesitas de café, secadores, cámaras, bombillas, paraguas, lámparas, pantallas, televisores de tubo, maletas, radios, taladros. Muchos de los objetos estaban aún en su embalaje original y tenían cierto valor.

Marko le compró dos cuadros Pinarello y varias cajas con piezas de bicicleta. Nada de eso podía considerarse un error. No se llevó el álbum Panini de 1986 de la selección italiana, aunque contenía todos los cromos menos el de Altobelli y el del entrenador, Bearzot. En el tercer garaje se topó con la vespa oculta bajo una lona. No estaba en buen estado, pero todo era original, nadie la había toqueteado

aún. Él no se dedicaba a restaurar vespas, desde luego. Y menos aún para venderlas, nunca se habría atrevido a llegar tan lejos. Pero era una Primavera de 1968, el mismo modelo que conducía su abuelo.

—¿Le interesa? —preguntó la viuda, pero Marko Steiner negó con la cabeza—. ¿No la necesita?

Tras la muerte de su abuelo, nadie había vuelto a usar la vespa. Venerada como si fuera una reliquia del cabello de la Virgen en un pueblo donde todo era motivo de devoción, descansaba en el garaje, intocable. Hasta que un día el garaje ardió en llamas. Elio había tenido la esperanza de que algún día aquella Primavera sería suya.

—Sí —dijo Marko al final—. Me la llevo.

Comprar la vespa tampoco había sido necesariamente el error decisivo. No tenía intención de venderla, y tampoco quería conducirla él mismo. Solo quería ponerla a punto. Tener una Primavera que pareciera nueva.

La decisión no le pareció un error hasta que tuvo que esconderla de sí mismo en su taller, enterrada en el fondo del sótano. Antes de empezar a desmontarla tenía que quitarse esa sensación de encima. Uno nunca puede emprender una restauración si no está en paz consigo mismo. Fue una casualidad que, mientras despejaba el espacio necesario para aparcar la vespa, se topara con el viejo libro de Sven, que nunca había terminado de leer. Buscó el punto donde lo había abandonado.

Escher se resistió al impulso de ir directamente al local de la empresa Elektro Janko a depositar su dinero en el sobre de colecta. Habría sido lo mejor para él, pero entregar el dinero de forma tan precipitada le pareció una falta de respeto hacia la viuda. Como cualquier intento de deshacerse de un problema antes de haberlo evaluado a fondo, habría sido una desfachatez responder tan deprisa

a una tragedia con un donativo económico. Un falso consuelo para la viuda. *Uidh.* Al vacío había que darle tiempo. Había que dejarle espacio a la ausencia.

Durante sus investigaciones para los discursos fúnebres había aprendido que cada sociedad afrontaba la pérdida a su manera. Había culturas en las que el proceso del duelo se organizaba en etapas fijas. El alma del difunto no abandonaba el cuerpo hasta cuarenta días después de la muerte; solo entonces estaba muerto de verdad. Esas y otras historias parecidas le servían para consolar a los dolientes, distraerlos y guiarlos a través de un reconfortante laberinto. Aunque como estudiante aún era demasiado joven para que lo contrataran como orador fúnebre, no había tardado en hacerse un nombre. Pronto había corrido la voz sobre la calidad de sus discursos. El trabajo se le daba realmente bien. Su forma de ser, a la vez distante y compasiva, lo convertía en un orador fúnebre muy buscado y, para su propia sorpresa, se ganaba bien la vida con ello.

Pero en aquel momento, cuando el afligido era él mismo, sus conocimientos especializados no le servían de nada. ¿El alma no abandona el cuerpo hasta cuarenta días después de la muerte? No podía pasar tanto tiempo dándole vueltas a aquel asunto. ¿Quién iba a beneficiarse si él perdía la cabeza? El electricista no iba a volver a la vida de todos modos... Aunque temía que un donativo apresurado pudiera interpretarse como un signo de mala conciencia, de una culpabilidad no confesada, a la mañana siguiente se dirigió al banco. Al fin y al cabo, él solo iba a hacer su donativo a Elektro Janko; la tarea de entregarle luego el dinero a la viuda dependía de ellos.

Sacó quinientos euros. Cuando el cajero automático le preguntó cómo quería el dinero, dudó. En su vida privada le gustaban los billetes pequeños, ya que cada vez había más cajeros de tiendas y

negocios que se desmayaban al ver un billete grande. Pero, al mismo tiempo, un sobre grueso lleno de billetes pequeños le parecía ostentoso. Otro argumento a favor de los billetes pequeños era que, sin duda, resultaba más práctico para la viuda. Las consideraciones estéticas en cuanto al sobre o una discreción exagerada no podían ser motivo para exponerla a las impertinencias de los propietarios de negocios que ponían cara de indignación cuando uno pagaba con un billete de cien. Por otro lado, sus billetes se iban a mezclar con los demás donativos de la empresa. No solo eso, sino que no era descartable que la jefa compartiera las preocupaciones de Escher y cambiara los billetes antes de entregárselos a la viuda.

El cajero automático escupió cinco billetes de cien. No se acostumbraba a que una máquina le entregara dinero. Sí, tenía sus finanzas en orden. Nunca había necesitado un préstamo, ni había pedido dinero prestado a nadie, ni siquiera había dejado nunca la cuenta al descubierto. Un orador fúnebre ganaba más de lo que la gente creía. A los dolientes el dinero les parecía algo tan irrelevante que uno casi tenía que protegerlos de su espíritu derrochador. En todo caso, el dinero del que disponía le bastaba para su estilo de vida. Como apenas gastaba nada (el alquiler era barato y su único lujo eran los rompecabezas), le llegaba de sobra.

De hecho, Escher tenía incluso una cartera de acciones que sería su plan de pensiones. No se lo había confesado a nadie, porque le daba vergüenza haber pensado en algo así cuando aún era estudiante. En realidad, la pensión en sí no había sido su motivación, pero ¿quién le habría creído si hubiera asegurado que no había comprado las acciones pensando en la jubilación, sino para deshacerse del dinero? A la hora de la verdad, sus acciones habían perdido la mitad de su valor durante apenas la primera semana y,

como todo apuntaba a que las cosas seguirían yendo cuesta abajo, pronto dejó de pensar en ellas.

Aquella historia tan embarazosa se remontaba a sus primeros días como orador fúnebre. Para su sorpresa, un editor le había ofrecido un adelanto de diez mil marcos alemanes por su diario, que había enviado con el título *Un suceso luctuoso*. No se esperaba un anticipo; al fin y al cabo, no era nadie. Firmó el contrato nada más recibirlo y lo devolvió el mismo día. Si las ventas del libro superaban el anticipo de diez mil marcos alemanes, recibiría los derechos correspondientes. En teoría, si vendía millones de libros podía ganar millones de marcos.

Le correspondía aproximadamente un marco alemán por libro. Si las ventas eran buenas, sus derechos por ejemplar también aumentarían, primero hasta 1,10 marcos y, más tarde, hasta 1,20. Eso era lo que decía el contrato. Fue entonces cuando descubrió que la mitad del precio de venta al público se lo quedaba la librería. El resto iba al editor, que lo usaba para financiar la producción y la distribución. Al autor le correspondía un ocho por ciento. Ese porcentaje equivalía a un marco, por lo que el cálculo era sencillo: con los diez mil primeros libros se amortizaba el anticipo de diez mil marcos, y a partir de ahí empezaban los beneficios de verdad.

Pero *Un suceso luctuoso* resultó ser un fracaso: se vendieron tan solo trescientos cuarenta y siete ejemplares. Fue un negocio deficitario para el editor. El hecho de que sus honorarios fueran un anticipo no reembolsable no fue ningún consuelo. Estaba avergonzado y quería deshacerse de los diez mil marcos lo antes posible. Enterró la humillación de que *Un suceso luctuoso* no le importara a nadie bajo otra humillación. Tuvo un arrebato político-cultural de indignación impropio de él contra el hecho de que los capitalistas arramblaran con la mayor parte de los beneficios del

libro y el autor tuviera que conformarse con un mísero ocho por ciento. Era un poco lo que sucedía con la leche: los granjeros solo recibían una parte ridícula del precio de venta al público. ¿Qué le pasaba al mundo?

El joven Escher decidió huir de aquel estado emocional con un gesto insolente. Recordó el dicho según el cual un criminal inteligente no atraca un banco, sino que funda uno, e invirtió los diez mil marcos alemanes que le había reportado el libro en acciones de una gran empresa de distribución de libros. Uno no podía ser tan tonto como para escribir un libro, lo que tenía que hacer era entrar en el negocio editorial. Así pues, compró las acciones sin saber nada sobre bolsa, por puro despecho ante el fracaso de *Un suceso luctuoso*.

Durante las semanas y los meses siguientes, el precio de las acciones se desplomó. Leyó en la prensa que la empresa en la que había invertido solo tenía deudas y que probablemente pronto entraría en concurso de acreedores. Era una enorme burbuja que solo generaba pérdidas. Según las páginas de negocios de los periódicos, las acciones estaban llenas de fantasía, pero la empresa no tenía ningún fundamento real. Aquella empresa Potemkin ni siquiera tenía tiendas físicas: los libros se pedían por internet y llegaban por correo.

Tras fundirse el anticipo editorial, Escher se sintió rehabilitado. Al igual que en algunas culturas se entierra a los difuntos con tesoros increíbles, él se deshizo de los diez mil marcos alemanes del libro. Fue un ejercicio de purificación, un exorcismo con el que dejó atrás su ridículo intento de convertirse en escritor.

A partir de ese momento se contentó con su vida de orador fúnebre. Dejó de poner sus experiencias por escrito, como si hubiera salido reforzado de aquel fracaso. Le gustaba su trabajo, una

profesión sensata y estable, sin grandes fluctuaciones de ingresos. El asombro cada vez que el cajero automático le entregaba dinero sin vacilar era lo único que conservaba de su época de estudiante. Escher metió los billetes de cien en un sobre, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió hacia la sede de Elektro Janko. Fue un agradable paseo de media hora, pero al llegar estuvo un buen rato llamando a la puerta cerrada, hasta que cayó en la cuenta de que —por anticuado que resultara— seguía existiendo la pausa para comer.

Elektro Janko parecía haberse propuesto agotar su paciencia. Escher se dijo que ya debía de haber pasado por lo menos media pausa de la comida, de modo que se sentó en un parque cercano a esperar a que pasara el resto. Por suerte, se había acordado de llevarse su libro.

El 14 de agosto de 2007, Marko había terminado de arreglar la vespa. Le habría encantado pasar más tiempo trabajando en ella, pero no quedaba ya ninguna pieza que no hubiera restaurado o sustituido. Estaba lista para sacarla a dar una vuelta por primera vez. La idea de no mostrar la moto en público se le había ido olvidando con el tiempo, hasta el punto de que dio una vueltecita alrededor del taller sin casco. Luego se impuso el sentido común y se puso el casco para salir a pasear en condiciones, como exige la ley; lo último que necesitaba era un encontronazo absurdo con la policía. Además, el anonimato que le proporcionaba el casco integral era una ventaja inestimable. No se había vuelto a poner uno desde que Falcone lo había llevado en su Laverda.

La vespa iba como la seda. No corría ni la mitad que la Laverda y la policía no lo detuvo.

Lo que sí lo detuvo, en cambio, fue el depósito de gasolina vacío.

Un revés. Un percance. Mala leche.

Cuando se enfadaba, Marko Steiner no contaba hasta cien, sino que repasaba su vocabulario.

¡Cacharro inútil! ¡Montón de chatarra! ¡Trasto! ¡Cafetera! ¡Menudo chapuzas! ¡Aficionado! ¡Manazas!

Marko Steiner se maldijo por la instalación defectuosa del manguito de la gasolina, que, tal como descubrió parado en el arcén, perdía combustible.

Suerte en la desgracia. Una flor en el culo. La suerte es para los tontos.

Constató aliviado que no tenía que empujar la vespa ni cien metros para llegar a un tramo de carretera que tenía una bajada. Y cuando, gracias a la gravedad, llegó al final de aquel descenso al ralentí, vio que incluso había una gasolinera.

La gasolinera BP del centro del barrio de Neudorf estaba muy bien mantenida. Hasta el dispensador de toallitas estaba lleno, y Marko pudo limpiar por encima las zonas donde había goteado la gasolina. Incluso logró solucionar el problema mecánico y meter el manguito en la abrazadera del carburador con la ayuda de un destornillador que le prestaron en la gasolinera.

El viejo de la caja le dirigió una sonrisa:

—Empujar una moto no sabe tan mal si es una joya como esa, ¿verdad?

—Culpa mía —respondió Marko, alicaído—. Un error tonto.

—¡No es habitual ver una Primavera en tan buen estado! —siguió diciendo el viejo, inmune a su desaliento—. Yo tenía una. ¡En verde! Pero de eso hace ya mucho tiempo...

Marko se despidió justo a tiempo para ahorrarse una de esas historias sobre motos antiguas que conocía tan bien. Sin embargo, al salir vio que la vespa había atraído ya a los primeros admiradores, dos tipos con gafas de sol oscuras que la escrutaban con atención.

Aún no habían dicho nada, pero a Marko le bastaron su postura y su ropa para saber de dónde eran. A pesar del calor, vestían trajes elegantes, como si fueran a una boda o vinieran de un funeral. La vespa les iba como anillo al dedo y combinaba a la perfección con sus gafas de sol y sus botines.

Para evitar a sus compatriotas, Marko se desvió y fue al aseo de la gasolinera. Tras la reparación, solo se había limpiado las manos por encima, con toallitas de papel. No le vendría nada mal lavárselas bien.

Sin embargo, al salir de nuevo a la luz del día, constató que su rodeo no le había servido de nada. No solo eso, sino que el más joven de los dos admiradores se había subido en la moto.

Zarpas mugrientas. Manazas. Garras. Pezuñas.

Marko Steiner se detuvo un momento y los observó desde una distancia prudente. El idiota que posaba sobre la vespa tenía la cara llena de granos y era mucho más joven que el tipo calvo y fornido que estaba a su lado. En lugar de camisa y corbata, como el más joven, el calvo llevaba una camiseta roja bajo una americana demasiado ajustada. Era el doble de ancho que el joven y una cabeza más bajo, y lucía varios tatuajes en la calva.

—Nos la llevamos ahora mismo —le dijo el de los granos al calvo en italiano. Mientras se acercaba, Marko se puso el casco.

—¿Es tuya? —le preguntó el calvo en alemán.

Marko asintió y, con el casco puesto, pareció que estuviera a punto de pegarle un cabezazo. Se vio a sí mismo reflejado en las gafas de sol del otro tipo, cuyas patillas eran tan gruesas que le cubrían los ojos también por los lados. No solo tenía físico de boxeador: llevaba una camiseta roja con la foto del legendario pugilista Primo Carnera.

—¿Cuánto? —preguntó el boxeador.

—Dile que pagaremos más de lo que valdría en un chatarrero —le gritó en italiano el de los granos. Llevaba gafas de sol sin montura, con las patillas doradas y la marca GUCCI grabada en el borde superior de la lente derecha.

—Le pagaré mil marcos y *presto*.

—Me tengo que ir —respondió Marko, y le hizo un gesto al payaso de las gafas Gucci para que bajara de su vespa.

—¿Cuánto? —insistió el boxeador, en alemán—. Yo pago.

—No está en venta —dijo Marko, y bajó la visera del casco.

—Mil.

Marko negó con la cabeza y agarró el manillar, pero el capullo no parecía dispuesto a bajarse. El boxeador le volvió a levantar la visera y habló a través de la abertura como si fuera la ventanilla de un mostrador con cristal de seguridad:

—¡Mil cien!

El tipo alargó el brazo y la ajustada americana se abrió hasta el punto de que Marko Steiner alcanzó a leer la cita en italiano que había bajo el retrato del boxeador, sobre el amplio pecho del matón: *«La vita è merda, pugni e sangue. Nessuno ti regala niente»*.

No pudo evitar reírse.

—¿De qué te ríes? Te estoy ofreciendo mil cien euros por una vespa destartalada y pizza gratis de por vida en la Pizzeria da Bruno.

—¿Dónde está la pizzería?

—A la vuelta de la esquina. En el 46 de la Mülheimer Strasse, cerca de la estación de tren —dijo el matón.

—Es que no vivo aquí, no me sirve de nada —explicó Marko, y puso cara de póquer cuando el de los granos dijo, en italiano:

—¡Este idiota no se entera!

El calvo metió una mano en el bolsillo interior de la americana y sacó un fajo de billetes sujeto con un broche de oro. Con la destreza

natural propia de los hombres toscos —que Marko conocía desde la infancia—, contó once billetes de cien en un abrir y cerrar de ojos y se los ofreció:

—Última oferta. Cógelos. La necesitamos, es para un regalo de cumpleaños.

Marko asintió en silencio y le pidió al chico que fuera a la gasolinera a buscar un destornillador para sacar la matrícula. En cuanto se bajó, Marko montó en la vespa de un salto y arrancó. «El truco del almendruco», se dijo, y maldijo el hecho de que la Primavera no tuviera retrovisores. Un ardid. Una treta. Una argucia. Visto y no visto. ¡El que tuvo retuvo!

Diez horas más tarde, seis personas murieron asesinadas a tiros en la Pizzeria da Bruno, en el 46 de la Mülheimer Strasse. Todos los telediarios abrieron con la misma noticia. La familia se había reunido para celebrar un cumpleaños en el restaurante italiano. Pasada la medianoche, el grupo salió de la pizzería y se metió en dos coches para volver a casa.

«El cumpleañero no sobrevivió a su decimoctavo cumpleaños. Marko Tomaso iba en el Volkswagen Golf azul con matrícula de Pforzheim que terminó acribillado a balazos, lo mismo que la furgoneta Opel blanca con matrícula de Duisburgo. Un crimen atroz que deja seis fallecidos, todos ellos hombres originarios de Calabria.»

Una foto mostraba la camiseta de uno de los muertos, con la cara del boxeador Primo Carnera. El presentador de las noticias tradujo el texto que acompañaba la camiseta con expresión sombría: «La vida es mierda, puños y sangre. Nadie te regala nada». Luego volvió a mirar a Marko Steiner como si hubiera hecho algo malo.

La camiseta puso a los investigadores sobre la primera pista. Uno de los cajeros de la gasolinera la reconoció y se apresuró a prestar

testimonio. La cámara de vigilancia del establecimiento mostraba a dos de los asesinados cerrando un trato con un desconocido que conducía una vespa. Por suerte, Marko llevaba puesto el casco y, antes de arreglar el escape, había aparcado la moto lo bastante lejos y de forma oblicua, de modo que la matrícula no aparecía en la imagen. Marko Steiner desmontó su vespa en más de cien piezas y las llevó al desguace. Vendió todas sus bicicletas de carreras y las piezas de recambio por mucho menos de lo que valían a los mecánicos de Rad Gaga, unos chicos que iban siempre colocados. Cinco días después del asesinato, asumió el riesgo y fue a la estación de tren. Por fin decidió seguir el consejo de Falcone y se trasladó a la ciudad más grande del país. Aunque la policía había catalogado el asesinato como una cuestión interna italiana ocurrida en suelo alemán, cinco días después del crimen seguían comprobando la identidad de todos los pasajeros. Eran extremadamente meticulosos y avanzaban tan despacio hacia al asiento de Marko que este casi se vuelve loco. Para calmarse, sacó el libro de la maleta y se puso a leer.

El plan de Escher no sobrevivió a la pausa del almuerzo. Antes de que esta terminara, ya había cambiado de opinión. Aunque le hubiera gustado deshacerse del dinero que había sacado del banco, al final no fue a ver a la señora Janko. Durante la espera, se le había ocurrido otro plan: quería pronunciar el último adiós en el funeral del electricista. Era la mejor forma de lavar su conciencia. De entrada le había parecido una idea absurda (estaba demasiado vinculado a la desgracia), pero ahora pensaba que era posible. En las circunstancias adecuadas. Solo había que orquestarlo con sutileza, a poder ser a través de un colega, para no tener que solicitar el trabajo en persona.

Los intercambios de encargos no eran infrecuentes entre los oradores funerarios: si una muerte no encajaba en sus agendas, se ayudaban unos a otros. El único problema era que Escher no era particularmente popular entre sus colegas. No tenía conflictos abiertos con nadie, a diferencia del profesor jubilado Walcher, que ofrecía precios de ganga, o del holandés Van Heel, que sobornaba al propietario de la funeraria ofreciéndole una cantidad superior a la comisión acordada por el colectivo. Pero, desde su novela sobre oradores fúnebres, los demás trataban a Escher con cautela. ¡Y eso que el libro se había publicado el siglo pasado! Los mayores, que ya estaban ahí en su día, le hacían sentir que no se fiaban de él, y los más jóvenes también se comportaban con ciertas reservas. Ni siquiera creía que esos mocosos supieran nada de su libro: el tema tampoco era tan interesante como para provocar cotilleos. Las inefables sutilezas de la interacción mutua habían hecho que, simplemente y de forma implícita, el escepticismo hacia él se transfiriera a la siguiente generación. Aunque seguramente su propio comportamiento, la expectativa de que lo trataran con escepticismo, también había contribuido a ello. Incluso era posible que el rechazo se hubiera desvanecido hacía tiempo y que él lo sintiera como un dolor fantasma.

Eso sí, tras la publicación, sus sensaciones no habían sido en absoluto producto de su imaginación: el libro había estado a punto de costarle el trabajo. Algunas funerarias le habían boicoteado de forma abierta y, si sus discursos no hubieran sido mejores que los de sus colegas, paralizados por la rutina (lo cual le reportaba un boca a oreja suficiente dentro de la comunidad de los dolientes), habría tenido que buscarse otro empleo.

La experiencia lo había vuelto un hombre más precavido, de modo que, en lugar de llamar a sus colegas, Escher decidió

telefonear a las funerarias desde un número oculto y usando un nombre falso. Empezó por el enterrador Licht, que, como solían bromear los directores funerarios, no era el tipo con más luces del mundo.

—Hola, llamo de Elektro Janko —se presentó Escher—. Tengo una pregunta sobre nuestro empleado. Murió en un accidente y van a enterrarlo en su funeraria...

—¿Nombre?

Escher le dijo que no sabía el nombre del fallecido y el propietario de la funeraria empezó a ponerse nervioso. Solo llamaba de parte de la empresa, tartamudeó Escher. Licht no encontró nada con el nombre de esa empresa, perdió los estribos y gritó algo a alguien que había detrás de él. Escher colgó. Licht siempre había sido un manojo de nervios. ¿De qué servía dedicarse a eso si no reportaba una cierta serenidad? Probó aquel método tan poco sofisticado con otras dos funerarias, pero en ambos casos resultó que el nombre de Elektro Janko tampoco les decía nada.

Escher se dio cuenta de que tenía que ocurrírsele algo mejor. Sería mucho más efectivo probar directamente con sus colegas. A la que mejor conocía era, por supuesto, a Nellie Wieselburger, que tenía un máster en Historia del Arte, pero no le gustaba pedirle favores. Con ella todo era complicado. En su día había sido la única que había tenido motivos reales para sentirse ofendida por la publicación de su libro. Y, aunque había reaccionado como si nada y había sido de las que menos se lo habían reprochado, su relación a partir de ahí se había basado en gran medida en el sentimiento de culpa.

Se había quejado airadamente de que, en su libro, Escher la llamara Mitzi Stiegl, pero había tenido el detalle de pasar por alto el resto de los problemas:

—¡Mitzi en vez de Nellie! —le había reprochado, mortificada—. Hay que ser muy malo; nunca te lo perdonaré, Escher.

Detrás de aquella reacción exagerada se intuía ya una voluntad de reconciliación. En cualquier caso, aquella reacción era mucho más inofensiva que lo que susurraban sus colegas, que aseguraban que, aunque ella no lo admitiera, el verdadero enfado de Nellie Wieselburger no se debía al nombre propio, sino al apellido Stiegl. Todo el mundo había pillado que había bautizado al personaje de la novela con el nombre de cerveza Stiegl en una velada alusión a la cerveza Wieselburger. Pero quedó claro que la historiadora del arte prefería asociar su apellido al potencial heráldico y a la nobleza terrateniente de Burg y Wiesel que a una cerveza insípida. El verdadero problema no era Mitzi, sino Stiegl.

Pero a Escher las dos quejas le habían parecido igual de absurdas. Seguramente había sucedido como con cualquier discusión: uno habla de todo menos del asunto real. Nellie nunca se había quejado de que, en su novela, Escher describiera sus discursos fúnebres como vacíos y efectistas. Ahí sí habría tenido todo el derecho a sentirse ofendida. La frase «siempre improvisado con los mismos ladrillos hechos de dolor» pareció resbalarle por completo. Tampoco había podido resistirse a poner la palabra favorita de Nellie en boca de Mitzi, el personaje de la novela, cada dos por tres. «¡Empatía!» Escher había oído el término *empatía* por primera vez en su vida de boca de su colega Nellie Wieselburger, pero pronto se lo encontró en cada esquina. La «empatía» empezó a correr como la pólvora. No era descartable que ese hecho tuviera una relación directa con la extinción simultánea de la realidad a la que el término hacía referencia. Y seguramente eso explicaba también por qué eran sobre todo las personas que carecían de la compasión humana más elemental las que no dejaban pasar ninguna oportunidad de esgrimir

la «empatía». Los lisiados emocionales agitaban una y otra vez su muleta de «empatía» sobre sus cabezas, y el término nunca faltaba en los discursos fúnebres de Nellie. Así era y así constaba en su libro. Un crítico incluso había alabado su observación, que consideraba una polémica acertada. En realidad no se trataba de una polémica, sino de una mera constatación.

Nellie nunca le había echado nada de eso en cara. Nunca había protestado porque hubiera descrito sus discursos fúnebres como construidos con ladrillos hechos de dolor, ni tampoco porque la hubiera pintado como un robot empático sin corazón. Lo único que le había molestado era el nombre de Mitzi. Escher lamentó que sus colegas adoptaran el apodo y lo usaran siempre. Con apenas 347 ejemplares vendidos, el efecto era asombroso.

Pero, por suerte, todo eso había sucedido hacía ya mucho tiempo y el asunto estaba enterrado. Era agua pasada, varios glaciares habían bajado por el Danubio, y se habían cavado y reabierto tumbas. Escher decidió arriesgarse. A lo mejor Nellie Wieselburger se dejaba llevar por la empatía y lo ayudaba. Escher descubrió, para su asombro, que ya no tenía guardado su número de móvil. Entró en su página web y no tardó en encontrarlo, aunque el diseño visual del sitio lo distrajo un poco. Antes de marcar el número, tuvo que reponerse del hecho de que la imagen que servía de fondo de la página web fuera, ni más ni menos, la *Virgen del cuello largo*. Mira tú por dónde. Escher se preguntó si realmente era una idea sensata, pero entonces se armó de valor y llamó.

—«Ha llamado al número de asesoramiento en el duelo de Nellie Wieselburger» —le dio la bienvenida el contestador con la voz de la propia Nellie—. «Ahora no puedo atenderle. Deje un mensaje y le devolveré la llamada a la mayor prontitud.»

Escher colgó sin dejar ningún mensaje. El término «asesoramiento en el duelo» le había hecho perder las ganas. ¿Y qué era eso de «a la mayor prontitud»? Echó un vistazo a la *Virgen del cuello largo*, que tantas veces había montado, y se preguntó si valía la pena volver a marcar el número. Pero estaba seguro de que Nellie no tardaría en devolverle la llamada y, mientras tanto, podía leer unas páginas más.

El cobertizo en el que Marko abrió su nuevo taller de bicicletas anónimo estaba tan lejos del centro de la bulliciosa capital que tenía la sensación de haberse trasladado al campo. La transformación del cobertizo en taller se produjo casi de forma espontánea y, tras un breve periodo de puesta en marcha, que le vino francamente bien, empezaron a llegar clientes de nuevo. La última tendencia en el mercado de las bicicletas encajaba a la perfección con sus habilidades. Marko ya no restauraba bicicletas de carreras antiguas, sino que se especializó en bicicletas eléctricas. Le encantaban los motores eléctricos; en su vida anterior, había desmontado, transformado e instalado un sinfín de ellos. No solo había controlado el dron que había permitido la huida del *capocrimine*, sino que también se había encargado de las medidas de seguridad de su nuevo escondite, donde había instalado un sistema de vigilancia mejor que el de la prisión más segura.

Su reputación como mago de las bicis eléctricas corrió como la pólvora. Steiner Tuning pronto contó con una fama poco menos que mítica entre los fanáticos de las *e-bikes*, similar a la que tenían Schnitzer, Abarth o AMG entre los fantasmas de la Fórmula 1. Marko Steiner siempre había sentido desprecio por los vehículos de cuatro ruedas. Un día apareció una mujer con un Golf de diez años que le estaba dando problemas, pero Steiner la rechazó sin miramientos:

—No me dedico a los coches, lo siento.

En primer lugar, ya era de noche; en segundo, Marko no quería saber nada de coches; y en tercero, que aquella mujer tuviera cierto parecido con Isa Neri, la secretaria de Falcone que un día, para disgusto de Marko, se había mudado a Roma y había desaparecido de su vista para siempre, no cambiaba nada.

—Solo es un problema con la alarma.

En cuarto lugar, no le gustaban sus aires de superioridad: engreída, convencida de que iba a salirse con la suya. Prepotente a más no poder. ¿Pospotente?

En quinto lugar, no le había gustado que se plantara allí como si fuera la mismísima Isa Neri.

—No me dedico a los coches, lo siento —repitió Marko sin perder la calma.

—Pero la alarma no es el coche —intentó convencerlo ella—. Es un componente eléctrico.

En sexto lugar, no soportaba a los que creían que podían explicarle qué era un componente eléctrico y qué no.

Hizo un esfuerzo consciente por no mirarla y fijó su mirada de desprecio en su Golf. Debía tener cuidado. Aunque era más joven que Isa Neri, la mujer tenía un rostro en cierto modo más anticuado; su aspecto recordaba un poco al que solían tener las mujeres de antaño. En su país. Y no era prepotente en el sentido literal de la palabra, solo actuaba con cierta altanería. En séptimo lugar, no pensaba tocar un coche solo porque su dueña tuviera esas características.

—Nah —dijo y se volvió hacia la bici eléctrica que, en realidad, no quería terminar hasta la mañana siguiente.

—¿Nah?

Marko negó con la cabeza.

Ella se rio.

En octavo lugar, ni aunque se riera de aquella forma.

Sin levantar la vista de la bicicleta, Marko dijo:

—Los sistemas de alarma son un invento del diablo. Además, no puedo meterme debajo del coche. No tengo foso.

—Georgi dice que no hay nada que no sepas hacer.

En noveno lugar, nunca había sido receptivo a los halagos. Ni siquiera había creído al *capocrimine* cuando le había asegurado que nunca había visto una obra de arte comparable a la cámara que había instalado en el ojo de la escultura de mármol de la Virgen.

—¿Georgi?

—Georgi dice que haces magia.

—No conozco a ningún Georgi.

—Vaya, se alegrará mucho de oírlo... ¡Georgi, de Vayamos por partes!

Resultó que su contacto en la empresa de piezas de recambio Vayamos por partes se llamaba Georgi. Para Marko no era más que «la oficina» de Vayamos por partes, pero para aquella mujer era Georgi, el hermano de su amiga.

—Mi amiga me dijo: «¿Por qué no hablas con Georgi?». Y Georgi me dijo: «¿Por qué no hablas con Marko Steiner?».

—¿El tipo se llama Georgi?

—¡El sistema de alarma me tiene hasta el moño!

—Cuando llamo, siempre contesta con «Hans-Georg»...

—Claro: Georgi, Hans-Georg, es lo mismo. Es solo que Georgi no suena tan ridículo como Hans-Georg.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Ya te lo he dicho. Gabriele.

Marko Steiner se rio.

—¿De qué te ríes?

—También suena ridículo.

Se sintió orgulloso de aquella respuesta. Marko sabía que no podía repetir su nombre: las palabras que también existían en su antiguo idioma siempre suponían un problema. Hacía tiempo que se había acostumbrado ya a que algunas mujeres alemanas llevaran ese nombre de hombre, Gabriele, pero, aun así, era incapaz de pronunciar la erre a la alemana, arrancando el sonido del fondo de la garganta, como un pájaro que regurgitara gusanos en el nido para sus crías. Era fácil convertir una bicicleta vieja en una eléctrica, pero era imposible hacer el salto mental de su prima Annunziata Gabriela (cuyo padre, Salvatore, había acabado emparedado en el aparcamiento subterráneo de la escuela) a aquella Gabriele que le provocaba un nudo en la garganta.

—Puedes llamarme Gabi.

Marko no dijo nada. «Gabi» no le sentaba bien; «Annunziata» le habría sentado mucho mejor.

—Yo me dedico a las bicis eléctricas, no a desmontar alarmas —repuso—. Tendrás que ir a un mecánico de coches.

—¡Ya he ido a tres! —exclamó ella—. No quieren saber nada de mi sistema de alarma. Es demasiado trabajo. Dicen que me costaría más de lo que vale el coche.

—Ya —dijo Marko—. Por desgracia, es verdad.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora?

Marko analizó la situación. El sistema de alarma era el problema de la mujer; el suyo era solo la mujer en sí.

—¡Se enciende a la menor ráfaga de viento!

Como Marko no dijo nada, Gabi le cantó la ópera al completo: la policía ya había llamado a su puerta dos veces en plena noche porque su Golf había despertado a toda la calle, una vez a las dos y otra a las tres y media de la madrugada. Y nadie quería desinstalarle la alarma, todos los mecánicos le decían lo mismo. La naturaleza

misma de un sistema de alarma era justamente que no se pudiera desinstalar, por lo menos no sin un gran esfuerzo. Llevaría muchísimas horas. La alarma estaba anclada a todos los lugares posibles e imposibles del vehículo a través de una intrincada red de cables. Era un trabajo agotador, que te obligaba a pasar horas bajo el constante estruendo de la alarma. No había nada que hacer.

—Jens también dijo que, si alguien podía hacerlo, era Marko.

—¿Y quién es Jens?

—Pues Jens, de Sparepartner.

—Ah, yo solo lo conozco como Worldwide Sparepartner J.

—Sí, la «J» significa Jens. Es mi ex. Antes trabajaba con Georgi en Vayamos por partes, pero se enfadaron. Ahora él tiene Sparepartner Jens, y Georgi, Vayamos por partes.

—Sparepartner J —la corrigió Marko—. No Jens. Worldwide Sparepartner J.

—Eso. Menudo fanfarrón. El «Worldwide» lo puso solo para cabrear a Georgi. Aunque me llevo bien con los dos. Lo que pasa es que son demasiado diferentes. O demasiado parecidos, según se mire. Pero los dos me han dicho que me olvide de los mecánicos, que el único que puede hacerlo eres tú.

Marko Steiner dejó las herramientas en el suelo, se cruzó de brazos y le soltó un discurso:

—Lo mejor sería que alquilaras una plaza de parking. Así el coche no estará expuesto al viento y los borrachos no podrán apoyarse en él por la noche. Y, si se dispara la alarma, dentro de un parking tampoco es tan grave.

Se fijó en su expresión mientras consideraba aquella sugerencia tan interesante. Alquila un garaje, Gabgggiele. Podía llamarla Gabi. Aunque habría preferido llamarla otra cosa. Por desgracia, todos los apelativos cariñosos que le encajaban pertenecían a su antigua vida.

Palabrotas y apelativos cariñosos; en su nuevo idioma le faltaban ambos.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó ella.

En décimo lugar, pensó Marko. En décimo lugar. Apartó los ojos y se quedó mirando el coche en silencio, como si lo atravesara con rayos X. En décimo lugar.

—¿Quieres esperar o prefieres volver más tarde?

—¿Qué quieres decir?

Él no contestó.

—¿Eso significa que lo harás?

En aquel momento, Gabriele no podía saber que durante los años siguientes le haría esas mismas preguntas, «¿Qué quieres decir?» y «¿Eso significa...?», muy a menudo.

A aquel primer «¿Eso significa...?», Marko respondió encogiéndose de hombros y, al mismo tiempo, en un gesto en principio imperceptible, ladeando milimétricamente la cabeza, como si expresara dudas tanto sobre su propia decisión como sobre la posibilidad de llevar a cabo la tarea, pero eso no cambiaba el hecho de que había dicho que sí, como un tonto.

—¿Lo vas a hacer ahora mismo? —preguntó Gabi—. A mí me da igual.

—Igual...

Marko se quedó pensativo, como si intentara comprender cómo era posible que una palabra expresara indiferencia y, al mismo tiempo, significara que alguien era la viva imagen de la ayudante de Falcone, Isa Neri.

—¿Cuánto tiempo tendría que esperar?

—Eso es según —dijo Marko, pero se corrigió de inmediato—: Depende. Eso depende.

La mujer se dio cuenta de que no podía molestarlo más: ya había empezado a trabajar. Marko apoyó el pie derecho en el lateral del parachoques del coche. La alarma se disparó al menor contacto.

—Joder, ¡cómo odio ese ruido! —maldijo Gabi después de silenciar el estruendo con el mando del coche. En ese mismo momento, Marko embistió el vehículo con la cadera y el codo, y la alarma volvió a dispararse. Gabi apenas la había apagado cuando Marko se apoyó en la baca del techo y se disparó por tercera vez—. ¿La apago o dejo que suene?

El estrépito era tan fuerte que no la entendió. Gabi decidió alejarse y refugiarse detrás de un árbol, pero el ruido seguía siendo insoportable, de modo que apagó la alarma.

—¿La dejo sonar o la apago?

—Apágala, apágala. Solo estoy probando qué pasa.

Marko agarró el coche por un reborde del techo, tiró hacia él con todas sus fuerzas y volvió a dejarlo en manos de la gravedad, que se lo devolvió con el impulso suficiente para que tirara un poco más hacia sí y lo empujara aún más lejos. A Gabi le fascinó que aquel hombre tan delicado tuviera la fuerza necesaria para sacudir su coche de aquella manera. El pesado vehículo se balanceaba en sus manos como un barco en medio de una tormenta. Recordó la emoción que de niña le provocaban los columpios, cuando se impulsaba hasta el punto exacto para llegar cada vez más alto.

Mientras Gabi se dejaba llevar por aquel recuerdo que la transportaba a otra época, Marko Steiner se olvidó también de sí mismo por un momento.

—*Mia cara* —le susurró tiernamente a la carrocería, que se mecía de aquí para allá, su voz inaudible para la clienta mientras sus manos empujaban el vehículo—. *Tesoruccio* —añadió aún más bajo,

meciendo el coche con energía creciente—. *Passerotto* —musitó con tono seductor, y justo en ese momento lo interrumpió la alarma.

En cuanto Gabi (que se llamaba Gabriele, pero que en realidad debería haberse llamado Isa o Annunziata) la apagó de nuevo, Marko volvió a embestir el vehículo. Si sincronizaba sus gestos con el ritmo del balanceo, apenas tenía que hacer fuerza. Era casi como si la carrocería tuviera un oleaje propio, como el mar, que la mecía.

—*Amoruccio!*

—*Principessa!*

El balanceo era cada vez más violento.

—*Dolcissima!*

Lo único que tenía que hacer era entregar su propio cuerpo al inflamado vaivén.

—*Pupa mia!*

—*Piccola mia!*

—*Angioletto!*

—*Sciatu meu!*

—*Sangu miu!*

Siguió empujando hasta que aquel cuerpo de tonelada y media se balanceaba con tanto ímpetu que el sistema de alarma empezó a cantar de nuevo.

—¿Puedo estropear la alarma al desmontarla, o te interesa que siga funcionando? —dijo él, respondiendo finalmente a la pregunta —. A lo mejor puedes venderla en eBay...

—Destroza ese engendro del demonio —contestó ella, con una seriedad mortal.

Marko no pudo evitar reírse.

«Ese fue el momento en que me enamoré de ti —le confesaría años más tarde—. Cuando dijiste "engendro del demonio", con esa rabia.»

Pero era una afirmación falsa. Sonaba bien, pero era una invención. O a lo mejor era un deseo. Para no sentirse tan indefenso. Porque Marko sabía perfectamente que se había enamorado de ella en cuanto había bajado del coche y le había dicho «Hola». Gabi también tenía claro cuándo se había enamorado. Y no había sido en el momento en que lo había saludado. No se había enamorado hasta una hora y media más tarde, cuando comprobaron juntos que la alarma ya no se disparaba aunque el coche se balanceara violentamente. Ni siquiera se disparó más tarde, durante una prueba de esfuerzo que habría superado con creces cualquier normativa de la UE, con dos cuerpos que no perdieron ni una sola vez el punto exacto de balanceo dentro del reducido espacio de un Volkswagen Golf.

Tras la prueba de balanceo (por un momento creyeron que la alarma había vuelto a dispararse, pero no fue más que una ilusión acústica), se enfrentaron a la realidad de que, después de eso, tenían que encontrar algo de que hablar.

—Nunca puedes preguntarme nada —le advirtió Gabi.

—Lo mismo digo.

—Vamos a comer algo, tengo un hambre de mil demonios.

—Un apetito voraz —dijo Marko—. Muerto de hambre. Sacar el vientre de pena.

—Sí, eso.

—Primero tengo que recoger todo esto.

Los miles de cables del sistema de alarma estaban aún tirados por el suelo, y a Marko le molestaba el desorden.

—Te echo una mano.

—No.

Gabi aún no podía saber que, para Marko, echar una mano en el taller y ser un estorbo eran sinónimos.

—Termino en cinco minutos, ponte cómoda.

—Llevas la camiseta al revés. ¡Doblemente al revés! Se ven las costuras y llevas la parte delantera en la espalda.

Gabi constató, aliviada, que Marko también sabía reírse de sí mismo.

Este la invitó a sentarse en su sillita, dentro del taller, y, como la limpieza duró un poco más de lo prometido, Gabi se dedicó a echar un vistazo a aquella extraña mezcla de taller, refugio de montaña y cobertizo de jardín. Aquel tipo tan ordenado no parecía tener muchos secretos. Aparte de las herramientas y de un cajón lleno de bolígrafos, cinta aislante, gomas elásticas, lápices y clips, solo había algunas facturas y una lista de precios de Vayamos por partes. En el alféizar de la ventana había un libro muerto de la risa y, como Marko seguía enfrascado ordenando fuera, decidió hojearlo. Empezó a leer allí donde su héroe había doblado la esquina de una página.

Cuando lo llamó su colega, el orador fúnebre Escher estaba sentado en un banco del parque.

—¿Bueno? —lo saludó esta. Escher odiaba aquel «¿Bueno?». Si no quería, no tenía por qué llamarlo por su nombre, como habría hecho él. A lo mejor eso estaba pasado de moda. Pero «¿Bueno?» era la más estúpida de todas las posibilidades.

—Tienes una página web muy elegante —dijo él.

Podría haber fingido no saber nada de la foto de su página. Y habría sido mejor, desde luego, pero tenía que hacer algo para contrarrestar aquel estúpido «¿Bueno?».

—Sí, ya lo sé —dijo ella con total naturalidad, como si la *Virgen del cuello largo* no tuviera nada que ver con ellos.

—En realidad, no tienes un cuello largo —dijo Escher—. Tienes un cuello bonito, eso encaja mucho mejor.

—Sí, lo sé —repuso ella—, ¿qué puedo hacer por ti?

—Quería pedirte algo —dijo Escher, y ella soltó una risa burlona.

—¿Y ya no quieres?

¡Cómo lo ponían de los nervios esas preguntas idiotas! ¡Ese humor de niñata engreída! Pero logró tragarse el enfado:

—Sí, claro, pero es un poco... Bueno, es algo inofensivo, pero un poco complicado. Bueno, inofensivo tampoco, pero...

—¿Es complicado o complejo?

—En realidad tampoco es tan complicado...

—Pruébalo. Tengo bastante rapidez mental.

—Ya —dijo Escher, que se abstuvo de añadir que las personas con rapidez mental lo pagaban caro, ya que entendían las cosas enseguida, pero nunca las comprobaban como era debido. Pero en su día ya habían pasado media noche discutiendo sobre el tema, ¿para qué empezar de nuevo? De todos modos, tampoco iba a comprobarlo como era debido.

Lo que hizo fue contarle sin más preámbulos lo del electricista que había muerto en su piso.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Nellie.

—¿Has visto muchas series yanquis últimamente?

—¿Por qué?

—Porque la expresión «¡Oh, Dios mío!» es una mala traducción del «Oh, my God!» de las series de Netflix —dijo, esforzándose para que su «Oh, my Gaaaaad!» sonara lo más idiota posible.

—No es verdad —replicó Nellie Wieselburger—. Yo siempre he dicho «Oh, Dios mío» desde mucho antes de Netflix. Y, de todas formas, no veo series de Netflix. Y, si lo hiciera, ¡las vería en versión original!

—Entonces te has contaminado de manera indirecta.

A Escher le alarmó la mala leche con la que le endilgó aquel «contaminado» tan poco elegante; al fin y al cabo, quería algo de

ella. En un intento por enmendar el error, Escher cometió otro:

—Es comprensible que lo traduzcan así, por sincronía labial. Pero nadie dice «Oh, Dios mío» en la vida normal. Antes no lo decía nadie. ¡Nadie! Si te pegabas un susto, gritabas «¡Ay, Dios!», o «¡Por Dios!». Y si estabas molesto o disgustado con algo, que es una situación completamente distinta, entonces gritabas: «¡Madre mía!», con énfasis en «madre», así: «¡MADRE mía!». O simplemente «¡Dios!», con énfasis en «Dios». O, si quieres, «¡Oh, no!». Pero nadie decía «¡Oh, Dios mío!». ¡Nadie!

—Ay, por Dios... —resopló Nellie Wieselburger al otro lado del teléfono.

—«Oh, Dios mío» es una mezcla de dos expresiones totalmente distintas. Hace poco oí a un comentarista deportivo decir que tenemos que volver a las riendas del juego.

—Bueno, pero eso es evidente que no funciona —coincidió enseguida Nellie—. Tomar las riendas es una cosa. Y lo que recuperas es la senda del juego, o lo que sea...

—Exacto. Pues con «Oh, Dios mío» pasa lo mismo.

—¿Y qué me dices de «Oh, Dios mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno y lleva al cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia»?

Como oradores fúnebres, los dos estaban familiarizados con todo tipo de plegarias. Pero Nellie había cometido un ligero error en su razonamiento, y Escher podía aprovecharlo para ponerla en su sitio. Aunque, por otro lado, le convenía más concederle aquel pequeño triunfo y crear un buen ambiente para que fuera más receptiva a su petición.

—Es «Oh, Jesús mío, perdona nuestros pecados», no «Oh, Dios mío» —se oyó decir. No podía creer lo pequeño que se volvía

siempre que hablaba con Wieselburger. Las conversaciones con ella nunca eran normales.

Nellie se rio como si supiera que en realidad no había querido decirlo, pero que no había podido contenerse. Habían pasado varios años desde la última vez que ella le había soltado sus opiniones, puntos de vista y monsergas seudopsicológicas. Desde entonces sabía que tenía que estar en guardia con ella, y por eso le confirmaba una y otra vez sus prejuicios. Porque su forma de comportarse era en sí misma una provocación.

—¿Me has llamado para eso? —preguntó ella en tono jovial—. ¿Para explicarme lo del electricista?

—Bueno, es que pasa una cosa. Quiero dar el discurso en el entierro.

—¿Del electricista?

—Sí. Pero me temo que la viuda no quiere.

—¿Por qué no?

—Bueno, de entrada es posible que ni siquiera pida un orador. Y menos aún que quiera uno que le haga pensar en el accidente.

—¿Y quieres que la llame, que logre que me contrate para pronunciar el discurso y que a última hora te pase el trabajo porque, por desgracia, no puedo asistir por razones personales?

Escher tenía que admitir que la rapidez mental de Nellie Wieselburger le ahorraba muchas explicaciones.

—Sí, si crees que es posible.

—Claro, ¿por qué no? Yo también querría hacerlo si fuera responsable de la muerte de un operario.

—¡No fue culpa mía! No quitó los fusibles...

Nellie se rio:

—¡Es broma, Eschi! Bueno, ¿a quién tengo que llamar?

Le dijo que lo mejor que podía hacer era ponerse en contacto con Elektro Janko. La jefa quería ayudar a la viuda y estaría dispuesta a pagar los honorarios del orador fúnebre.

—Pero los honorarios me los quedaré yo —dijo Nellie.

—Por mí, perfecto.

—Tú das el discurso para apaciguar tu sentimiento de culpa y no cobras.

—No me siento culpable.

—Aunque no tuvieras una responsabilidad directa, te sientes culpable. Yo en tu lugar me sentiría culpable; si no lo hubieras contratado, seguiría vivo. Sentirse culpable es de lo más natural.

—No me vas a convencer de ello, pero puedes quedarte el dinero.

—Lo pasaré por la empresa.

—¿La empresa? —preguntó Escher con tono neutro, aunque le parecía ridículo referirse a una entidad unipersonal como «empresa».

—¿Qué pasa?

—Que sí, que lo pases por la empresa, me parece perfecto. Y ya tienes a tu primer empleado.

—Ya no se les llama «empleados» —alegó Nellie.

—¿Cómo se les llama, entonces?

—«Subordinados.» O «esclavos».

—Ja, ja —dijo Escher con sorna, medio aceptando la broma, medio riéndose de ella—. Llámala ahora mismo. La encontrarás en el local, acaba de terminar la pausa para comer.

—Vale.

Escher quería pedirle que lo avisara enseguida, pero Nellie ya había colgado. Seguramente significaba que ya estaba llamando a

Elektro Janko. No solo tenía rapidez mental, sino que también se decidía con prontitud y ponía las cosas en marcha en un pispás.

A Escher, en cambio, aquella conversación lo había dejado exhausto. Era el agotamiento propio de quien regresa después de visitar una forma de existencia ya desaparecida, un viaje en el tiempo para el que despilfarra una energía capaz de destruir planetas solo para mantener el contacto humano con alguien como Nellie Wieselburger.

Cinco minutos más tarde, Nellie aún no le había devuelto la llamada. Tampoco después de diez. Se preguntó si debía volver a llamarla para meterle prisa. Resoplar y soltarle un «Bueno, ¿qué?». No, era mejor esperar un poco más. Al fin y al cabo, esperar se le daba bien. A lo mejor no había logrado dar con la jefa; a lo mejor el teléfono de Elektro Janko comunicaba; a lo mejor la habían puesto en espera y nunca más se supo.

Volvió a coger el libro, que había dejado abierto a su lado, sobre el banco del parque. Marko nunca le dijo a Gabi que estaba en el programa de protección de testigos, nunca le confesó las palabras que le había susurrado a su coche, nunca le contó del dolor que le provocaba su forma de pronunciar «Gabriele». Y ella nunca le confesó que en realidad no se llamaba Gabriele. Ambos tenían sus secretos, y las cosas les iban tan bien que al cabo de solo seis meses ya se habían casado. Durante esos seis meses, Gabi no le preguntó ni una sola vez por su familia o su infancia. Ni siquiera quiso saber cuál era su comida preferida. Marko Steiner no tardó en darse cuenta de que Gabriele era el amor de su vida, y su deseo de casarse con ella crecía cada día que pasaba sin que ella le hiciera preguntas. Él tampoco le preguntó nada, excepto si quería casarse con él.

—¡Sí! Pero ¿a quiénes elegimos como padrinos de bodas?

—A Georgi de Vayamos por partes —sugirió Marko.

—Me lo pido —dijo Gabi—. Y tú te quedas con Sparepartner Jens, así tendrán que volver a llevarse bien.

Fue una ceremonia alegre y desenfadada. Eso sí, Sparepartner Jens —que acababa de enterarse de que tenía que renunciar a la cerveza y el vino por culpa de sus alergias— se excedió tanto con su dieta a base de ginebra que tardó tres días en volver a procesar pedidos de piezas de recambio y enviar paquetes. Durante la fiesta de la boda no había dicho gran cosa y solo tuvo unos problemillas de pronunciación al brindar por su viejo amigo, cuyo nombre salió arrastrado a causa de la ginebra, hasta convertirse en un «Shorrrshie» que se le deslizaba por la lengua. Un espectador externo se podría haber llevado la impresión de que Marko y Gabriele no eran más que los testigos de su gran fiesta de reconciliación. Jens no se dio cuenta de que se había reconciliado con Georgi hasta el día siguiente, pero, para cuando recibió las fotos de la fiesta (en las que aparecía borracho como una cuba), ya no había vuelta atrás.

Gabi y Marko también lo celebraron a lo grande, pero sin lagunas de memoria. Tampoco hubo deslices ni indiscreciones: a ninguno de los dos se le escapó nada ni antes ni durante ni después de la fiesta. A Marko solo le sorprendió que Gabriele adoptara su apellido.

—Por mí no lo hagas —le dijo Marko la mañana del día de la boda—. Tampoco soy tan chapado a la antigua...

—No hay nada mejor que deshacerte de tu nombre —replicó Gabi. Y, de alguna forma, a él le gustó que el nombre que ella había adoptado tampoco fuera su nombre real.

Evidentemente, Gabi y Marko Steiner eran un matrimonio armonioso. Ninguno de los dos preguntaba: «¿En qué estás pensando?». Ninguno de los dos decía: «¿Por qué me miras así?».

De los cónyuges se podía decir, en el mejor de los sentidos, que no tenían ningún interés el uno por el otro. A Marko le fascinaba que Gabi intuyera por puro instinto lo peligroso que sería hurgar en su pasado. El suyo era un amor puro, sin intereses absurdos por el otro.

Gabi trabajaba para una de las mayores empresas industriales del mundo. Sin embargo, nunca había visto naves industriales llenas de robots, ya que trabajaba en el departamento de reclamaciones. A Marko le encantaban las historias sobre su trabajo. Gabi podía pasarse horas hablando de los episodios que presenciaba en un solo día en el centro de reclamaciones. Una vez, ella misma tuvo un problema con un producto fabricado por la empresa y tuvo que llamarse a sí misma para poder trasladarle la queja a su colega, que trabajaba en el ordenador de al lado. Cuando se cansaba de hablar de reclamaciones le pasaba la pelota a Marko, que disfrutaba mucho hablándole de las distintas tiendas y mercados donde había comprado los ingredientes de la cena. Al igual que su abuela, que para los aniversarios de las muertes de sus hijos solía organizar grandes banquetes con los platos favoritos de estos, Marko nunca hablaba de la cocina en sí, sino tan solo de los productos que había conseguido.

Como se suponía que todos sus platos procedían del cantón del Tesino, tuvo que inventar nuevos nombres para ellos que sonaran vagamente suizos. Los «canelloni a la Bellinzona» eran el plato favorito de Gabi, seguidos muy de cerca por el «Locarno con carne» y los «Sprüngli in boca» con hoja de salvia.

Con la cena solían compartir una botella de vino blanco austriaco llamado Gemischter Satz. Marko aseguraba que los vinos italianos le daban jaqueca y Gabi nunca lo puso en duda. Según Marko —y a pesar de no haber probado nunca un sorbo—, el vino suizo te volvía testarudo. El Gemischter Satz, en cambio, te volvía locuaz. Taciturno

por naturaleza, Marko consideraba el Gemischter Satz clave para su supervivencia, pues sabía que, cuanto más esconde uno, más necesidad tiene de hablar. Con la ayuda del Gemischter Satz, nunca se aburrían el uno del otro. Cuando era necesario, Marko inventaba recetas, y Gabi, reclamaciones.

La más callada de la familia era su hija, que nació un año después de la boda. La niña se limitaba a asimilarlo todo. Cuando su naturaleza infantil la empujaba a hacer alguna pregunta, se conformaba enseguida con la respuesta que le daban y se ponía a pensar. Si alguna vez le preguntaba a su padre cómo había conseguido algo, solo lo hacía porque tenían un acuerdo tácito en virtud del cual este debía responder siempre: «El truco del almendruco».

Cuando un día su madre vio a un hombre en la otra acera y, presa del pánico, corrió a esconderse, Ala le preguntó por qué tenían que esconderse, pero se dio por satisfecha con la primera respuesta que recibió. Ala tenía cuatro años y se tragó la explicación de su madre: que aquel hombre no paraba de ir al departamento de reclamaciones y ponía de los nervios a todo el mundo.

—Tenemos que mudarnos —le dijo Gabi a su marido esa misma noche.

Marko no preguntó por qué y Ala no dijo nada sobre el hombre de aquella tarde.

—¿Adónde? —se limitó a preguntar Marko.

—A cualquier sitio, lejos de esta ciudad. A poder ser a otro país. Ya no soporto estar aquí.

—Si quieres mudarte a otro país, todavía es un buen momento —dijo Marko—. La niña aprenderá el nuevo idioma sin esfuerzo antes incluso de empezar el colegio.

—No tiene por qué ser un país donde hablen otro idioma —objetó Gabi—. ¿Qué me dices de tu país de origen?

—¿Cómo?

—Podríamos mudarnos a Suiza.

—No —repuso Marko, y se alegró de tener una mujer que no le preguntara: «¿Por qué no?».

Marko estaba ante los fogones, con la cena ya en marcha, de modo que no tenía mucho tiempo para pensar. Quería resolver el asunto antes de sentarse a la mesa. En cuanto sacó la botella de vino de la nevera, supo cuál sería su destino:

—¿Qué te parece el país del Gemischter Satz?

—De acuerdo —dijo Gabi.

Tres días después partieron hacia el sur, al país del Gemischter Satz. Se llevaron tan solo lo que cabía en el viejo Golf de Gabi. No solo resultaba liberador deshacerte de tu nombre: dejar cosas atrás también suponía un alivio. Bastaba con llevarse lo mínimo.

Antes de marcharse, Marko rompió las últimas cajas y las metió en la papelera. También tiró el libro que le había regalado Sven el yonqui.

—Pero aún no lo he terminado de leer —protestó su mujer.

—Yo tampoco.

Gabi volvió a sacarlo de la papelera y se lo metió en el bolso.

—Si lo meto en el bolso, no ocupará espacio en el coche —le explicó a su marido.

—Tu madre sabe hacer magia —le dijo Marko a Ala.

—El truco del almendruco —añadió su mujer.

Tras las diez horas de viaje hacia el sur, Gabi se alegró mucho de haber rescatado el libro. En aquella ciudad extranjera hacía tanto calor que le resultaba imposible conciliar el sueño. A medianoche aún estaban a veintiséis grados. Se encontraba en una cama

desconocida, en medio de un calor desconocido y rodeada de ruidos desconocidos. Mientras Marko y Ala dormían profundamente, Gabi daba vueltas y más vueltas. Al final se trasladó al sofá de la habitación y empezó a leer.

Escher se dio cuenta de que, presa de la excitación, había cometido el peor error posible: había entablado una relación de dependencia con Nellie Wieselburger. Ya no podía ignorarla, tenía que contestar cada vez que lo llamaba. Y, por supuesto, Nellie nunca llamaba para hablar de Elektro Janko, sino de cualquier otra cosa que se le pasara por la cabeza. Escher no entendía cómo una persona podía ser así. ¿Desde cuándo pedir un pequeño favor equivalía a convertirse en esclavo de alguien?

Pero el domingo 3 de mayo a las 14.35, Nellie se pasó de la raya. Lo llamó y, sin más ni más, le dijo:

—Oye, ¿te apetece ir a tomar un café?

—¿Por qué? —preguntó Escher.

—«¿Por qué?» —repitió Nellie Wieselburger, imitándolo con tono burlón, como si fuera el imbécil más rematado que había sobre la faz de la tierra—. ¡Pues porque sí!

—¿Sabes algo de la señora Janko?

—Dijo que me llamaría la semana que viene. Aún es domingo.

—Pero, entonces, ¿qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa?

—No sé, me has llamado tú...

—¿Tiene que pasar algo para ir a tomar un café? Bah, olvídalo.

Escher no quería tenerla a malas, de modo que recurrió a una mentira piadosa para justificar su falta de entusiasmo:

—Ahora mismo no puedo. Estoy en medio de un rompecabezas.

Nellie Wieselburger soltó una carcajada.

—¿En serio sigues con los rompecabezas?

—¿Por qué no?

—Ay, no te pongas así. Me río por otra cosa. ¿Ya no te acuerdas?

—Pues claro que me acuerdo —repuso Escher.

—Increíble, ¿cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Nellie Wieselburger.

—Mucho.

—Oye, no me malinterpretes, pero... —empezó a decir ella.

Escher detestaba las frases que empezaban con «No me malinterpretes»: la malinterpretación era siempre la interpretación correcta.

—... pero me encantaría hacerlo otra vez —añadió Nellie Wieselburger sin rodeos—. No habría nada de malo en que volviéramos a jugar a puzles juntos. Tiene su rollo...

A Escher no le gustó lo de «jugar a puzles». A los puzles no se juega: se arman, se montan, se hacen, pero no juegas con ellos.

—Bueno —respondió él—. En su día te pasaste un huevo.

Nellie Wieselburger volvió a reírse.

—¡Nunca te perdonaré que seas tan vengativo! —dijo—. ¿Este lo habías oído?

—Sí, es viejo.

Media hora después de la llamada, Nellie Wieselburger estaba en la puerta de su casa, radiante. Su pintalabios era casi del mismo color que la caja de la tarta que llevaba en la mano.

—He traído algo dulce —dijo.

—¿Tarta? —preguntó Escher—. Será mejor que nos la comamos luego. Si no, vamos a manchar el rompecabezas.

—Dios nos libre de las manchas.

Escher lamentó no tener ya ningún rompecabezas infantil de cien piezas. De hecho, en su día había estado a punto de deshacerse también de los de quinientas, pero al final no se había atrevido y

ahora se alegraba de conservar algunos todavía. Los rompecabezas de quinientas piezas tenían la ventaja de que se podían montar encima de la mesa. No tenía ningunas ganas de andar arrastrándose por el suelo con Nellie Wieselburger.

Esta se detuvo ante la enorme estantería y exclamó:

—¡No tienes libros! ¿Ya no lees?

—Sí, pero cuando termino de leer, tiro el libro. Necesito todo el espacio disponible.

—Es increíble que tengas tantos rompecabezas. ¿Cómo encuentras el que buscas?

—Tengo mi propio sistema de organización —refunfuñó él, sin entrar en más detalles.

Escher se dio cuenta de que tenía sentimientos encontrados, una situación que le incomodaba profundamente. Por un lado, le gustaba que admirara su colección, pero, al mismo tiempo, le parecía una intromisión impertinente en su esfera privada.

—Ahí tienes todas las maravillas naturales —observó Nellie Wieselburger—, las criaturas marinas, el espacio exterior...

—Maravillas naturales —repitió Escher, pero no dijo por qué no le gustaba el término.

—Y ahí están los laberintos. Vaya locura, ¡cuántos laberintos! Y ahí está el arte.

Se volvió hacia la estantería de las obras de arte, con sus tres metros de ancho, y sacudió la cabeza:

—Es de locos: la mitad de la historia del arte en forma de puzle. ¿A quién se le ocurre? La verdad es que me parece un poco... No me entra en la cabeza.

—Elige uno —dijo Escher con magnanimidad y abrió la caja del pastel con gesto ensimismado, aunque quería dejar el dulce para más tarde—. Pero mejor coge uno de esos de ahí abajo, donde

están los de quinientas piezas. Podemos hacerlo en la mesa, así no tendremos que arrastrarnos por el suelo.

—Tiene su aquel, ¿no? —se rio Nellie Wieselburger—. ¿Quieres ver mi colección de rompecabezas? Como con las colecciones de sellos, ¿no?

—No sé, ya se me ha pasado la edad.

—¿En serio? A ver, ¿cuántos años tienes?

Escher no tuvo ocasión de responder porque, fiel a su estilo, Nellie Wieselburger siguió hablando después de preguntar:

—Oye, pero ¿por qué quinientas piezas? ¿Cuántas tienen los demás?

—Mil.

—Pues yo quiero hacer uno de verdad, de mil piezas. No me importa tener que hacerlo en el suelo. En casa me siento en el suelo a menudo.

—Ya, pero no con una falda de tubo.

—«Falda de tubo» —se rio ella—. La de palabras que conoces... Pero ¡no es una falda de tubo!

Examinó la estantería con la cabeza medio ladeada, y Escher volvió a fijarse en aquel bonito cuello. Siendo sincero, debía reconocer que tenía la nuca más bonita que hubiera visto jamás. En realidad no era solo la nuca: empezaba en los hombros y tenía también mucho que ver con la parte trasera de la cabeza. Seguramente fuera la armonía estructural del conjunto. Era algo abstracto, una ausencia, una curva desvinculada de las partes que la componían. Escher solo esperaba que no eligiera la *Virgen del cuello largo* en un intento por revivir la vieja historia. En la novela *Un suceso luctuoso*, de cuyo fracaso hacía ya mucho tiempo, su *alter ego* montaba ese rompecabezas con Mitzi Stiegl. La novela afirmaba falsamente (pero ¡es que se trataba de una novela!) que la

historiadora del arte Mitzi Stiegl estaba escribiendo una tesis doctoral sobre la *Virgen del cuello largo*. Aquella afirmación era la que más había molestado a Nellie, que había optado por ignorar por completo otras partes de la obra. No le importaba que la novela describiera el personaje de Mitzi Stiegl como una mujer de una coquetería desaforada, que se arrodillaba en el suelo y se estiraba exageradamente para coger las piezas del rompecabezas. Es posible que intuyera que aquella descripción de Escher no hacía referencia a ella, sino que era una forma de digerir el antiguo recuerdo de Martine. En cambio, no podía perdonarle que hubiera empleado la obra errónea. Porque, en realidad, en su día habían montado un cuadro completamente distinto.

—Ah, ¡aquí está! —se rio Nellie Wieselburger y, sin vacilar, sacó la *Decapitación de san Juan Bautista* de la estantería—. ¿Lo volviste a comprar?

Así pues, aún se acordaba de que lo había tomado prestado y nunca se lo había devuelto. Y, aun así, sus labios no pronunciaron ni una simple disculpa, y solo mostró su pesar por el decapitado:

—¡Pobre san Juan! ¡Que nos tiráramos así del pelo por él!

—Ya ha prescrito —alegó Escher.

—Al principio creí que me estabas vacilando —dijo Nellie volviendo a la historia de siempre—. ¡Cómo pudiste fingir durante tanto tiempo que lo habías hecho sin darte cuenta!

—No vayamos por ahí —sugirió Escher—. Ya lo hemos discutido mil veces.

—Cambiaste la *Decapitación de san JuanBautista* por la *Virgen del cuello largo* y te quedaste tan ancho. Y afirmaste que estaba escribiendo mi disertación no sobre decapitaciones, ¡sino sobre la *Virgen del cuello largo*!

—Lo hice para protegerte. ¡Solo intentaba hacerte un favor! Si no, te habría molestado que todo el mundo te reconociera por el tema de la disertación. Si hubiera escrito... ¿Cómo se titulaba, exactamente?

—*Decapitaciones y capitulaciones en la pintura de 1520 a 1620*. No finjas que no te acuerdas...

—Eso, decapitaciones y capitulaciones.

—Ya me has dicho muchas veces que te parece un título estúpido.

De pronto, Escher recordó el desastre en toda su magnitud. El nombre Mitzi no había sido su única queja entonces. Nellie también se había enredado con aquel otro asunto. Esa sustitución de la *Decapitación de san Juan Bautista* por la *Virgen del cuello largo* le había parecido un caso flagrante de inversión de la violencia decapitatoria dirigida contra ella. Una persona con el cuello largo, había señalado, era particularmente propicia a una decapitación y, de hecho, en el contexto del significado creado por aquella sustitución en la novela de Escher, el cuello largo casi pedía una decapitación a gritos. En otras palabras, se trataba de una amenaza transparente contra ella.

De entrada, Escher únicamente había pensado que estaba como un cencerro, pero había decidido mostrarse conciliador. Era solo un cumplido, le dijo; era imposible que no fuera consciente de que, aunque no tuviera un cuello singularmente largo, tenía una nuca de una elegancia fuera de lo común.

—¡No finjas que no sabes que tu cuello arranca miradas de admiración por dondequiera que vas! —le había gritado en el momento álgido de su discusión.

—¡Me parece increíble que uses «cuello» y «arrancar» en una misma frase y te quedes tan ancho! —había respondido ella, como si

le hubieran pegado un tiro—. La verdad, tienes suerte de ser así de inconsciente.

Esa sentencia había puesto punto final a la pelea, y Nellie nunca había vuelto a sacar el asunto.

—De todas formas, hace ya tiempo que no estoy enfadada contigo —dijo ahora Nellie—. Además, he cambiado de tema.

—¿Sigues escribiendo tu tesis?

—Sí, aunque ya solo la escribo para mí. Así no tengo que meterme prisa. Pero ahora he adoptado un enfoque distinto: las decapitaciones son solo el punto de partida.

—Me tranquiliza oírlo —repuso Escher, que hizo un esfuerzo consciente por no pedirle más detalles. A lo mejor, después de todo, iba a lograr salir indemne.

—Mi tema ahora es «El corte en la pintura», pero en un sentido más amplio. No me centro tanto en el motivo como tal, sino que le doy un enfoque más formal, ¿sabes?

—Cualquier tema será mejor que la decapitación. Ese provoca pesadillas.

—No sabía que fueras tan miedica —le soltó Nellie Wieselburger. Entonces, para alivio de Escher, volvió a dejar la *Decapitación* en la estantería y sacó la *Natividad con san Francisco y san Lorenzo*—. ¿Hacemos este?

—Por mí, adelante.

—Tiene su miga. Que lo montemos tú y yo, después de que tu mafia lo dejara hecho trizas.

—¿Cómo que «mi mafia»?

—Te pasas el día leyendo esa bazofia sobre la mafia... —dijo ella, ofreciéndole la caja.

—Pero eso no la convierte en «mi» mafia.

—Unos mafiosos arrancaron brutalmente el cuadro del marco y luego lo cortaron en cuatro pedazos. ¡¿Te lo imaginas?! ¡Menudos vándalos!

—Pero lo de que lo cortaron en cuatro es solo un rumor —repuso Escher, decidido a demostrarle que conocía la historia mejor que ella —. ¿Para qué lo habrían cortado?

—Para venderlo más fácilmente.

—¿En cuatro partes? ¡El cuadro sigue siendo reconocible!

—Ay, ¡yo qué sé! Aún no lo han encontrado, o sea que no hay forma de saberlo con certeza.

—Nadie sabe nada, pero todo el mundo habla.

—En todo caso, lo cortaron. Y ahora lo vamos a juntar de nuevo.

Esparció los mil trozos del cuadro robado en Palermo sobre el suelo de Escher.

—Sería increíble. Precioso, mi sueño hecho realidad —dijo, poniéndose manos a la obra de inmediato—. ¡Imagínate encontrar un cuadro robado como este! Estás limpiando el desván y de repente te topas con un cuadro. Alguien lo rompió y lo escondió, y ahora tienes que dedicar toda tu vida a restaurarlo. ¡A deshacer la destrucción!

Dicho eso, Nellie Wieselburger se quedó en silencio durante un buen rato, completamente absorta en la obra, como si fuera realmente el cuadro auténtico y tuvieran que volver a armarlo entero. Sensibilizado por el tema de la restauración, Escher temió que las finas medias de su colega no sobrevivieran mucho tiempo a su parqué, que debería haber lijado hacía mucho tiempo. Para no tener que pasar una eternidad en el suelo, trabajando en el rompecabezas, empezó montando el borde, un método de principiante que solía evitar. Nellie avanzó bastante rápido con la cabeza y las manos de san Francisco, unidas en plegaria. Sin

embargo, hizo caso omiso del consejo de Escher de que lo más fácil sería continuar con el estandarte del ángel, ya que las letras latinas GLORIA IN ECCELSIS DEO eran fáciles de reconocer, y siguió juntando piezas hasta llegar al rostro inclinado de la madre de Dios. Escher montó el estandarte él mismo.

Le sorprendió la rapidez con la que Nellie terminó la figura de san Francisco.

—Y eso que todavía no había nacido —se rio. Pronto se podían reconocer también el brazo extendido con el que el ángel señalaba desde las alturas al Redentor recién nacido y a su madre. A medianoche, al rostro de la Virgen ya solo le faltaba la punta de la barbilla. Su mano izquierda y su hombro derecho desnudo también estaban completos. A continuación, Nellie se concentró en la parte posterior de la cabeza de san José, mientras Escher lidiaba con una parte difícil, la cabeza de la vaca, que dirigía una mirada afable al Salvador, del que aún no se veía nada.

Terminaron a las siete de la mañana y, para sorpresa de Escher, Nellie se despidió con un caluroso abrazo.

—Gracias —dijo—. Ha estado bien, Escher. Ahora tengo que dormir un poco. Espero soñar con el cuadro.

En cuanto se marchó, Escher se dio cuenta de que estaba agotado. Su cuerpo debía de estar formado por al menos mil piezas, y las sentía todas y cada una de ellas. Le habría encantado fumarse su primer cigarrillo en diecisiete años. Se acostó, pero tenía pocas esperanzas de conciliar el sueño. A lo mejor, si leía unas páginas le resultaba más fácil.

Marko, Gabi y Ala Steiner no tardaron en instalarse en su nueva ciudad. Al cabo de una semana, Gabi encontró trabajo en el departamento de reclamaciones de un banco al que los becarios se

referían como el Departamento de Causas Perdidas. Marko, por su parte, encontró un puesto de mecánico electricista en un taller.

No le importaba el calor, y la indiferencia de la gente le resultaba relajante: en su vida anterior, cuando alguien era especialmente amable, ya podías empezar a temer por tu vida. En el trabajo, una compañera le dijo a qué miembro del partido tenía que sobornar para conseguir una buena plaza de guardería para Ala. Lo importante era apuntar alto, ya que si sobornaba a un funcionario demasiado insignificante, a Ala le pasaría por delante un niño apadrinado por un funcionario de mayor rango y se quedarían sin plaza a pesar de haber soltado la pasta. En aquella ciudad, Marko se sentía como en casa.

Al año siguiente, Ala empezó la escuela y no tardó mucho en adaptar su forma de hablar a las costumbres locales. A veces sus padres no podían evitar reírse y trataban de imitar la nueva jerga de su hija. Aprender se le daba bien. Eso sí, en una ocasión llamaron a sus padres a la escuela porque la niña había falsificado una firma. Cuando Marko le preguntó delante de la directora cómo había logrado replicarla tan bien, se dio cuenta de que la niña había empezado a trazar su propio camino, ya que, en vez de contestar: «El truco del almendruco», como habría correspondido a su acuerdo tácito, dijo:

—Les he hecho la trece catorce...

Incluso la directora tuvo que reírse.

Por lo demás, la vida seguía igual. Eran una familia feliz, que ignoraba sin más los precedentes y antecedentes, las divergencias latentes y las razones subyacentes.

Pero cuando Ala entró en el instituto y su cuerpo se volvió sin piedad contra ella, todo cambió. De repente tenía un montón de preguntas para sus padres. Marko Steiner sabía que no podía

reprocharle a su hija el despertar de su curiosidad. No era un defecto de carácter en sí mismo, sino un rasgo inherente a su edad. Su hija Ala quería más información sobre la vida, sobre su familia y, especialmente, sobre su misterioso padre, del que apenas sabía nada.

Al principio, sus preguntas eran inofensivas. Todo empezó cuando su amiga Selina le dijo que tenía otros dos nombres de pila. De un día para otro, insistió en que todos la llamaran Selina Katharina Konstanze. Katharina y Konstanze eran sus abuelas. A Ala —que solo la llamaban Ala Steiner— el orgullo de su amiga la corroía por dentro. Una noche, sorprendió a sus padres con la pregunta:

—¿Cómo se llamaban mis abuelas?

A juzgar por la cara de espanto de sus padres, uno podría pensar que su hija acababa de anunciarles que estaba embarazada.

—¿De dónde sale eso? —preguntó Marko.

—Es que en el colegio todo el mundo tiene al menos un segundo nombre. Si no varios. ¡Yo también podría adoptar los nombres de mis abuelas! Si eran bonitos, claro...

—Pero tú ya tienes un segundo nombre —afirmó su padre.

—¡Qué va!

—¡Que sí! —insistió Marko, presa de una inspiración repentina—. ¿Tu madre no te lo ha contado nunca? Tu segundo nombre es Rmarota.

—¿Perdoooona?

Marko sabía que también se acostumbrarían a ese tono de voz. Aquella época de tensión pasaría. Era una fase necesaria. Parte del desarrollo. Una etapa de transición. Por eso se resistió a la tentación de imitar aquel «¿Perdoooona?» tan enervante.

—Rmarota —repitió con expresión severa.

—¡Eso no es un nombre! —le espetó Ala—. ¿Qué se supone que significa «Rmarota»?

—Primer nombre, Ala —explicó Marko—. Segundo nombre, Rmarota.

Su madre soltó tal carcajada que casi echa el Gemischter Satz fuera del vaso.

—Pero ¿quéééé? —exclamó Ala, ofendida—. ¿Ala Rmarota?

Por supuesto, nunca le habían contado a su hija que debía su existencia a una prueba para determinar el nivel de vibración necesario para hacer saltar una alarma de coche rota. Consideraban que el hecho de que la hubieran bautizado con un nombre sacado de la situación que había propiciado su primer encuentro no era en realidad asunto suyo.

—Muy gracioso —protestó Ala, colorada y algo alterada. Estaba pasando por una fase rebelde y, haciendo honor a su nombre, saltaba a la mínima. A su padre le pareció que aquel era el momento perfecto para echar leña al fuego.

—Es que cuando naciste bramabas a todas horas, como una alarma rota —le aseguró.

En cuestión de segundos, el enfrentamiento escaló hasta niveles absurdos. Los ojos de Ala se llenaron de lágrimas de rabia, y el cachondeo evidente de sus padres terminó de sacarla de quicio. Estaban al principio de una época...

—Cálmate un poco, anda. Por mí puedes ponerte todos los nombres que quieras.

... francamente difícil.

La niña se mostraba cada vez más curiosa. No solo quería entender el mundo, sino también a las personas y, sobre todo, a su padre. Nadie sabía nada de él. Pero ¡bien debía de tener una familia, un pasado! Ala estaba convencida de que ocultaba un secreto

fascinante y que a ella le correspondía descubrirlo. Seguramente su padre pensaba que era demasiado pequeña para entenderlo, pero ¡ya no era pequeña! No lo dejaba en paz y cada vez le hacía más preguntas sobre su infancia. ¿Cómo eran las cosas entonces, en tu casa? Marko intentaba no enfadarse con ella. Ala no tenía ni idea de lo peligrosas que eran sus preguntas para él. Y, como no había nada que le disgustara más que mentirle a su hija, sus mentiras eran cada vez peores. ¿No podía dejar de hacer preguntas?

Pero, lejos de resolverse, la situación fue a peor. En el siguiente curso de instituto, a Ala le tocó un profesor joven al que le gustaba asignar pequeñas tareas de investigación a sus alumnos. Y el tema para el semestre era una investigación del árbol genealógico de la familia. Para Ala (que también se había convertido en una desconocida para sus padres debido a su nuevo acento), el nuevo profe era *cool*, y la tarea, Gucci. Y no quería tener un *mood* zen ni ir de *chill*, no: iba a petarlo.

Pero su padre solo le daba evasivas, así que empezó a husmear entre sus cosas. Del mismo modo que a los quince años él se había colado en el coche de Lino Carelli para pegarle el cambiazo al mando a distancia de la puerta del garaje, Ala consiguió la llavecita de su cajón personal. Pero, al abrirlo, se llevó una amarga decepción. Porque si al intentar abrir la puerta del garaje, Lino Carelli había volado su propia casa y a cinco miembros de su familia, Ala solo encontró cosas aburridas que ya conocía. Lo único insólito era que, junto al pasaporte, los papeles del seguro, la foto de ella y de sus padres el día de su nacimiento, y los gemelos que Marko había llevado para su boda, había también un libro.

Ala examinó los gemelos, se puso uno en un ojal de la blusa para comprobar que pesaba mucho, lo volvió a guardar en el cajón y

abrió el libro por el punto donde su padre había dejado un ticket de entrada a la piscina.

El teléfono de Escher sonó.

—¿Bueno? —lo saludó la voz de Nellie Wieselburger, y entonces, sin darle ocasión de responder, le soltó la noticia—: Ya he cerrado el tema.

—¿Qué tema?

—«¿Qué tema?» —lo imitó ella, burlándose de su espesura mental—. El de la empresa de electricidad, ¿qué tema va a ser?

Escher se alegró de que el panegírico estuviera encarrilado, pero lo ofendió un poco que Nellie no hiciera ninguna referencia al domingo por la tarde, que no mencionara las horas que habían pasado trabajando en la *Natividad*. Como si nunca hubiera ocurrido.

—¿Has dormido bien? —preguntó Escher, tratando de sonsacarle algún comentario.

—Sí, claro.

Antes de que pudiera preguntarle nada más, Nellie ya estaba dándole los detalles del funeral. Como si ahí no hubiera pasado nada, como si él se lo hubiera imaginado todo, le informó de la fecha del entierro y de todo lo demás.

—Esa mujer es realmente capaz —dijo Nellie Wieselburger.

—¿La viuda?

—No, la de la empresa. La jefa. Creo que es muy buena gerente.

Escher no tenía energía para alterarse por el término *gerente*, y se limitó a decir:

—Espero que no le suponga un problema que me pases el trabajo.

—No, no habrá ningún problema. Le dije que uno de mis empleados se pondría en contacto con ella. Lo único que le importaba era que la factura no le llegara a la viuda, sino a ella. O

sea que será una factura de empresa. Ya tengo el número de identificación fiscal y del IVA. También me dio la dirección de correo electrónico y el número de teléfono de la viuda.

—Genial —dijo Escher, con el mismo entusiasmo que cuando se te cae un huevo y estalla en el suelo.

—Te lo paso todo. Lo mejor será que uses mi dirección de correo electrónico oficial para comunicarte con la familia. Te mandaré un PIN.

—Genial.

—Pues eso —dijo Nellie Wieselburger, dando a entender que la llamada había llegado a su fin.

—Sí, hasta luego —repuso Escher.

Fue a darle las gracias, pero Nellie ya había colgado. Al momento le llegó un mensaje al móvil con el PIN y toda la información necesaria. La dirección de correo electrónico de la viuda era una abreviatura sin sentido y le molestó no haberle preguntado a Nellie cómo se llamaba.

Para no pensar más en aquella llamada tan extraña, Escher se puso manos a la obra de inmediato. El PIN le resultó muy útil. Envió una comunicación oficial a la viuda desde el sitio web de Nellie, trauerberatung.com. Decidió evitar un saludo directo y le sugirió una entrevista. Escher era un profesional consumado en esas lides y no tenía que pensar mucho para dar con el tono adecuado: sabía por experiencia que cuanto más sobrio fuera el mensaje, mejor. Necesitaba información sobre su marido para poder escribir el panegírico y le pidió una cita para una conversación en persona. En su defecto, podían hablar por teléfono y, si era necesario, podía pasarle información por correo electrónico. Aunque lo mejor era que hablaran cara a cara.

Pero la viuda no respondió. Escher no quería llamarla aún, de modo que le volvió a escribir, sin respuesta una vez más. ¿Y si no quería hablar? Esa incertidumbre no la había considerado lo suficiente. El hecho de que la viuda no quisiera un sacerdote, tal como había mencionado Nellie Wieselburger, no significaba que estuviera interesada en un orador fúnebre. ¿Era posible que desconfiara de la actitud repentinamente servicial de la empresa de su marido? ¿Que sospechara que se trataba de un astuto intento de evitar futuras demandas? ¿Y si se sentía acosada? Pero Escher sabía que podía haber mil explicaciones más. Los afligidos y los dolientes pasaban por una breve etapa de libertad absoluta que los hacía mucho menos previsibles que el común de la gente.

Para sobreponerse a su impaciencia, Escher empezó un nuevo rompecabezas, pero estaba demasiado inquieto para tomar una decisión sensata. De entre todas las opciones posibles, se decidió por *La creación de Adán*, que no le había causado más que problemas desde el primer día, y se sentó con ella en el suelo. En lugar de mil piezas, el rompecabezas tenía novecientas noventa y nueve. La primera vez que lo montó, se quedó mirando el agujero que había en medio de la imagen, perplejo. Puso el piso entero patas arriba e incluso fue corriendo al contenedor de reciclaje para buscar el paquete en el que había recibido el rompecabezas, pero la pieza díscola no apareció por ninguna parte. Como si de una burla se tratara, faltaba ni más ni menos que el centímetro que Miguel Ángel había dejado entre el índice humano y el divino, donde debería haber estado la chispa de la creación si la maldita empresa hubiera incluido la pieza en la caja. Mandó una carta al fabricante, pero solo consiguió que le enviaran otra vez el rompecabezas entero, al que le faltaba la misma pieza.

Consultó varias páginas de aficionados a los rompecabezas y descubrió que a otros afectados no les había ido mucho mejor. Pero ahora aquella pequeña ausencia era la menor de sus preocupaciones, porque apenas era capaz de encontrar dos piezas que encajaran. Ni siquiera logró algo tan mundano como montar el marco. Solo podía pensar en la llamada de la viuda, que seguía sin producirse. Por mucho que comprobara el móvil, ni estaba en silencio ni lo había llamado. El rompecabezas no avanzaba ni a tiros y, al final, se dio por vencido e intentó leer algunas páginas.

La puerta del dormitorio se abrió y a Ala se le heló el corazón del susto. Estaba sentada en el suelo con el libro, y la figura de su padre, que nunca le resultaba amenazadora, se cernió sobre ella. No era solo por la perspectiva, sino también por la furia de su voz.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él.

—No sé, leer —dijo Ala, enseñándole el libro como si eso la absolviera.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Ahí.

—¿Y qué buscabas?

—¡Nada! Solo estaba..., no sé, mirando.

Desde que su hija creía saberlo todo, añadía al menos un «no sé» a cada una de sus frases.

—¡Son mis cosas! —bramó Marko—. ¡No se te ha perdido nada ahí dentro!

Intentó arrebatarle el libro, pero su hija, que era mucho más ágil que él, se escabulló con gran facilidad y salió de la habitación con este aún en las manos antes de que él pudiera pegarle un grito.

Su hija se encerró en su cuarto, se puso los auriculares, subió el volumen al máximo y siguió leyendo.

Por fin, tres días antes del funeral, la viuda se puso en contacto con él. Sí, la jefa de su marido ya la había informado. Sí, sí, estaba de acuerdo con el discurso. Sonaba como si se hubiera tomado un tranquilizante. Si tenía preguntas, podía hacérselas por teléfono, en ese mismo momento. No, no podía contarle nada interesante sobre su marido. Los dos eran personas normales: trabajo, familia, vacaciones... Nada especial.

—¿Había algo que a su marido le gustara en particular? —preguntó Escher.

—Sí, claro —dijo la mujer, y tragó saliva—. Nuestra hija. Era un buen padre. Un padre modélico, ¿me entiende?

—¿Cuántos años tiene su hija?

—Catorce —dijo la viuda—. Desde hace un mes.

Se hizo el silencio en el teléfono.

Uidh.

En medio de aquel silencio total, Escher dijo:

—Solo intento conocer un poco a su marido, para el discurso. Pero si alguna de mis preguntas le parece demasiado indiscreta, no dude en decírmelo.

—Sí, cómo no.

—Me interesaría saber cómo conoció a su marido, si no es mucho...

—Me reparó el coche.

—¿Qué le pasaba al coche? Su marido era electricista, ¿no?

—¿Y eso qué más da?

—Bueno, es que...

—La alarma —dijo la viuda.

Uidh.

—¿La alarma? —preguntó Escher.

—Sí, me desmontó el sistema de alarma.

Escher sintió cómo un viento frío le atravesaba el cerebro. De pronto le habría gustado tomarse también un sedante. ¿De qué estaba hablando aquella mujer? La viuda. *Uidh.* El vacío. La ausencia.

—Nadie quería hacerlo porque era un trabajo muy difícil. Al principio él tampoco quería, pero al final terminó cediendo. Lo convencí. Y no maldijo ni una vez, eso me gustó. Mi padre estaba siempre maldiciendo, era un hombre colérico. ¿Sabe lo que es la cólera?

—¿A qué se refiere? —preguntó Escher, intentando disimular el silencio absoluto que resonaba en su cerebro.

—La cólera —repitió ella.

—¿Qué pasa con la cólera?

—La cólera es algo terrible —dijo ella con calma—. Se te mete dentro, te convierte en un muñeco. Es terrible. Pero mi marido no maldecía nunca. No era violento. Era un hombre afable, considerado. Comedido. Lo meditaba todo durante muuuucho tiempo.

A Escher le sorprendió que de repente la mujer se riera.

—Incluso le susurró palabras cariñosas al coche mientras lo mecía.

—¿Qué palabras?

—¡Esa no es la cuestión! En vez de insultar y maldecir, susurraba palabras cariñosas a un coche, ¿me entiende? ¡Esa es la cuestión!

—¿Su padre sigue vivo? —preguntó Escher.

—¿El mío?

—Sí, su familia. ¿Siguen vivos su padre y su madre? ¿Tiene hermanos o hermanas?

—Eso ni le va ni le viene —le espetó la viuda—. Mi familia no tiene nada que ver con mi difunto marido.

—Usted decide, cómo no.

—Diga en su discurso que mi marido era un buen hombre, ¡nada más! ¡Era un buen hombre! ¡Y un buen padre! ¡Y una buena persona en general!

La mujer se despidió.

Escher apoyó la cara en las manos y se tapó los ojos con los dedos y los oídos con los pulgares. Quería quedarse así. Se preguntó si había oído en algún momento el nombre de pila del muerto. El policía debió de mencionarlo en su conversación con el jefe de la empresa, o con la doctora de urgencias, pero en medio de aquella situación Escher no le había prestado atención. En cualquier caso, no lo recordaba ni por asomo. Se preguntó si debía llamar a la empresa y preguntar el nombre.

Se dio cuenta de que las letras de la dirección de correo electrónico de la viuda coincidían con el que teóricamente era su nombre. Si es que se llamaba tal como Escher esperaba que no se llamara. Pero entonces recapacitó un poco: no podía perder la cabeza. Y tampoco era una coincidencia tan increíble, había mucha gente con esas iniciales. De hecho, también podía haber dos matrimonios que se habían conocido a raíz de una alarma defectuosa. Dos electricistas. Dos hijas. Había muchos operarios que trataban bien los chismes rebeldes y les dirigían palabras cariñosas. Todo eso entraba dentro de lo normal.

Para ahuyentar aquellos pensamientos absurdos, se sentó y empezó a redactar el panegírico. Sabía que no había un método mejor de mantener todo lo demás a raya. Y, cuantas más cosas había que mantener a raya, mejor escribía. Cuantas más cosas había que excluir, mayor era la tensión interna del discurso.

Pero Escher se dio cuenta enseguida de que esa vez no funcionaba. Su mente no admitía distracciones. Podía probar suerte y volver a llamar a la viuda: a lo mejor contestaba dando su nombre.

O podía preguntarle quién le había recomendado en su día al electricista para que le arreglara la alarma. ¿Cómo se llamaban los testigos de su boda? ¿Cómo se llamaba su hija?

O podía simplemente llamar a la empresa y preguntar por el nombre completo del fallecido. Si el nombre no coincidía con el que Elio Russo había adoptado en su segunda vida, Escher seguiría teniendo el gran problema de haber pensado que era posible. Pero si el nombre encajaba, entonces tendría un problema de los gordos. Se preguntó qué le sucedería si la familia Calabria se enteraba de que él, Franz Escher, había asesinado a su Elio. Este tan solo era un traidor para uno de los bandos; el otro podía decidir vengarse.

Llamaron a la puerta. La cámara mostraba a un hombre desconocido. Escher no solo no abrió, sino que desconectó el timbre.

Entonces volvió corriendo a la sala y cogió el libro de las narices. Quería saber qué coño pasaba a continuación.

ON

La chica de catorce años a la que habían bautizado en honor a una alarma defectuosa se reconcilió enseguida con su padre. Ala se sintió tan conmovida por su arrepentimiento que no solo lo perdonó, sino que también le pidió perdón. Aunque la disculpa fue sincera, duró tan solo lo que duró emocionalmente la reconciliación. Al fin y al cabo, tras aquel arrebato de cólera le quedó mucho más claro que su padre le ocultaba algo. La vehemencia de su reacción lo decía todo: tenía un secreto.

Ala estaba en una edad en la que uno aún no se había resignado a dejar de lado todas las cuestiones morales, y se planteó si tenía derecho a husmear en la vida de su padre hasta llegar a la conclusión correcta: «¡Cien por cien! ¡Estoy en mi derecho!». A fin de cuentas, también se trataba de su propia historia. Y todo el mundo tiene derecho a conocer su propia historia. Su rabia al pensar que la tomaban por tonta era aún mayor que antes. Estaba decidida a descubrir la verdad.

Además, no podía defraudar a su profesor. Aunque el repentino interés de sus compañeros de clase por ella la ponía de los nervios, quería complacer a su profe de Historia. Lo que Ala no podía saber era que la molesta atención de sus compañeros se basaba precisamente en la herencia (los ojos de la abuela Gianna, la figura de la tía Petronilla) que ella intentaba destapar. En cambio, tanto el pelo como la intrepidez y la férrea determinación que la empujaron a buscar los antepasados de su padre eran herencia de su madre.

Se conectó a FAMILYTREE, una de esas plataformas que hacen negocio con la afición, cada vez más extendida, de investigar árboles genealógicos. FAMILYTREE prometía localizar a parientes extraviados e incluso encontrar a antepasados totalmente desconocidos. Podías chatear con personas de países extranjeros con tu mismo apellido, colgar anuncios de búsqueda de familiares, subir fotos de tus parientes y compartir con el mundo entero información sobre miembros individuales de la familia.

Y, desde hacía poco, FAMILYTREE ofrecía también un método revolucionario: si enviabas tu propio ADN, podías encontrar parientes en la base de datos de ADN de FAMILYTREE, que crecía a una velocidad vertiginosa. Sin embargo, ese método tenía unos costes elevados, que Ala no podía permitirse. Sabía que, si hacía falta, encontraría una forma de conseguir el dinero, pero decidió ir paso a paso y estudiar el asunto con calma, una habilidad que había heredado de su padre.

Las fotos eran la opción más fácil para empezar. Ala comenzó subiendo su foto preferida, que su madre le había hecho a su padre cuando hacía solo una semana que lo conocía. Su padre está montado en una bicicleta antigua, mirando hacia atrás, y la cámara capta su tímida sonrisa. En el reverso de la foto, su madre escribió a lápiz: «Bicicleta Peugeot (53), destartalada; hombre (25), apuesto; fotógrafa (21), enamorada».

Ala escaneó la foto y la subió a internet. «¿Alguien conoce a este hombre?», escribió debajo de la foto. En otro apartado, en letra pequeña, añadió: «Este es mi padre, nacido en 1982. Está buscando restablecer contacto con sus familiares. País de procedencia desconocido. Probablemente en Europa».

Gracias al software de FAMILYTREE, el texto aparecería automáticamente en el idioma de los usuarios que hicieran clic en la

cuenta de Ala.

Durante una semana no hubo ninguna reacción, pero entonces Ala recibió un mensaje. Cuando hizo clic, se abrió una ventana:

«Tienes un mensaje nuevo. Con una cuenta FAMILYTREE GROWFASTER, puedes leer el mensaje y responder». La cuenta de pago costaba 9,90 euros al mes o 79,90 euros al año. Ala decidió invertir los diez euros y, para financiarlos, puso la pulsera verde (cuyo cierre de todas formas estaba medio estropeado) en el portal de compraventa Willhaben. Pedía cincuenta euros por ella, pero estaba dispuesta a bajar hasta treinta. Antes incluso de subir la foto de su pulsera, ya había abierto el mensaje de la página de FAMILYTREE. Remitente: Carlotta Esposito.

Ala leyó varias veces lo que le había escrito aquella mujer italiana. No se lo podía creer. Se preguntó si debía llamar a su padre al trabajo, porque sentía que no podría esperar hasta la noche. Por suerte, al cabo de nada le hicieron una oferta por la pulsera. El comprador la quería para un regalo y tenía tanta prisa que pagó el precio completo. Aquella distracción le permitió a Ala pasar el rato hasta la noche.

—¿Conoces a una tal Carlotta Esposito?

Aquella fue la pregunta con la que, brincando de emoción, recibió a su padre cuando este llegó por fin a casa. Era la última frase que Marko Steiner quería oírle pronunciar a su querida hija. El bofetón en la cara de Ala fue sumamente violento. Su mujer, que presenció la escena, soltó un grito de consternación y le dedicó una exclamación que él nunca le había oído pronunciar, una palabra que sonó como si se hubiera abierto la puerta del infierno.

Ala no dijo nada y se quedó mirando a su padre, estupefacta. Se irguió ante él como una camorrera saboreando el error de un oponente inferior, como provocándolo para que volviera a hacerlo.

Como si también ella pusiera la otra mejilla. Como si lo condenara a no olvidar jamás aquella mirada de su hija. Como si le estuviera dando un segundo para sentir el cuchillo que le había clavado en la espalda. A Marko, la reacción imperturbable de su hija le heló la sangre.

Más imperturbable aún que la actitud de Ala fue la voz de su mujer:

—¡Lárgate ahora mismo o llamo a la policía!

Marko Steiner hizo lo que le decía su mujer y salió del piso sin excusas ni explicaciones.

Por primera vez en toda su vida se emborrachó hasta perder el conocimiento. Se echó en un banco del parque y al amanecer constató con sorpresa que se había dormido. Se tomó un café en un McDonald's, se aseó en el baño y se fue a trabajar. Nadie se dio cuenta de nada.

Cuando volvió a casa por la tarde, su hija había desaparecido. Su mujer ya había telefoneado a todas sus amigas, pero nadie sabía dónde estaba Ala. Marko Steiner vio que su hija de catorce años se había llevado todo el dinero de su cajón de efectivo. Él odiaba pagar con tarjeta y repetía una y otra vez que estas dejaban un rastro demasiado evidente. Su hija nunca había robado nada, pero ahora se había llevado más de setecientos euros. No había cogido nada más del cajón de su padre, solo el dinero y el libro.

Marko y Gabi no tenían ni idea de que su hija hacía ya horas que iba en un tren destino a Nápoles. Ahora Ala sabía dónde encontrar más información sobre Marko. Ignoró los mensajes de sus padres. Su padre le había pedido ya cien mil disculpas, pero ella intuía que seguía sin decirle la verdad. Los padres nunca decían la verdad.

La única persona con la que se comunicó durante el viaje en tren fue con su tía, Carlotta Esposito. Al principio, Ala aún dudaba de la

afirmación de Carlotta de que el hombre de aquella foto era su primo. Las fotos que Carlotta le había enviado, en las que supuestamente aparecía el padre de Ala de niño, tampoco habían acabado de convencerla. El parecido era asombroso, pero la nariz no encajaba. Sin embargo, en una de las imágenes Ala estaba convencida de ver a su padre. Habría reconocido aquella sonrisa entre un millón de caras parecidas. Y la reacción de su padre al oír el nombre de Carlotta era la prueba definitiva.

Ala viajaba sola en tren por primera vez y, de momento, todo iba sobre ruedas. Podía parecer mayor si se lo proponía. Aun así, se alegraba de no estar completamente sola y de poder comunicarse con Carlotta. Esta le repitió varias veces que se moría de ganas de verla y le envió dos fotos más en las que aparecía su padre de joven. A partir de ahí, la frecuencia de los mensajes fue disminuyendo y esa noche ya no volvió a tener noticias de Carlotta. Ala estaba muerta de cansancio, pero aun así no lograba dormirse. Estaba demasiado emocionada. Y los mensajes de su madre no paraban de llegar.

Cuanto más tarde era, más le costaba ignorarlos. Todo le recordaba a sus padres. Incluso el libro trataba de un electricista. Sin embargo, siguió leyendo la historia para hacer más llevadera la noche en el tren y calmar su ansiedad.

Cuando volvió a hablar por teléfono con la viuda del electricista, Escher trató de convencerla para que se reuniera con él.

—¿Para qué? —preguntó la viuda.

—Quiero hacerme una imagen mental —dijo Escher.

—Ya es demasiado tarde para eso —repuso la viuda.

Escher aguardó en silencio. Había trabajado con muchas personas que pasaban un duelo.

—No estoy de humor —dijo por fin la mujer—, no puedo.

—Lo entiendo. A veces la pena te deja sin palabras.

Nunca se había parado a pensar cuál era su método para tratar con los dolientes, simplemente se le daba bien. A lo mejor el secreto era que se sentía cómodo entre ellos. Siempre encontraba su sitio, como con las piezas de los rompecabezas. La coexistencia sin conexión era su medio natural. Nellie Wieselburger no se equivocaba del todo: la conexión estaba en el término medio. Le resultaba mucho más difícil relacionarse con personas felices o incluso alegres; solo se entendía bien con personas inaccesibles.

Por supuesto, como orador fúnebre no debía confraternizar con los dolientes. Al contrario, la distancia era la clave de todo. Si no, te acababas convirtiendo en una Nellie Wieselburger, que asfixiaba a los dolientes con su empatía. O una Mitzi Stiegl, que confundía condolencias con confidencias. Escher nunca olvidaba que el doliente era su adversario: no podía dejarle demasiado margen de maniobra. Tenía que dominarlo. Y aquí era donde entraba en juego el método, por supuesto. Trucos, tácticas. Si un pariente recalcitrante no quería aportar ninguna información útil, había que recurrir al truco del almendruco.

—¿Puede recomendarme a alguien?

—¿A qué se refiere?

—Algún familiar o amigo que pueda contarme cosas sobre el difunto.

Ante aquella sugerencia, la mayoría de las personas reaccionaban con una mezcla de indignación y asombro. Y Escher sabía esperar: había que darles tiempo. Porque Escher sabía lo que, en ese momento crucial, pasaba por la mente de los familiares más cercanos: ¿quién podría ocupar mi lugar? ¿A quién le podría pasar la patata caliente? ¿Quién podría contarle a ese orador fúnebre algo sobre mi difunto? Empezaban a pasar revista a amigos y parientes, y

no tardaban en ponerse agresivos. ¡Qué iban a decir esos! ¡Un montón de sandeces! ¡Sacarían a la luz historias irrelevantes! ¡Darían una imagen falsa del difunto! ¡Aprovecharían la ocasión para darse pisto!

Como con los procesos de cocción, que requieren su tiempo y no pueden acortarse, como la fermentación y el encurtido, la maceración y la cocina a fuego lento, la fusión de sustancias y la transformación de elementos, lo único que importaba aquí era conceder a los dolientes el tiempo necesario para que su agresividad hacia el resto de los familiares y amigos del fallecido se desplegara por completo. Antes de finalizar ese proceso, lo habitual era que dieran unos cuantos rodeos. A veces incluso mencionaban algún nombre, aunque lo retiraban de inmediato. Tal vez la... No, ¿qué iba a contar? O tal vez su hermana. No, no, su hermana seguro que no, esa siempre tenía algún... ¿Y su hermano? No, el hermano nunca pudo... O tal vez su hijo... Ay, no, el hijo siempre tenía algún..., nunca pudo...

Tarde o temprano, siempre se acababan rindiendo.

—Bueno, si insiste... —dijo la viuda—. Pero no quiero salir, tendrá que venir a verme.

—¿Cuándo le va bien?

—Cuanto antes nos lo quitemos de encima, mejor.

Le dio la dirección y le explicó cuál era la mejor conexión de tranvía. Escher oyó un silbido insoportable, que no estaba seguro de si venía del teléfono o de su propio oído. La viuda solo había contestado al teléfono con un «¿Diga?», sin dar su nombre, por lo que Escher seguía sin saber cómo se llamaba. Ahora, por fin, iba a decírselo para que supiera a qué timbre tenía que llamar.

—Llame al número 17.

—¿El 17?

—Sí, puerta 17.

Con la sensación de haber evitado un rayo por centímetros, colgó y se dirigió a la dirección. La viuda vivía al otro lado de la ciudad, en una zona en la que Escher no había estado desde hacía décadas. Para pasar el rato en el tranvía, sacó el libro.

—¿Qué eso que lees y que da tanto miedo? —le preguntó una vieja que se había subido en Padua junto con un viejo de pelo largo. Después de pasar cien kilómetros discutiendo sobre si sus reservas eran válidas para esos asientos, los carcamales se habían instalado delante de ella y se habían dedicado a comentar en voz alta los lugares por donde iban pasando.

—No sé, una novela —dijo Ala sin levantar la vista.

—Has soltado tal alarido que casi me da un soponcio.

Ala negó con la cabeza. Ni se había dado cuenta de que se le había escapado un grito al leer lo del número 17.

—¿Y de qué va? —preguntó el viejales con una sonrisa condescendiente. Tenía unas piernas tan larguiruchas que Ala había tenido que sentarse sobre sus propios pies para evitarlas.

—Pues va... de un viejo carcamal.

Ala no sabía por qué le estaba dando explicaciones. No era asunto suyo si había soltado un grito al leer que la viuda vivía en la puerta número 17, la misma puerta de la casa de su madre. Quería seguir leyendo en paz. Ala cerró el libro y miró a su alrededor, pero el vagón iba demasiado lleno para cambiar de asiento.

—Ah, qué interesante —dijo el viejo—. Es reconfortante ver que todavía quedan jóvenes que leen libros.

—No la molestes mientras lee —lo reprendió su mujer.

—¿Yo la molesto? Pero ¡si has empezado tú!

—No le hagas caso, niña.

Pero Ala hacía ya rato que no les hacía caso. A Escher le fascinaba aquella situación inversa: el electricista había llamado a su timbre y ahora era él quien llamaba al timbre de la casa del electricista. Número 17. El piso, situado en la tercera planta, no le dijo gran cosa sobre el muerto, más allá de que había instalado «puntos de luz» en el falso techo. A Escher, aquellos artefactos de iluminación lo deprimían: los puntos de luz le hacían pensar en la gente que se ponía puntos de luz. Sin embargo, en aquel caso concreto tenía un pase, porque ¿quién puede oponerse a que un electricista exagere su oficio?

A lo mejor quería simplemente que la melena negra de su mujer, que parecía contener un único hilo de plata, estuviera siempre bien iluminada. A Escher su rostro le recordó el de las mujeres egipcias del rompecabezas de *El mercado de Guiza*. El nombre de Gabi, con el que se presentó, no le pegaba nada; a aquella belleza de ojos líquidos le habría sentado mucho mejor un nombre como Leyla o Nuri. Además, solo las mujeres mayores se llamaban Gabi, se dijo Escher, cuya alergia al fresno (árbol que en alemán se llama *Escher*) le había hecho pensar a menudo en nombres inadecuados. Pero de pronto se avergonzó de su reacción. Obviamente, había mostrado su sorpresa con excesiva claridad. Como si hubiera expresado sus pensamientos en voz alta, la mujer le contó de dónde provenía su nombre. Nunca se lo había confesado a nadie, ni siquiera a su marido. Pero ahora era todo tan terrible que quería deshacerse de aquel secreto:

—Mi padre no era una persona tan afable como mi difunto marido. Venía de una cultura donde el hombre...

Parte de la rutina de orador fúnebre de Escher consistía en que, en el momento en que un afligido empezaba a hablar, él trataba de

confundirse con la pared, para no incitar al narrador a una reacción irreflexiva. Sin embargo, la mujer no terminó la frase.

—En fin, era parte de su cultura —dijo, abandonando su intento de explicarse—. Pero sigo sin poder perdonarle. Esos hombres han aprendido que hay que proteger a las hijas del mundo a bofetones. Y mi padre no era el único; mis hermanos eran aún peores. —Sonrió —. Pero en el fondo no fue tan terrible. Hasta que llegó la hora de casarme. A los quince años. Ahí fue cuando empezó todo de verdad. Me negué a pasar por el aro. Había nacido en Alemania y había vivido siempre entre dos mundos, ¿entiende? Pero no quería casarme.

Escher evitó su mirada y se alegró de que continuara hablando.

—Tras pasar varias veces por el hospital, la policía me puso en un programa de protección de testigos. Me acogió una familia en otra ciudad y allí fue donde adopté el nuevo nombre de Gabi.

—¿Era una buena familia?

—Sí, muy buena. No me marché hasta los dieciocho.

—¿Y nunca se lo dijo a su marido?

—Habría sido demasiado peligroso. La policía me dijo que no se lo contara a nadie. A nadie. Seguía existiendo la posibilidad de que, a pesar de los años transcurridos, a uno de mis hermanos se le ocurriera limpiar el buen nombre de la familia. Ya sabe, en mi cultura existe la idea del honor y todo eso.

Escher tragó saliva.

—O sea que ya está, el secreto ha dejado de serlo —dijo Gabi—. Qué sensación tan extraña. No se lo puede contar a nadie.

—Claro que no...

—¡A nadie!

Escher había oído muchas historias extrañas en su trabajo. Cuanto más intacta parecía una familia a primera vista, más

profundos eran los abismos que ocultaba. Pero nunca antes una viuda le había confiado un secreto como aquel.

Uidh.

—Cuando llevábamos ya tiempo casados, vi a uno de mis hermanos por la calle. No sé si me siguió o si estaba de visita en la capital y se topó conmigo por casualidad. Mi hija tenía entonces cuatro años. Volví corriendo a casa y le dije a mi marido que teníamos que mudarnos.

Escher se vio a sí mismo desde fuera, sentado e inmóvil, como si le hubiera caído un rayo. Se imaginó a sí mismo como una piel de serpiente, como unas escaleras de Escher, mientras el verdadero Escher se elevaba, invisible, y se adentraba en otro mundo.

—Accedió a ello sin una sola pregunta. Él era así. No tenía ni idea de por qué quería mudarme, pero cuando algo era importante, lo captaba de inmediato. Y así fue como llegamos aquí.

—¿Y hace diez años de eso? —preguntó Escher, molesto porque se le escapó un gallo, como si acabara de cambiar la voz.

—Sí, casi. A veces pensaba que la principal razón por la que estaba con él era porque no hacía preguntas, porque no me pedía nada. No podría haber vivido con otro hombre, uno que hiciera preguntas. No podía contarle la verdad. Para que la protección de testigos funcione, no se lo debes contar a nadie. Por eso nunca tuve una relación real, ¿sabe? Solo rollos superficiales. Pero con él eso no era un problema, era una persona discreta. Me encantan las personas discretas. No hay muchas, casi no existen. O tal vez no existieron nunca. La gente siempre quiere saberlo todo.

Escher negó con la cabeza. Incluso lo que sabía hasta ese momento era ya demasiado para él. Se preguntó si con lo de «rollos superficiales» se refería a Sparepartner Jens. Las plantas de sus pies hicieron un ejercicio de relajación que él no les había pedido,

provocándole vibraciones en las rodillas y los muslos que se le extendían por todo el cuerpo.

—A lo mejor era así porque era suizo —dijo Gabi.

—¿Su marido era suizo? —preguntó Escher, como si fuera la mayor sorpresa de su vida.

—Sí —se rio la viuda—. Bueno, en realidad no era suizo, pero él decía que lo era. Ay, estoy diciendo tonterías.

—¿Lo decía para hacerse el interesante?

—No, no es eso. Quería ocultar sus verdaderos orígenes.

—¿Y cuándo le contó la verdad?

—Nunca —respondió la viuda—. Era un hombre muy reservado. Es lo que me gustaba de él.

—Pero ¿usted no sentía curiosidad?

—Puede. Pero, sobre todo, me alegraba de que no hiciera preguntas. Los secretos no son necesariamente más interesantes cuando los conoces. De todos modos, solo puedo decirle lo que sé. Y no es mucho...

—No se trata solo de hechos —dijo Escher, aferrándose como un náufrago a sus recursos de orador fúnebre—. En mi trabajo, los hechos que obtengo de los dolientes también son solo invenciones. No porque mientan, sino porque...

La viuda le devolvió una mirada tan vacía que Escher se sintió como un vendedor de feria tratando de colocar alguna baratija. Y, sin embargo, ese constituía el principio fundamental de cualquier buen discurso fúnebre: cuantos más datos sobre el difunto incluía el panegírico, menos reconfortados se sentían los dolientes. La reacción solía ser negativa, y se molestaban si algún detalle no era preciso. Algunas veces era Escher quien no había entendido algo, pero en otras ocasiones la persona de confianza había tergiversado los hechos o no había contado toda la verdad sobre la historia. Las

fechas no encajaban, los nombres se confundían o los dolientes consideraban que el discurso presentaba a la persona fallecida bajo una luz injusta.

Aunque, a decir verdad, el verdadero problema no eran las disputas entre los distintos grupos de familiares sobre los hechos. Aun en el caso de que estuvieran de acuerdo, el simple relato de una vida no servía de consuelo. En realidad, los dolientes que se ponían de acuerdo sobre los hechos solían ser también los más tristes, seres desolados que ni siquiera se permitían el consuelo de las discusiones apasionadas entre familiares, las acusaciones sin sentido y los ataques ciegos de ira. No, el verdadero problema era que los hechos en sí eran deprimentes.

Desde luego, como orador fúnebre no podía inventarse nada. De lo que se trataba era de evocar con sus palabras una zona de transición, la costura invisible que separaba el mundo de los hechos reales del mundo de los hechos plausibles. Como un escalador, lo importante era no resbalarse en la cresta y caer ni del lado de la verborrea absoluta ni del infierno fáctico de la vida vivida. El escalador debía mantenerse estable y, en todo caso, caer por ambos lados al mismo tiempo. Para Escher, esa costura invisible era el lugar donde residían todas las ideas y percepciones. No podías alejarte de los hechos, pero tampoco podías pegarte a ellos. Se trataba de mantener la proximidad sin ni siquiera proponérselo.

—Me gustaba como era —dijo la viuda—. ¿Por qué iba a husmear?

—Lo entiendo.

—¿Qué entiende?

—Que los secretos tienen su atractivo. La mayoría de las personas no tienen secretos, y lo que consideran secretos son...

—Desde el momento en que lo conocí, sentí que mi sitio estaba junto a él —dijo la viuda, interrumpiendo aquel balbuceo servil—. Es una de esas cosas que sientes cuando conoces a alguien, o por lo menos para mí fue así. Lo vi desinstalar aquella alarma y comprendí que era un hombre sensible. Un hombre gentil. Estudió la instalación desde todos los ángulos, hasta que la entendió. Miró y remiró. Mientras lo hacía parecía un poco atontado, pero no lo era. Era empático. Así era él, sensible. Hasta que un día le pegó un bofetón a nuestra hija.

—Aaaaal... —intentó interrumpirla Escher, pero tenía la lengua de trapo, como si el dentista se hubiera pasado con la anestesia.

—Si algo no puedo soportar es un hombre violento. Ni siquiera puedo aceptar que grite. Por mi propia historia, tengo tolerancia cero para todo eso. Y cuando nos conocimos sentí que él no iba a gritar nunca, ni tampoco iba a mostrarse violento. Era...

—No quisiera estresarla aún más —la interrumpió Escher, como un alcohólico perdido que no puede esperar y levanta la copa para brindar en mitad de un parlamento. Se maldijo por no haberse ido antes. No quería saber nada más, sentía terror por lo que pudiera contarle la viuda.

—Le dio muy fuerte. Muy fuerte. ¡Estaba furioso! Nunca lo había visto así.

—¿Por qué estaba tan enfadado? —preguntó Escher; ya era demasiado tarde para marcharse.

—Porque sí. Uno siempre se enfada porque sí.

—¿Y cómo reaccionó su hija?

—Se fue de casa. Él nunca volvió a verla.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos días. Por eso estaba tan descentrado en el trabajo. Por eso pasó lo que pasó...

Escher asintió. Se sentía fatal. Apoyó una mano en el tablero de la mesa para levantarse, como un viejo, y le ofreció la otra en gesto de despedida. Sus rodillas eran como las de una marioneta, pero no había nadie moviendo los hilos. Notaba el pánico crecer en su interior.

En casa, estaba tan agotado que no se atrevió a escribir el discurso fúnebre. Aunque lo tenía ya tan maduro que le golpeaba el cráneo por dentro, no se atrevió. Cogió el rompecabezas *Agujero negro número 3* de la estantería y, poco a poco, empezó a sentir que el discurso iba desapareciendo de su cerebro. El *Agujero negro número 3* lo había ayudado en muchas ocasiones en que estaba perdido. También el *Laberinto infinito*. O, si estaba en las últimas, el *Autorretrato en un espejo convexo*. Pero en cuanto tuvo *Agujero negro número 3* en el suelo, le entraron ganas de montar *Laberinto infinito*. Vació la caja junto a *Agujero negro número 3*, pero nada más empezar se dio cuenta de que no tenía la cabeza ni siquiera para *Laberinto infinito*. Contempló los montones dispersos que formaban el *Agujero negro* y el *Laberinto infinito* como si fuera la primera vez en su vida que veía algo así. ¿Qué sentido tenían todos estos fragmentos de formas extrañas? Parecía haber olvidado por completo que estaba montando una imagen entera. Su cerebro prefería hacerse el tonto, pero tarde o temprano tendría que responder a la pregunta. Necesitaba saber cómo estaba la hija del electricista. El libro se encontraba a un metro de distancia. Solo tenía que mover la cabeza para verlo. Si se estiraba, podía cogerlo sin dejar de mirar el *Agujero negro*. Y, si lo abría, podía seguir leyendo...

—¿Adónde te lleva tu viaje? —preguntó la vieja después de que Ala hubiera rechazado su chocolatina. («¡No tiene azúcares añadidos!»)

—A Lamezia o no sé qué.

—Oh, eso está muy lejos.

Ala miró por la ventanilla.

—Y eres de Viena, ¿verdad?

Ala asintió en silencio.

—Lo he notado enseguida, por el acento —sonrió amablemente la mujer.

—¿No habría sido mejor que viajaras por Paula? —se entrometió el viejo.

—No sé, pasarán a recogerme.

Los dos ancianos la miraron, preocupados.

—Voy a casa de los parientes de mi padre. Ellos me recogerán.

—Ah, qué bien. ¿Tu padre es de allí?

—Sí, claro.

El anciano buscó algo en el móvil.

—Lamezia... Tienes que cambiar de tren en Nápoles.

—¿Y ustedes adónde van? —preguntó Ala. No es que le interesara, pero tenía la esperanza de que se bajaran pronto. O que se murieran, lo que sucediera antes.

—A Pompeya —respondió la anciana.

Mientras el anciano miraba el móvil con el ceño fruncido, ella se dedicó a hablarle a la pobre niña acerca de los mejores rincones de Pompeya.

—Espero que no pierdas tu conexión en Nápoles —dijo el viejo, interrumpiendo a su mujer—. Llevamos ya cincuenta minutos de retraso y, si pierdes el tren, es el último.

—En ese caso tendré que esperar. No es para tanto: tengo la batería cargada, o sea que no me puede pasar nada.

—Pasar la noche en la estación de Nápoles no es una buena idea.

Ala estaba cada vez más irritada. Cuando los ancianos dijeron que, en el peor de los casos, podía ir con ellos al hotel, que ellos le pagarían la habitación extra, ella se limitó a responder:

—Mi padre ya me ha mandado un mensaje. Si pierdo el tren, vendrá a buscarme a Nápoles.

—Pero es un viaje larguísimo para él —dijo el anciano en tono escéptico.

Hacía ya un buen rato que Ala sospechaba que no la creían. Estaban preocupados por la chica desconocida del tren y desconfiaban de aquella historia sobre su familia italiana. Ala sabía que debía tener cuidado si no quería despertar los instintos maternales de la mujer. Le había hablado ya maravillas de una madre a la que debía visitar en Pompeya: el volcán la había sorprendido cogida del brazo con su hija, y ambas habían quedado así preservadas para la eternidad.

—Es mucho más agradable alojarse en una habitación de hotel que pasar la noche en la estación de Nápoles —insistió la anciana.

—Y también más seguro —añadió el viejo.

Su mujer lo miró mal: probablemente pensara que era mejor discutir ese asunto entre mujeres.

—Estoy segura de que tu padre también preferiría no tener que recorrer esta kilometrada de noche, ¿verdad?

Ala se encogió de hombros. Tenía que librarse de ellos lo antes posible.

—Y para ti también es lo más conveniente. Mañana por la mañana puedes ir a ver las excavaciones, ¡son muy interesantes! ¡No las olvidarás nunca! Y luego sigues con tu viaje. Es mucho mejor así, ¿no?

Ala dijo que tenía que ir al baño y salió del compartimento. Dejó atrás su mochila: por lo menos hasta Nápoles estaría a salvo con sus

dos torturadores. Solo se llevó el libro. Podía sentarse en primera clase y leer hasta que pasara el revisor.

Entre los vagones, sin embargo, se encontró con un grupo de jóvenes que le bloqueaban el paso. Estaban sentados en el suelo, frente a la puerta de los aseos, tocando la guitarra, jugando a las cartas y bebiendo cerveza.

—¡Hola, tú y yo nos conocemos! —le gritó en alemán un chico de tez pálida. Llevaba el pelo teñido de negro y los granos a lo largo del nacimiento del pelo sugerían que era alérgico al tinte. En la parte superior del brazo tenía un tatuaje de un enchufe triple a tamaño real que a Ala le pareció estúpido y, al mismo tiempo, bastante guay. De otro modo tal vez no le habría contestado.

—¿Cómo sabes que hablo alemán? —le preguntó cuando ya había pasado de largo.

—Lo he adivinado —respondió él.

—¿Y de qué me conoces?

—Has pasado frente a mí en el tren de Nápoles —explicó con tono teatral—. Estaba sentado en el suelo, delante de la puerta del baño, con una lata de cerveza en la mano. Tú te has acercado y te he ofrecido la lata. —Le ofreció la lata de cerveza y, como si nada, añadió—: ¿No te acuerdas? Ha sido hace tan solo un segundo. ¡Te tienes que acordar!

Ala hizo un esfuerzo por no sonreír y siguió caminando. Todos los vagones estaban abarrotados y había maletones enormes bloqueando los pasillos. Después de mucho andar, llegó a primera clase. En cuanto encontró un asiento, el tipo volvió a pararse a su lado con su apestosa lata de cerveza:

—Disculpe, ¿este asiento está libre?

Ella miró por la ventanilla, sin responder, y él se sentó a su lado.

—Soy Elias —se presentó, y le tendió la mano con gesto amable.

—Hola —contestó ella, y le tendió un momento los dedos para que apartara la mano de una vez. El chico sonrió, satisfecho.

—¿Por qué da la mano así?

—¿Ahora me tratas de usted?

—¿Y por qué no da también su nombre cuando alguien se presenta tan educadamente?

—Me llamo Selina Katharina.

—Ah, qué bien.

—¿Y cómo doy la mano? —preguntó Ala.

—Pues... como si sostuviera algo sin vida. No con cuatro dedos, ¡sino con un rascador de espalda de madera!

—¿Adónde vais? —preguntó ella.

—¿Ahora me trata de vos?

—No, me refiero a ti y a tus colegas.

El chico le contó que iban a Pompeya. Con la escuela. Ala confesó que también iba a Pompeya.

—¿También con la escuela?

—¿Tú estás loco? Voy sola, por supuesto.

—Será espeluznante, con toda la gente muerta —comentó él.

—¿Qué tiene eso de espeluznante?

—La gente muerta, eso es lo que tiene de espeluznante...

—No sé. Al final nos moriremos todos.

—¡Ya, pero no todos a la vez!

—¿Es la simultaneidad lo que hace que sea espeluznante?

—Pues también.

—Me llamo Ala, por cierto —dijo Ala.

—Ah, mucho mejor que Selina Katharina. Yo me llamo Elias, por cierto.

—Sí, ya me lo has dicho.

El chico no respondió nada, un silencio que enmarcó su respuesta como si fuera la demostración de que alguien no había entendido el chiste más tonto de la historia. Para interrumpir el silencio, Ala preguntó:

—¿Y por qué llevas un ATL en la parte superior del brazo?

—¿Un qué?

Ella señaló su tatuaje:

—¿Por qué te has tatuado un ATL? Es un poco *random*, ¿no?

—¿Qué es un ATL?

—Un adaptador triple lateral.

—No lo había oído nunca. ¿Quién dice eso?

—Mi padre. Es electricista y lo dice.

—Adaptador triple lateral... —repitió Elias, y se rio.

—¿Por qué lo llevas?

—Para poder cargar siempre la batería. —Elias cogió el libro—. ¿Qué lees?

—Un libro.

Elias leyó unas líneas.

—También es bastante espeluznante —añadió Ala.

—¿El libro? ¿Qué tiene de espeluznante?

—Los personajes. Me recuerdan a mi familia.

—Los libros siempre te recuerdan a ti mismo...

—El hombre también es electricista. Y la mujer tiene el mismo nombre de pila que mi madre.

—¿Cómo se llama?

—Gabi.

—¡Gabi! —se rio Elias—. ¡Mi abuela también se llama Gabi! Aunque eso no es espeluznante; como mucho es una coincidencia. La Biblia también dice que yo soy profeta. ¡Y eso que aún no había nacido!

De pronto se dieron cuenta de que el tren estaba llegando a Nápoles y volvieron corriendo a su vagón. Elias tuvo que bajar con su grupo. Ala lo guardó todo en su mochila e informó a sus autoproclamados protectores de que al final sí iría con ellos al hotel. Los dos carcamales se alegraron mucho.

—¿Dónde tienes el equipaje?

—Esto es todo.

Viajaron durante treinta y cinco minutos en un bus de la línea 5000. No vio a Elias ni a nadie de su clase entre los pasajeros. Seguramente habrían cogido un autobús a algún albergue juvenil. Ala estaba aburrida y, para castigar a los carcas, clavó los ojos en el libro y no miró por la ventanilla ni una sola vez.

El timbre del teléfono arrancó a Escher de su sueño. Se sintió aliviado, porque había estado soñando que rescataba a Nellie Wieselburger. La vida de la mujer dependía de que consiguiera reconstruir *El origen del mundo* a tiempo. Pero, en el sueño, el rompecabezas le había llegado defectuoso y le faltaba una pieza, tal como le había sucedido años atrás en el mundo real con otro rompecabezas. Al igual que entonces, escribió una carta al fabricante en sueños e intentó contactar con otros aficionados a los rompecabezas que hubieran tenido el mismo problema. Ni en la realidad ni en el sueño había encontrado ninguna solución.

Así pues, en lugar de enfadarse porque lo despertara el teléfono, se alegró de librarse de aquel sueño tan estresante. No le sorprendió en absoluto que la persona que lo llamaba a aquellas horas intempestivas fuera Nellie Wieselburger.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella.

—Mal —contestó Escher—. Estaba soñando con un rompecabezas.

—¿Cuál era?

—*El origen del mundo*.

Nellie soltó una carcajada infantil.

—Eso sí que es positivo.

—¿Qué quieres? —preguntó Escher, molesto. No tenía ganas de contarle nada más sobre el sueño.

—Me llamó la mujer.

—¿Qué mujer?

—Bueno, la viuda.

—¿En serio? ¿Te ha llamado a ti?

—Sí, eso es lo que he dicho.

—Pero ¿por qué?

—Bueno, el encargo está a nombre de mi empresa, ¿recuerdas? O, mejor dicho, estaba a nombre...

—¿Cómo que «estaba»?

—Si dejas de interrumpirme por un momento, te lo explico. Dice que ya no necesita un discurso fúnebre, porque resulta que no hay funeral.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ha decidido posponerlo. Hasta que regrese su hija.

—Oye, aún estoy medio dormido —se excusó Escher, aunque estaba totalmente despierto—. No entiendo nada de lo que me estás contando. ¿Qué pasa con la hija?

—Al parecer ha desaparecido; es lo único que me ha dicho.

—¿Todavía no ha vuelto de Italia?

—¿Qué dices de Italia?

—Ah, creía que habías mencionado Italia.

—¿De qué hablas? Despierta de una vez. O vuelve a dormir, como quieras. Tienes el día libre. No piensa organizar el funeral mientras su hija siga en peligro.

—¿Por qué está en peligro?

—Ni idea, no me dio más detalles. En cualquier caso, ha cancelado el discurso.

—Pero seguirá necesitando uno más adelante...

—¿Sabes qué? Apáñate tú con ella. De todas formas, solo usaste lo del discurso para volver a contactar conmigo, admítelo —se rio Nellie Wieselburger.

—Muy graciosa.

—Pero ahora puedes volver a llamarme cuando quieras. Un día podemos quedar y montar *El origen del mundo*.

Escher colgó y se dijo que, si leía unas cuantas páginas, a lo mejor podría volver a dormirse. Ala también había tenido una noche demasiado corta. Por primera vez en su vida, estaba sola en una habitación de hotel y no podía dormir. El libro era demasiado espeluznante. Había algo que no encajaba, como cuando uno mira a través de unos prismáticos, pero al revés. Le daba vértigo. No quería identificarse con aquella víctima. Lo único que la calmaba era pensar en Elias. Él tampoco era un profeta, por mucho que dijera la Biblia.

Echó un vistazo al móvil por si Carlotta había respondido a su mensaje. Ala le había escrito para decirle que el tren había llegado con retraso y que tenía que pasar la noche en Pompeya, pero, por la mañana, la prima de su padre seguía sin dar señales de vida. Ala trató de tranquilizarse y se dijo que aún era temprano. Carlotta tenía la misma edad que su padre, por lo que seguramente era una de esas frikis que pasaban días enteros desconectada y solo miraban los mensajes una vez al día, o ni eso. Lo único que no encajaba era que tuviera una cuenta en FAMILYTREE. Ala intentó encontrarle sentido al silencio de Carlotta. ¿Tal vez se había ofendido por culpa de su retraso? Le mandó otro mensaje y a continuación bajó al comedor a desayunar.

Los carcas le habían prometido que, si llegaba a tiempo al desayuno, podría acompañarlos a las excavaciones arqueológicas. Ala tenía pensado bajar a desayunar lo más tarde posible, pero de pronto se dijo que, después de todo, tampoco era tan mala idea visitar las ruinas. A lo mejor volvía a encontrarse con Elias. Seguro que su clase también iba a ver a los muertos.

Los carcas actuaban como si su presencia les produjera un placer inenarrable e incluso le pagaron la entrada, aunque Ala tenía dinero. El viejo estaba orgulloso de haber sabido comprarle la entrada por internet, desde la mesa del desayuno.

—*That's the way the cookie crumbles!* —exclamó, radiante, cuando recibió la confirmación.

La vieja se rio, como si su marido hubiera hecho una broma divertidísima.

Ala se juró a sí misma que nunca se convertiría en una persona así: morir joven era mucho mejor. Durante los días siguientes recordó a menudo haber pensado eso. Mejor morir joven que terminar así. El hecho de haber pensado eso sí que le resultaba espeluznante.

—¡Mira tú! Entradas en línea —dijo el viejo—. Antes me ponían de los nervios. No soy nativo digital. Pero me he aplicado y me he convertido en un *nerd* —añadió, sonriéndole a Ala con picardía.

—Por lo general deja que me encargue yo de esas cosas, excepto cuando hay alguna jovencita a la que impresionar —le contó la vieja con un guiño. ¡Eso ya era el colmo! Para Ala, no había nada más detestable que una vieja que contaba cosas sobre su marido con un guiño.

Mientras devoraba su desayuno, Ala cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no comía nada.

—También tienen huevos revueltos si te apetecen —dijo la mujer.

Ala negó con la cabeza y el anciano añadió:

—Debes de ser vegetariana, como nuestra sobrina...

—Son veganos —lo corrigió su mujer—. Los vegetarianos pueden comer huevos.

—De todos modos tenemos que irnos ya —repuso el anciano, con una mirada estresada a su reloj de pulsera amarillo. Por si acaso, Ala se llevó el libro, no fueran a intentar hablar con ella.

De camino a ver a los muertos, le flipó la muchedumbre de vivos que había allí. Imposible encontrar a Elias entre semejante multitud.

—¿Te han contado algo sobre Pompeya en el colegio? —le preguntó el viejo cuando llevaban ya medio año haciendo cola.

—Sí, claro —mintió ella.

—¿En Historia? ¿O en Historia del Arte?

—Sí —repitió Ala.

—También podría haber sido en Geografía —sugirió el anciano—. Las erupciones volcánicas se estudian en Geografía.

—O más bien en Geología —lo corrigió la mujer.

—Bueno, pero la Geología no es una asignatura independiente.

Cuando por fin estuvieron dentro, Ala se alejó de inmediato de los dos títeres. No veía a Elias por ninguna parte y no había rastro de su grupo. Tampoco había nuevos mensajes de Carlotta. No tenía sentido comprobarlo cada diez segundos, pero lo hizo de todos modos. No le quedaba otra que pasar la mañana allí y echar un vistazo.

Elias no se había equivocado con su profecía: de alguna manera, aquel lugar era espeluznante. Que todo el mundo hubiera muerto al mismo tiempo, esa coincidencia era realmente espeluznante. Sorprendidos mientras dormían. Ala estaba deseando poder contárselo todo a su amiga Selina Katharina. Toda esa gente se había ido a dormir y ya no se había despertado. Se habían dormido

pensando en un nuevo mosaico para el cuarto de baño y habían quedado sepultados por la lava mientras dormían. Porque el volcán, el Vesubio, había entrado en erupción. Antes llevaban una vida lujosa o, por lo menos, lo que en la época se consideraba lujosa. Los burgueses de la época. Por aquel entonces aún no estaba todo inventado, pero ya tenían algunas cosas. Mosaicos y baños y todo eso. Y esclavos. La madre de Selina Katharina siempre iba al centro de *wellness*. Y las madres de todas las demás también. Iban por los masajistas, aunque nunca habrían admitido que era por eso. Les gustaban los masajistas. Se llamaba adaptación. El *wellness* era lo más. ¡Asqueroso, eso era lo que era! Los masajistas y las madres de sus amigas, esa panda de insatisfechas.

Pero lo peor eran todos los guiris que había curioseando por ahí. Americanos, franceses, chinos, alemanes... El calor apestaba. A lo mejor, en el momento menos pensado estallaba un brote de peste. Justo en el mismo lugar donde había estallado el volcán, ahora estallaría la peste. Por culpa del hedor de los turistas. Eso sí sería una coincidencia espeluznante. Cada día el número de visitantes superaba el de muertos. El volcán había acabado con la vida de cinco mil personas. Supuestamente, porque ¿cómo podían saberlo con exactitud? Pero cada día acudían diez mil visitantes a Pompeya, explicó la guía a un grupo que la escuchaba. ¡El doble de visitantes que de muertos! Saber cuántas entradas se vendían al día era fácil, desde luego. Pero para los muertos no había entradas. Ni tampoco funerales, ni siquiera funerales masivos. Aunque hoy en día era mucho más fácil saber esas cosas. Gracias al ADN y todo eso, como en FAMILYTREE. «No soy nativo digital», menuda chorrada.

Ala estaba frente a un cadáver petrificado (se llamaba «Madre con hijo», pero ¿cómo sabían que era la madre? Podría haber sido la niñera) cuando vio a Elias a lo lejos. Lo llamó, pero solo se dio la

vuelta un puñado de idiotas y, cuando intentó seguirle, había tantos turistas que la multitud volvió a tragárselo enseguida.

Carlotta tampoco le había escrito, así que, para olvidarse de la locura que la rodeaba, Ala se sentó detrás de unos aseos, a la sombra, y se sumergió en su libro. Escher volvió a despertarse hacia el mediodía. Llamó a la viuda, pero no le contestó. Después de una eternidad en espera, logró hablar con la jefa de Elektro Janko, pero esta no pudo contarle nada que no le hubiera dicho ya Nellie Wieselburger. El funeral no tendría lugar hasta que la hija regresara.

Se duchó, se preparó un café, cogió la mochila y tomó el tranvía a casa de la viuda.

Uidh. Faltaba algo. Sentía un vacío. No entendía qué estaba pasando. ¿De qué iba todo aquello? La imagen no cuadraba. Le faltaba información. Tenía demasiada información. Un vacío infinito se abría bajo sus pies.

Llamó a la puerta del número 17. La viuda le abrió con lágrimas en los ojos.

—¿No le ha dicho nada su jefa? —lo saludó.

—¿Mi jefa?

—La señora Wieselburger, la profesora. La llamé para avisarla...

—Ah, sí, sí —dijo Escher—. Por eso estoy aquí.

Ella le miró con incredulidad.

—¿Y su hija?

—Se ha ido.

—¿Dónde está?

La mujer negó con la cabeza.

—Lo siento, ahora no puedo hablar con usted —respondió, pero se quedó en la puerta, como si tampoco quisiera echarlo.

Escher no sabía qué hacer y decidió esperar, incómodo.

—¿Usted tiene hijos?

—No —dijo Escher—. No tengo hijos. Nunca se ha dado, por desgracia...

No tenía por qué fingir. De todos modos, la viuda tampoco lo estaba escuchando; tenía la cabeza en otra parte.

—Últimamente había empezado a interesarse por nuestro pasado. De pronto se le despertó la curiosidad. Por nuestra historia, ya sabe...

Escher lo sabía, lo sabía demasiado bien. Pero no quería saberlo y no dejó que se le notara.

—Es la edad... —aventuró.

—Sí, es posible. La cuestión es que empezó a husmear en nuestras cosas. A mi marido le ponía de los nervios, pero ella no lo hacía con mala intención.

—Seguramente todo lo contrario —dijo Escher.

—Sí, solo tenía interés. Pero entonces puso la foto de su padre en internet, en uno de esos portales donde uno puede encontrar a sus antepasados.

—¿En FAMILYTREE? —preguntó Escher.

—¿Lo conoce?

Escher asintió.

—Cuando él lo descubrió, le pegó una bofetada, y ella se fue. Incluso puedo entenderla —dijo la viuda.

—No podía saber que...

—Que nunca volvería a verlo.

Escher tragó saliva y se alegró de que fuera ella quien pusiera fin a la conversación.

—No habrá funeral hasta que regrese —dijo, lo saludó con la cabeza y cerró la puerta.

Él se quedó mirando un momento el número 17 que tenía delante y luego bajó las escaleras. Andaba despistado y se pasó un

rellano, pero al darse cuenta de que se dirigía hacia el sótano en lugar de a la puerta principal, el pánico se apoderó de él. Si daba un paso más, quedaría atrapado en un remolino, condenado a bajar una escalera tras otra, eternamente, como en el rompecabezas que tantas veces había montado. Para salir de aquel estado, se sentó en el escalón y sacó el libro de la mochila.

Aquella multitud inquietaba a Ala. Cada vez había más vivos mezclándose con los muertos, cada vez había más candidatos sudorosos a contraer la peste haciendo cola ante los retretes, y la sombra, que ya había obligado a Ala a moverse varias veces, desapareció por completo. Tenía que escapar, irse a alguna parte. Se preguntó si realmente acababa de leer la palabra «FAMILYTREE» en el libro o si le había dado una insolación. A lo mejor la peste se había instalado ya en su cerebro. Por suerte, justo en ese momento le llegó un mensaje de Carlotta:

«Where are you?»

Tenía que regresar de inmediato al hotel. Los hermanos de Carlotta ya estaban allí, esperándola. Servicio de recogida. Un Renault blanco, justo delante de la puerta del hotel.

A los carcamales no les gustó que Ala se marchara con tanta prisa. No podía irse sin haber visto por lo menos lo más importante. ¡Por lo menos lo más importante!, exclamaban. ¿No quieres ver por lo menos lo más importante? Empezó a arrepentirse de haberse despedido. Al fin y al cabo, podría haberse largado sin más. Incluso les dio la mano. A pesar del riesgo de la peste. Y se marchó.

«My brothers are waiting in front of your hotel», le había escrito Carlotta Esposito.

Ala los vio desde lejos. Dos chicos, uno superguapo y el otro completamente empanado. La saludaron con una sonrisa radiante, por lo menos el más alto. Tenía una sonrisa muy bonita. El más

pequeño llevaba un palillo en la boca y tenía una sonrisa idiota que le pegaba muchísimo. Este le abrió la puerta del acompañante sin sacarse el palillo de la boca, indicándole que podía sentarse delante, que no tenía que ir detrás. Eso le gustó.

«But first I must get my bag from the hotel», les explicó.

Con un curioso movimiento de cabeza, el del palillo señaló el asiento trasero. Allí estaba su mochila.

—*But... how?* —tartamudeó Ala, confusa—. *It was in the hotel...*

El tipo se sacó por fin el palillo de la boca, lo sujetó entre el pulgar y el dedo corazón, y señaló al conductor con el índice libre.

—*This is Fabio. I am Corrado.*

Corrado no ofreció ninguna explicación sobre cómo se habían hecho con la mochila.

Seguramente con el truco del almendruco, se dijo Ala. Le hubiera gustado decirlo, pero no sabía traducirlo al inglés. Desde luego, *«the almond trick»* no sería. ¿Y en italiano? Ni idea. No se sentía del todo cómoda, pero si quería averiguar la verdad, no podía dejar que se le notara. Se sentó en el asiento del copiloto como si fuera la hija de un millonario de Malibú o una cantante de fama mundial, con Fabio como su chófer de buen rollo y Corrado como guardaespaldas. Antes que nada, tenía que educar a su personal para que usara un perfume menos apestoso.

En cuanto se pusieron en marcha, Carlotta le mandó un mensaje para preguntarle si todo iba bien. Ala le respondió con un pulgar hacia arriba, pero nada iba bien, ni mucho menos. El conductor la ponía de los nervios cuando le hablaba entre balbuceos en un inglés macarrónico, no tenía ganas de hablar con él. Ni ganas ni tiempo. Lo que quería hacer era averiguar qué pasaba con la bofetada del libro. De hecho, se habría abofeteado a sí misma por no haberle pedido el número a Elias. Le habría encantado preguntarle si el señor profeta

de la Biblia seguía pensando que todo aquello era espeluznante no, lo siguiente. El número 17 y Gabi solo eran el principio. ¡Ahora también estaban lo del FAMILYTREE y la bofetada! Aunque leer en el coche la mareaba, decidió ignorar a Fabio y abrió el libro.

Al bajar la basura, la viuda, Gabi, se encontró con Escher en los escalones del sótano.

—¿Está bien? —le preguntó ella, sobresaltada, y lo invitó a entrar en su piso.

Le indicó que se sentara en el sofá y sirvió sendas tazas de té. Escher rechazó el azucarillo y, mientras pensaba que nunca había tomado un té tan fuerte, ella empezó a hablar, acompañando sus palabras con el tintineo de su cucharilla al revolver:

—Puso un anuncio en el portal ese y encontró a los parientes de mi marido. ¡En Calabria!

Escher decidió echarse un poco de azúcar para no tener un ataque allí mismo.

—No podía saber que su padre estaba en el programa de protección de testigos. De hecho, yo tampoco lo sabía. Siempre pensé que la única que estaba en el programa era yo. Pero ¡resulta que él también lo estaba! La cuestión es que no puede hablar de ello...

—¿Y todo salió a luz a través de su hija? ¿Se lo contó ella?

—No, ella no dijo nada. Simplemente desapareció, y ya. Se marchó después de lo de la bofetada.

—¿A visitar a sus parientes?

Gabi se rio amargamente.

—Suena muy bien, ¿verdad? Una visita a los parientes... Pero no son parientes normales. ¡A lo mejor ni son parientes! O tal vez lo que ocurre es que en esos pueblos están todos emparentados, yo qué sé. En todo caso, son las personas de las que huyó mi marido,

las mismas personas por las que se metió en el programa de protección de testigos. Y entonces recibió una llamada: tenían a nuestra hija. Había ido a visitarlos y ellos la habían encerrado.

—¿Cuándo fue eso?

—Lo llamaron la noche antes de su muerte. Nuestra hija se puso al teléfono y se echó a llorar. Mi marido habló un momento con ella, pero alguien debió de quitarle el teléfono. Entonces mi marido empezó a hablar en un idioma que nunca había oído antes. No era el italiano normal, el que conocemos por las canciones o las películas.

—¿Un dialecto?

—Seguramente. Un dialecto horrible. Como después de una operación dental con la boca anestesiada, así es como sonaba. A la mañana siguiente, mi marido estaba hecho polvo, pero se fue a trabajar. Y ya no volvió.

—¿Y usted no sabía que estaba en el programa de protección de testigos?

—¡Claro que no! No me lo dijo hasta después de la llamada.

—Debió de ser un momento terrible.

—Lo terrible fue verle marcharse a trabajar tan abatido. ¿No notó nada?

—¿Yo? —preguntó Escher, perplejo.

—Sí, cuando llegó a su casa. ¿No notó nada? Debía de estar destrozado.

—Me pareció muy tranquilo, pero es que tampoco sabía cómo es normalmente.

Cómo era, pensó, pero no se corrigió.

—Usted no podía saber que el electricista acababa de recibir una llamada de los secuestradores de su hija...

Escher se encontraba ante un dilema imposible. Después de matar a su marido por accidente, ahora la viuda le proporcionaba la

coartada perfecta. Por primera vez estaba a punto de confesar. «En realidad no fue un accidente», quería decirle. Aunque era probable que, en ese momento en que solo temía por su hija, a la viuda no le importara en absoluto.

—A veces pienso que lo hizo a propósito —dijo Gabi—. Para evitarle a nuestra hija las repercusiones de la *vendetta*. Si él está muerto, ya la pueden soltar...

Escher casi tuvo que reírse. ¿Significaba eso que, al conectar los plomos, posiblemente le había salvado la vida a la hija?

—Pero no ha sido así —siguió diciendo la viuda—. Aún no la han soltado.

Escher preguntó si podía usar el baño; necesitaba estar a solas un momento. Cerró la puerta y se sentó en el borde de la bañera. El cuarto de baño del electricista era mucho más bonito que el suyo. Los diminutos azulejos de las paredes desprendían un brillo mágico. El suelo era de terrazo auténtico. La mujer debería haber sabido enseguida que su marido era italiano, pensó Escher malhumorado. Aunque no había usado el retrete, tiró de la cadena y se lavó las manos. Hizo un esfuerzo consciente por no mirar sus propios ojos en el espejo del cuarto de baño del electricista y se dio cuenta de que sus manos se parecían a las del rompecabezas de *Poncio Pilatos lavándose las manos*.

—¿Y no supo que su marido estaba en protección de testigos hasta la llamada? —preguntó cuando volvió al salón.

—Sí, estuvimos despiertos toda la noche y me lo contó todo, la historia al completo, con todos los Lucianos, los Tonis y los Ginos. Al final me daba vueltas la cabeza —se rio la viuda—. Pero ahora mismo no puedo contarle nada más. Estoy agotada.

Escher se alegró de que la viuda le pidiera que la dejara tranquila. Antes de marcharse, se limitó a preguntarle:

—¿Y llegó a contarle que usted, en realidad, también se llama de otra manera?

—No. Quería hacerlo, pero era demasiado, todo a la vez. Decidí dejarlo para el día siguiente. Pero el día siguiente nunca llegó.

Escher se marchó a toda prisa a su casa para averiguar qué pasaba en el libro con todos los Lucianos, los Tonis y los Ginos.

Ala estaba mareada de leer en el coche y le pidió a Fabio que parara un momento. Este fingió no oírla, pero Corrado le tendió una botella de agua desde el asiento trasero. ¡Como si eso sirviera de algo! Le escribió a Carlotta para quejarse de que no la dejaban salir del coche, y esta le contestó al instante: no debía tomárselo a mal, ya casi habían llegado.

«Arriviamo subito.»

Ala entendió el *«subito»* y se tranquilizó un poco. No se preguntó por qué de pronto la respuesta estaba en italiano, aunque más tarde se lo reprocharía una y otra vez. No se dio cuenta de que era Corrado quien recibía sus mensajes y le respondía desde el asiento de atrás. ¿Cómo podía ser tan tonta? No se le había ocurrido que sus mensajes pudieran terminar en el móvil de Corrado. Como tampoco se le ocurrió que el agua que le había dado era el motivo de su repentina fatiga. La música era cada vez más lenta. A un túnel le seguía el siguiente. Se fijó, fascinada, en el patrón que describían los puntos de luz y se preguntó...

En un primer momento, cuando llegaron, no habría sabido decir cuánto tiempo había pasado durmiendo. Y luego tampoco. No sabía qué hora era, porque le habían quitado el móvil. Corrado la agarró del brazo con tanta brusquedad que se le escapó un grito, y la llevó hasta el edificio de hormigón más feo que había visto en su vida. El ascensor apestaba a humo de cigarrillo y a pis. Estaba sucio de arriba abajo: dibujos soeces, nombres y palabras incomprensibles. El

ascensor subía con un estrepitoso traqueteo metálico. Ala temía que se quedara atascado, o incluso que se desplomara. Aunque mejor desplomarse que quedarse allí encerrada con Corrado. Al llegar arriba del todo, la cabina se detuvo con una sacudida tal que realmente pareció que se hubiera desplomado. Corrado la sacó a rastras, abrió una de las puertas y la empujó al interior del piso.

Era el mismo cuchitril destartalado con las ventanas tapiadas en el que seguía estando ahora. «Ahora» era tres días después de que la encerraran ahí dentro. O tal vez cuatro. En todo caso, se había dormido varias veces y se había despertado otras tantas. Aunque también era cierto que había dormido durante el día y había estado despierta durante la noche. A veces le pasaban algo de comida. Y botellas de agua. Si las golpeaba entre sí, hacían ruido. Si las lanzaba contra la pared, no parecía importarle a nadie. A lo mejor habían pasado tres semanas. Ni idea.

Solo había visto casas de mala muerte como aquella en las películas. Era el típico piso de yonquis. Fuera se veían bloques de pisos y almacenes, todos ellos abandonados, y también la autopista. Habría querido que el puente de la autopista se derrumbara, como había visto una vez por la tele, pero los coches seguían circulando sin descanso. Daba igual, ya no se asomaba nunca. Se pasaba el día mirando el techo. Quería morir por haber traicionado a su padre. Ahora se daba cuenta de que había estado ocultando su pasado con toda la razón del mundo. Y de que ella era la imbécil que lo había mandado todo a la mierda. Si gritaba, no había reacción. ¿La oirían? ¿Qué querría esa gente de ella? ¿Qué hora era? ¿Qué día de la semana? ¿Y del mes?

¿Cómo iba a saberlo sin un móvil? Por lo menos le habían dejado el libro. Al principio no entendía nada de lo que leía, pero una siempre podía releer la misma frase varias veces. Una siempre podía

releer la misma frase varias veces. Al final logró entrar de nuevo en el texto y siguió leyendo. Los discursos fúnebres tenían su rollo, era como si el tal Escher los hubiera escrito para ella. Sus panegíricos te atrapaban y daba la sensación de que el difunto aún tenía toda la vida por delante. Tenía la capacidad de retroceder en el tiempo, como si, para él, con el funeral empezara todo. Espeluznante.

A Ala no le sorprendió que el discurso en el que estaba trabajando en aquel momento le diera quebraderos de cabeza: el muerto había perdido la vida por su culpa. Pero Escher no podía hablar de ello. Por si no tuviera ya bastante con lo suyo, en ese instante sonó el timbre de la puerta. Se había olvidado de apagarlo. Aunque le encantaba silenciarlo, lo había dejado encendido. Fue hasta el interfono y en la pantalla vio la cabeza de Nellie Wieselburger, que se presentaba sin avisar. Escher no sabía si dejarla entrar o no.

«Abre ya», decían sus ojos, mientras ella estiraba el cuello y pegaba el rostro a la cámara. Incluso en la imagen de la pantalla, era difícil no fijarse en aquellos ojos tan separados. Tal vez por eso a Escher se le cruzaron los cables del cerebro y, en vez de pulsar el botón de silencio, sus dedos rechazaron la orden, se rebelaron y pulsaron el botón azul que abría la puerta. Para guardar las apariencias, Escher no dijo «adelante», ni una palabra de reconocimiento, ni un saludo. Al fin y al cabo, habría sido extraño que, después de tantos días ignorando sus llamadas, ahora se pusiera a hablar con ella por el interfono.

Además, al cabo de unos segundos la tenía delante. Cuando Nellie Wieselburger tenía prisa, el ascensor no tardaba en llegar.

—Siento presentarme así, por sorpresa —le dijo a modo de saludo—. Pero es que no contestas al teléfono.

—Cuando estoy trabajando siempre pongo el móvil en silencio —afirmó Escher—. Y luego se me olvida reactivar el sonido.

—Sí, sí. Solo quería traerte a san Juan de una vez —dijo ella, entregándole la caja con el rompecabezas.

—Tampoco es que corriera prisa...

Escher se sintió orgulloso de aquel golpe bajo que se le había ocurrido de forma tan oportuna. Aunque era cierto que aquella devolución resultaba algo sorprendente, sobre todo teniendo en cuenta que había retenido al san Juan decapitado durante más de veinte años.

—A lo mejor te debo también los intereses. Ahora son mil cien piezas —bromeó Nellie—. Ya lo verás, cuéntalas.

—*Bromitas en el recibidor* —dijo Escher, tratando en vano de neutralizar la broma con la que ella había contrarrestado la suya—. Eso también podría ser el título de un cuadro.

—Bueno, a lo mejor uno de Dix.

—¿Quién es Diggs?

—Dix. Otto Dix.

—Ah. Bueno, pasa.

—Vale, tengo que irme enseguida.

—Pero un cafecito rápido sí te puedes tomar, ¿no?

Ella puso los ojos en blanco e hizo un gesto teatral con las manos, como si siguiera pensando en el hilarante cuadro *Bromitas en el recibidor*.

—Casi no te reconozco en la cámara del portero automático.

—¿Me estabas observando por el portero?

—Bueno, observando tampoco. Pero las imágenes de la cámara salen todas comprimidas. A lo mejor puedes añadirlo a tu disertación. Como un anexo. «El corte y el escorzo.»

—El escorzo —dijo Nellie en tono burlón—. Eso tiene que ver con la perspectiva. ¡Y la perspectiva a mí no me interesa un... —se agachó para quitarse las botas, tan estrechas que Escher se preguntó cómo se habría metido en ellas— cuerno! El corte es lo contrario a la perspectiva. La perspectiva es un truco; el corte es real.

Mientras tomaban el café, él intentó persuadirla una vez más de que, si no hablaba de perspectiva, su tesis se quedaría a medio camino, pero ella se limitó a dejarlo hablar. Al final, al ver que no se daba por aludido, zanjó la cuestión con una sola palabra:

—Escher.

Nada más, solo «Escher». Sin ningún énfasis especial, de modo que significara algo así como «Escher, no te callas ni debajo del agua».

Para ayudarlo a recuperarse del golpe, le propuso un nuevo tema:

—¿Sabes qué? Una vez monté tu *Decapitación*.

—¿Mi decapitación?

—Bueno, la de san Juan. ¿Y sabes qué? Se me ocurrió que la clave en la decapitación no es la cabeza cortada, sino la reconstrucción.

—Bueno, esa suele ser la clave de los rompecabezas, sí...

—¡No me refiero al rompecabezas! ¿No lo entiendes? Una decapitación abre la puerta a la reconstrucción. Es posible interpretar la imagen al revés, como si, en vez de cortar la cabeza, la estuvieran volviendo a pegar. Como si revirtieran la muerte, ¿me sigues?

—Interesante —dijo Escher, en el sentido de «qué interesante que te parezca interesante algo tan poco interesante».

—Sí, superinteresante —se rio Nellie, ansiosa—. ¡Por eso he cambiado de tema! Y se me ocurrió gracias a tu decapitación. La miras y tienes la sensación de que puedes volver a montar la cabeza, ¿entiendes?

Lo que no entendía era por qué se lo explicaba todo siempre dos veces, pero se limitó a asentir con la cabeza —que seguía instalada en lo alto de su cuello— y la dejó que siguiera hablando:

—¡Como un trasplante! ¿Y sabes por qué decapitaron precisamente a san Juan Bautista?

—Bueno, por lo de la mujer de Herodes.

—Bah, eso son chorradas infantiles. ¡Por el cristianismo! ¡Porque la doctrina cristiana dividió la cabeza del cuerpo, Escher! Esa es mi tesis. La «tesis Nellie Wieselburger». El cristianismo ha separado la cabeza del cuerpo, saborea bien esta idea. Todo el mundo lo sabe, por supuesto, pero tu maldito rompecabezas hizo que me diera cuenta por primera vez de forma explícita. Y los pintores quieren volver a colocar la cabeza en su sitio, restablecer la conexión entre cuerpo y mente. ¡Como un electricista!

—¿Un electricista? —repitió Escher, al que casi le dio un ataque.

—¡Sí, de pronto lo veo claro! Montar el rompecabezas de una decapitación es como pasar una película al revés.

—En cualquier caso, me parece genial que hayas incorporado esa idea en tu disertación —dijo Escher, volviendo la cabeza hacia la estantería de los rompecabezas. Estaba deseando que la histérica de Nellie se largara de una vez para empezar uno nuevo.

—Tú también deberías empezar algo —dijo Nellie—. ¿O quieres seguir para siempre...?

Nellie se detuvo a mitad de la frase.

—¿Qué pasa? —preguntó Escher, al que no le gustaba nada esa mirada.

—Mira hacia allá un momento.

—¿Por qué?

—Solo hazlo. Gírate de lado otra vez. —Nellie alargó el brazo y le tocó la frente con la mano—. Y ahora echa la cabeza hacia atrás. ¡Así, no te muevas!

Entonces se levantó y le estudió desde todos los ángulos.

—¿Qué está pasando?

—Un momento, casi lo tengo —dijo, y sacó el móvil del bolso—. Date la vuelta. No, así no: de espaldas a la mesa. Y ahora apoya la nuca en el tablero. Así, como si te estuvieran lavando el pelo en la peluquería.

Nellie se levantó de un salto, volcó los plátanos pasados del frutero de Escher y le sujetó el cuenco plateado detrás de la cabeza.

—¡Increíble! ¡No te muevas!

Abrió el grifo y le humedeció los rizos, de tal modo que el pelo le quedaba más largo y colgaba dentro del cuenco plateado.

—Extraordinario —se maravilló Nellie, y le hizo unas cuantas fotos con el móvil—. ¿Te has dado cuenta alguna vez del gran parecido que tienes con la cabeza de san Juan de Gian Francesco de Maineri?

—Muy gracioso —dijo Escher, que se sentó, molesto.

—Lo digo en serio —insistió ella, y subió la foto a una aplicación con la que le pintó de rojo el cuello ensangrentado—. ¡Siempre supe que me recordabas a alguien! —añadió, encantada. Le mostró primero su propia foto y luego el cuadro, que consistía tan solo en la cabeza cortada dentro de un frutero de plata—. Y de pronto lo he visto. ¡Eres tú!

—Estás loca —le espetó Escher, tratando de disimular que se había sentido halagado.

—¿No tienes un rompecabezas del cuadro?

—¿Crees que tengo todos los cuadros?

—¿Tienes todos los demás menos este, precisamente? —replicó Nellie, incrédula, y le mandó la foto del móvil. Luego volvió a acariciarle el pelo mojado que le caía sobre el cuello: seguía fascinada por su parecido con el personaje decapitado. El agua le caía por el cuello, pero la sensación de los dedos de ella acariciándole el pelo era bastante placentera, por lo que no se movió. Y justo cuando ya se había acostumbrado a la sensación del agua en la espalda y esperaba que ella siguiera pasándole los dedos por el pelo, Nellie se detuvo en seco y se despidió.

Cuando se fue aquella perturbada, Escher sacó el rompecabezas del estante. Le había mentido: por supuesto que tenía *La cabeza de san Juan Bautista* de Maineri. Escher se quedó mirando el cuadro. Nunca se había fijado en el parecido, pero Nellie no andaba del todo equivocada. Sin embargo, decidió que volvería a romper el contacto con ella. Estaba demasiado loca para él y, en esos casos, tener el cuello más hermoso y los dedos más suaves no servía de nada.

Le habría gustado montar a su doble decapitado, pero sabía que necesitaba hacer otra cosa y rápido. De la visita de Nellie solo quedaba aquella palabra pronunciada a la ligera: *electricista*. Estaba preocupado por Ala. El libro seguía ahí y, como a Escher no lo había decapitado nadie, tuvo que continuar leyendo.

Cuando Corrado le llevaba la comida, no llamaba al timbre, pero tampoco entraba sin más. Como un cromañón, golpeaba la puerta con algún objeto desagradable, como si siempre se acordara demasiado tarde de que las puertas se abrían con llave. Al cabo de un momento, estaba dentro.

Ala se dio cuenta de que, al ver que ella no comía, se ponía nervioso. A lo mejor era una buena señal. Incluso intentaba convencerla. Solo tenía que aguantar unos días. Pronto sería libre.

—*You stink* —le dijo Ala sin dignarse a mirarlo siquiera.

—*Eat! Or you are dead, when the money is here.*

—*How much?* —preguntó Ala.

—*Three million.*

—*We have no money* —repuso Ala.

Aunque ella no tocaba la comida, Corrado le traía un cuenco nuevo todos los días y se llevaba el viejo. Su tía Madrisa lo había preparado especialmente para ella, le dijo. Y, si Ala no comía, se iba a ofender.

Ala no le respondió, ignoró la comida que le había llevado y esperó a que desapareciera con el cuenco lleno del día anterior. Cuanto menos comía, menos probabilidades tenía de leer. Además, en el libro había cosas que no quería saber. El tal Escher y la tal Wieselburger le daban igual, pero no quería saber nada del electricista muerto. Y, si no comía, pronto ya no podría leer más. Las letras habían empezado a volverse borrosas ante sus ojos, aunque si bebía unos sorbos de agua y se fijaba en la página el tiempo suficiente, volvían a juntarse.

En ese preciso instante, el brutal timbre de teléfono arrancó a Escher del libro.

—Tendrá que disculparme por haberlo avasallado con mi historia —dijo la viuda.

—No tiene por qué...

—Pero es que estoy muy alterada. Necesito hablar con alguien.

—Puede contarme todo lo que quiera, yo no voy a decir nada.

—Me da miedo hablar por teléfono. ¿Podríamos volver a vernos, tal vez?

—Sí, desde luego.

—Pero ¡no puede hablar de esto con nadie! —le espetó la viuda —. ¡Bajo ningún concepto!

—Por supuesto que no. Si le parece bien, salgo ahora mismo.

Cogió un taxi de inmediato, pero eso resultó ser un error. Debería haberle dado más tiempo a la viuda, a la que encontró tan alterada que Escher ni siquiera se acordó de las dos tartas Linzer que había comprado en la panadería que estaba junto a la parada de taxis. Ella le ofreció una taza de té, pero tardó media hora en prepararlo. Estaba tan concentrada contando su historia que no se dio cuenta de que el agua hacía ya tiempo que había hervido, y se le enfrió de nuevo en la tetera. Con el colador de té en la mano, dijo:

—Cuando recibí la noticia de la muerte de mi marido, por un momento pensé que tal vez usted...

Escher la miró expectante, pero la viuda no dijo nada más.

—¿Qué pensó?

—Disculpe, no se lo tome como algo personal. Ya sé que no es verdad. Pero el accidente ocurrió inmediatamente después de la primera llamada de los secuestradores. Bueno, al día siguiente. Y, por un momento, pensé que a lo mejor usted...

—¿Que a lo mejor yo qué?

—Que también formaba parte.

—¿Parte de qué?

—Pues...

—¿De la mafia? —preguntó Escher, desconcertado—. ¿Pensó que lo había matado?

—Por encargo de ellos, sí.

—¿Yo?

—Por *vendetta*.

—No sé qué decir, la verdad...

—Ya, lo siento. Pero solo fue un pensamiento. Me encontraba en estado de shock. Si le soy sincera, la idea me dio esperanzas. Pensé que, si lo habían matado sus parientes, liberarían a nuestra hija.

Que, en la mente enferma de esa gente, el trabajo ya estaría hecho. Ya tendrían su venganza de sangre.

—Entiendo.

—No, no entiende nada —le espetó la viuda—. Y yo tampoco. Siguen sin soltar a nuestra hija aunque mi marido esté muerto.

—¿Es posible que no sepan que su marido está muerto?

—¡Pues claro que lo saben! —exclamó ella—. Me llamaron.

—¿La llamaron?

—Pues claro —respondió la viuda con la amarga prepotencia de los condenados.

—¿Y ni así se han dado por satisfechos? ¿Ni sabiendo que su marido está muerto?

—Bueno, tampoco es que sigan unas normas concretas. Ahora piden un rescate para liberarla.

—¿Cuánto?

A Escher le parecía bien cualquier cantidad que no fuera tres millones.

La viuda rio con amargura.

—Demasiado.

—¿No quiere ir a la policía?

—Si lo hago, mi hija está muerta.

Escher fingió una reacción natural cuando la viuda le contó lo que él ya sabía desde hacía tiempo: que tenían a Ala encerrada en un bloque de pisos abandonado; que no tocaba la comida y se moría de hambre; que el rescate era inasequible.

Escher no dijo «tres millones». No dijo nada, simplemente dejó que la viuda contara su historia. A lo mejor le sentaba bien.

La viuda le había dicho al secuestrador que como, al fin y al cabo, su marido estaba muerto, ya no había ningún motivo para una venganza de sangre. Pero este le había respondido que ya no se

trataba de una venganza de sangre: la sangre había quedado expiada, lo que querían ahora era un reembolso por los gastos incurridos. Encontrar al traidor les había costado mucho dinero durante las últimas dos décadas, y querían recuperarlo.

—¡Un reembolso por los gastos! ¡Me exigen un reembolso para liberar a nuestra hija!

—¿Cuánto? —insistió Escher, con la esperanza infantil de que la mujer dijera otra cantidad, la que fuera.

—¿Por qué le interesa tanto saberlo? —preguntó la viuda—. ¡Nadie tiene tres millones de euros!

Escher sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies, como si se le hubieran dormido las piernas de golpe.

—*Three million* —dijo la viuda imitando el tono de Corrado—. *Three million*. Es lo único que sabe decir.

Escher se aclaró la garganta.

—A lo mejor podría hacer un *crowdfunding* —propuso, arrastrando frenéticamente los pies por el parqué, ansioso por volver a notar el suelo.

—Un *crowdfunding*... —repitió la viuda con tono desdeñoso—. ¿De verdad cree que uno puede montar un *crowdfunding* sin que se entere la policía?

Aunque sabía que tenía razón, le molestó que descartara su idea de esa manera. Entonces se sentaron un rato a la mesa sin decir nada. El silencio les sentó bien.

—¡Al final no he preparado el té! —exclamó la viuda, sobresaltada.

Por suerte, no insistió en remediar su error, así que Escher se despidió lo más rápido posible y se marchó.

Volvió a casa a pie y se comió las dos tartas Linzer por el camino sin detenerse siquiera. Su cerebro ansiaba azúcar al tiempo que

buscaba la forma de reunir el dinero: le parecía una buena oportunidad de reducir su deuda por la muerte del electricista. Quería aportar al menos su granito de arena al rescate. No tenía ahorros, pero se dijo que no necesitaba la pequeña pensión que tal vez le había quedado de sus acciones. De todas formas, tampoco tenía planes de envejecer demasiado. Los discursos más difíciles eran siempre los de las personas que morían realmente ancianas, porque los hijos eran demasiado mayores para interpretar el papel de dolientes.

En cuanto llegó a casa, llamó al banco para averiguar cuánto dinero quedaba de las antiguas acciones, pero lo pusieron en espera. Para tal cosa, pulse 1; para tal otra, pulse 2; para la de más allá, pulse 3.

—Si quiere pegarse un tiro, apriete el gatillo —murmuró Escher, mientras pulsaba uno de los botones.

Fue saltando de un punto a otro del bucle sin llegar a hablar con ningún ser humano. Iba superando niveles del juego, pero ni así cambiaba la música. Bajó el volumen del móvil hasta que apenas lo oía y dejó correr el mensaje pregrabado mientras trataba de meterse otra vez en el libro.

Ala se preguntó dónde estaba Corrado. ¿Habría desistido porque, de todas formas, ella no tocaba la comida? Aunque también era posible que no hubiera pasado ni una sola noche desde su última visita; seguramente se había quedado dormida sobre el libro. ¿Por qué, si no, se habría despertado con la cara encima de una página, con las letras, enormes, justo delante de los ojos? Aunque desde esa posición las viera al revés, su significado no cambiaba: alA.

Escher se sobresaltó, alarmado por los sonidos que de pronto salían de su teléfono. Una voz femenina lo saludó con amabilidad y le preguntó qué podía hacer por él.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Escher en un tono exageradamente formal, en un intento por no pagar su frustración con aquella desconocida—. ¡Me parece fascinante que uno pueda aún hablar con otra persona por teléfono!

—¿Lleva mucho tiempo esperando?

—Me ha dado tiempo a leerme dos libros —bromeó Escher.

—Lo siento.

La mujer era tan amable que Escher se preguntó si, después de todo, no se trataría de una inteligencia artificial. Pero prefirió creer que se trataba de un ser humano, por lo que dijo, conciliador:

—De todos modos, tenemos una idea equivocada del tiempo. Nuestra concepción es demasiado lineal. Creemos que va en una única dirección, pero en realidad es un bucle.

—Bueno, en ese caso, a lo mejor puedo devolverle el tiempo perdido —dijo la operadora, demostrando con su jovialidad que no había entendido nada. A Escher, aquella amabilidad fuera de lugar le pareció un indicio claro de que la voz pertenecía a una persona—. ¿En qué puedo ayudarle, señor Escher?

Al parecer, sabía quién era solo a partir del número de teléfono.

—Hace muchos años compré unas acciones —explicó este, preguntándose si no existiría tal vez un término más técnico, más profesional— y me interesaría saber cómo están. Cayeron en picado justo después de que las comprara, pero a lo mejor se han recuperado un poco...

—Puede comprobarlo fácilmente desde la app —dijo la amable mujer.

—En mi caso no —repuso Escher—. Las acciones se remontan a la época anterior al *e-banking*. —Se cabreó consigo mismo por haber dicho *e-banking*. Menudo palabro. Intentó corregirse, pero el resultado fue aún peor—: Las acciones y su propietario se remontan

a una época pretérita —continuó, haciendo una pausa algo ceremoniosa—, en la que la banca aún funcionaba a base de papel y contraseñas.

—Ya veo —dijo la mujer con incredulidad—. Bueno, en ese caso tal vez pueda decirme su número de cuenta y su contraseña.

Escher se preguntó cómo era posible que supiera su nombre, pero que en cambio le pidiera el número de cuenta.

—Por desgracia he olvidado la contraseña. Han pasado más de veinte años...

—Ay, mal asunto —se rio ella—. Pero le puedo decir que tiene una contraseña muy peculiar.

—No tengo ni idea.

—¿Me permite una pista mnemotécnica? Tiene que ver con un cuadro...

—¿Un cuadro?

A Escher no le venía nada. Era imposible que la contraseña siguiera en su cerebro.

—Sí, a ver... —reflexionó la operadora—. Hoy en día la gente se hace selfis, pero en el pasado los pintores hacían...

—¿Autorretrato?

—¡Sí, muy bien! Esa es la primera parte. Y ahora la segunda parte.

—*¡Autorretrato en un espejo convexo!*

—¡Bingo! ¡Madre mía, ya me gustaría a mí tener su memoria! —lo halagó la operadora—. Pues sí que es una contraseña poco habitual, señor Escher.

Este la oyó teclear frenéticamente. A lo mejor eran interferencias fruto de la mala conexión; o a lo mejor lo había silenciado del todo y lo que oía era tan solo el crepitar de la línea.

—¿Sigue ahí? —preguntó Escher.

—Sí, sí. Un poco de paciencia, por favor, señor Escher.

De pronto había pasado de educada a lacónica.

—Repítame su dirección, señor Escher.

Este se preguntó qué información tendría ella sobre él y qué datos le faltarían. ¿Se estaba asegurando de que fuera realmente él, o era tan solo una pantomima de cara a las normas de protección de datos? Escher decidió tomarse la revancha ante aquel espectáculo y deletreó vocalizando mucho el nombre de la calle, aunque en realidad no tenía ningún secreto:

Rudolf

Emil

Berta

Heinrich

Anton

Noruega

Nathan

Gustav

Anton

Siegfried

Siegfried

Emil

—Uy, tenemos dos enes.

—Sí, se escribe con dos enes. Seguramente sea un nombre propio...

—¿Y sin hache?

—Con una hache.

—Y la fecha de nacimiento.

Escher le contestó todo lo que quería saber.

—Aquí consta otro número de teléfono —dijo con suspicacia—. Un fijo.

—Sí, antes la gente tenía números fijos.

La telefonista estuvo en silencio un momento y finalmente dijo:

—No puedo satisfacer su consulta por teléfono.

—¿«Satisfacer»?

—Me temo que tendrá que venir a una sucursal. Si quiere, puedo darle una cita con un asesor mañana.

—Preferiría que fuera hoy...

—¿Hoy? Me temo que...

Lo puso otra vez en espera, pero cuando Escher ya creía que le había colgado, volvió a hablarle. Le había conseguido una cita para esa tarde.

—Asegúrese de traer el carné de identidad.

—¿El de conducir sirve?

—Mejor el de identidad; el de conducir siempre da problemas. O el pasaporte. ¿Puedo hacer algo más por usted?

Escher se despidió con tono afable. Se alegraba de que la cita le dejara un poco de tiempo para seguir leyendo.

La última comida que le había llevado Corrado había empezado ya a pasarse y a apestar. ¿En serio había dejado de ir a verla solo porque había ignorado sus platos? A lo mejor simplemente se había olvidado de ella.

A lo mejor se había puesto enfermo.

A lo mejor le habían disparado y ahora nadie sabía dónde estaba Ala.

A lo mejor no habían recibido el dinero.

O a lo mejor lo habían recibido, pero habían decidido dejar que Ala se pudriera, porque liberarla era demasiado inconveniente o peligroso. Al fin y al cabo, le había visto la cara. Ala sabía por las películas que siempre era mala señal cuando un rehén le veía la cara a su secuestrador. Y también había visto al conductor.

La ventaja del hambre era que dejaba de importarte lo demás. Incluso el miedo que llevabas dentro se moría de hambre.

Ala apartó el papel de plata del cuenco de porcelana y se fijó en el moho. Era realmente bonito, mucho más bonito que lo que se veía por la ventana. La visión de la comida cubierta de moho la hizo llorar. No estaba bien desperdiciar comida, de modo que metió la mano y untó los cristales de la ventana de moho. Así, por lo menos, la comida desperdiciada aún serviría para algo. Embadurnó el cristal con una seriedad y una concentración propias de una pintora. Eso estaba mucho mejor, le daba un toque especial al piso. Ala no entendía cómo no se le había ocurrido antes. Untó también el espejo del baño, pero como no lograba cegarlo por completo, estrelló el cuenco vacío contra él. Le sorprendió la facilidad con la que se rompió.

Tuvo que resistirse a la tentación de seguir leyendo el libro. No quería saber qué pasaba a continuación. Por si acaso, arrancó las páginas que no había leído para tirarlas por el retrete. Pero coger el libro fue un error.

Escher entró en la sucursal bancaria donde tenía la cita. La recepcionista le indicó un mostrador donde una mujer muy delgada, con una pinza en la nuca que parecía una araña gigante, miraba fijamente la pantalla de su ordenador. No era descartable, se dijo Escher, que la araña la obligara a estarse ahí sentada para cumplir con su trabajo.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Escher? —le preguntó esta, muy seria, con los ojos aún fijos en la pantalla, donde estaba ocupada con otra tarea.

Escher descifró a duras penas las letras de la placa con su nombre, que parecía demasiado pesada para el fino tejido de su chaqueta: Karoline Nechvatal. Para Escher, tener que llevar una

placa con tu nombre era lo peor que te podía pasar en la vida. Cuando por fin la señora Nechvatal lo miró, Escher le explicó lo mismo que le había explicado a la telefonista hacía tres horas. Le mostró su pasaporte y el papel que treinta años atrás había recibido a cambio de sus acciones. Ella le echó un vistazo y tecleó algo.

—Muuuy bien —dijo Karoline Nechvatal, que pulsó un botón del ratón, tecleó, volvió a mover el ratón y miró una vez más a Escher—. ¿Y qué quiere hacer exactamente con sus títulos? —preguntó Karoline Nechvatal.

—Nada, solo quiero saber cuánto valen aproximadamente las acciones.

—Muuuy bien —repitió la señora Nechvatal, tecleando y haciendo clic mientras se abría paso a través del sistema.

A Escher le dio la impresión de que este le daba problemas, como si lo hubieran cambiado hacía poco y ella aún no se hubiera familiarizado con él. A lo mejor le costaba seguir el vertiginoso ritmo con el que todo parecía estar cambiando. Escher lo entendía: hacía ya tiempo que él mismo había perdido también el interés por las actualizaciones, las aplicaciones y los números PIN. Le habría gustado hacer un donativo a alguna organización terrorista que destruyera internet, pero lo más probable era que tuvieras que saber moverte por la red para encontrar a la gente adecuada.

—Muuuy bien, lo tendremos en un minutito. Hemos estado digitalizando... —empezó a decir, pero no terminó la frase, se limitó a fruncir el ceño y siguió tecleando. Entonces apartó la vista de la pantalla y miró fijamente a Escher como si este fuera un atracador que le acabara de pasar una nota donde decía: «Sigue sonriendo y pásame el dinero»—. Voy a buscar a otro compañero que se encarga de estas cosas —dijo por fin, apartó la silla giratoria y se levantó—. Él le dará toda la información necesaria.

La mujer atravesó una discreta puerta, repiqueteando con unos tacones altos en los que Escher no había reparado. Alguien le había dicho que los empleados de banca recibían una asignación extra para comprarse ropa. ¿Quizá la cobraran en vales para determinadas tiendas y por eso todos vestían igual?

Al cabo de un rato, la mujer regresó con un hombre muy alto, vestido con un traje que le quedaba fatal. Seguramente no le resultaba fácil encontrar algo de su talla. O tal vez era solo que los movimientos torpes de aquellas articulaciones tan huesudas hacían que el traje pareciera demasiado grande. Con cada paso que daba, transmitía su indignación ante el hecho de que todos los muebles, puertas y habitaciones fueran demasiado pequeños para él. A su lado, la señora Nechvatal parecía tan elegante como una estudiante de ballet. La diferencia tanto en el calzado como en la estructura ósea resaltaba aún más el contraste entre la forma de andar de ambos. Formaban un curioso tándem. En una película de dibujos animados, habrían sido dos animales que no encajaban en absoluto, aunque Escher no lograba decidir a qué animales concretos se parecían. A pesar de sus diferencias básicas, se acercaron hasta donde estaba Escher con idéntica cadencia. A este le pareció un ejercicio para estudiantes de física: seguramente fuera posible digitalizar los dos esqueletos para, mediante un análisis geométrico del movimiento, determinar cómo era posible que, partiendo de unas palancas, fuerzas y curvas tan distintas, resultara exactamente el mismo ritmo.

El asesor bancario llevaba varias páginas impresas dentro de un portafolios transparente. La placa de su chaqueta lo identificaba como el señor Nagy. Escher sabía que, en realidad, aquel apellido húngaro se pronunciaba de otra forma, pero viendo que el tipo se

presentaba como «señor Nagi», supuso que había decidido aceptar su destino y pronunciar mal su nombre él mismo.

—Señor Escher, ¿puedo pedirle que me acompañe a mi despacho? —dijo el señor Nagy, encorvándose para reducir un poco su estatura—. Por desgracia, tenemos que ir al edificio contiguo. A la sede de nuestra banca privada...

—¿Tienen un ala propia? —preguntó Escher con incredulidad.

—Un edificio propio —sonrió el hombre, cuya afable ironía a Escher le resultaba de lo más entrañable. Quizá es lo que pasa cuando uno siempre es demasiado grande para todo, pensó.

Escher lo siguió hasta el ascensor. En la cuarta planta, cruzaron una pasarela de cristal hasta el edificio contiguo, donde los recibió una radiante recepcionista. El señor Nagy le preguntó si la sala de reuniones Zúrich estaba libre. La recepcionista consultó su pantalla y respondió que, por desgracia, estaba ocupada en ese momento. La sala París sí estaba libre, o, si no, la Tokio.

Al señor Nagy se le ensombreció el semblante.

—Pues la Tokio —dijo de mal humor—. La París está justo encima de las obras, es imposible concentrarse. No se puede tener una sesión de asesoramiento con ese escándalo.

—Sí, sigue habiendo mucho ruido —coincidió la recepcionista con el tono de una maestra de guardería consolando a un niño de tres años—. Bueeeno, en ese caso le reservo la Tokio.

El asesor bancario la ignoró y se volvió hacia Escher con las cejas enarcadas, para dejarle claro que su mal humor no iba dirigido a él, un valioso cliente, sino a las circunstancias, hasta el punto de que, como representante de la empresa ante Escher, el cliente, no podía sino reaccionar con mal humor contra su propio empleador ante aquella falta de adecuación de las instalaciones.

En la sala Tokio, la mesa de reuniones ovalada creaba una situación un tanto incómoda. Escher se había preguntado a menudo por qué en alemán no existía una palabra equivalente a *awkward*. ¿Cómo era posible que una lengua no tuviera una palabra adecuada para uno de los estados más habituales de la experiencia humana?

—¿Puedo preguntarle cuándo fue la última vez que comprobó el estado de su cuenta de valores?

—Nunca lo he hecho —respondió Escher—. En su día solo quería deshacerme del dinero.

El empleado del banco negó con la cabeza con asombro, mientras estudiaba las notas que le había impreso su colega. En la banca privada se consideraba una cuestión de etiqueta no utilizar el ordenador en presencia del cliente. A Escher le parecía fantástico.

—En su momento tenía diez mil marcos que no necesitaba —siguió explicándole al asesor.

—¿Marcos?

—Bueno, setenta mil chelines. Lo he dicho en marcos porque recibí el dinero en Alemania. Diez mil marcos. Y el marco estaba a siete chelines.

—Diez mil marcos.

—Sí —se rio Escher—. Suena a otra época, ¿no? —Como si fuera tarea suya consolar a aquel empleado del banco, que estaba cada vez más pálido, añadió—: Si el dinero ha desaparecido, no pasa nada: en realidad no lo necesito.

El funcionario dejó las hojas sobre el escritorio, las hojeó de nuevo y recapituló:

—En 1996, antes de la introducción del euro, adquirió acciones por valor de unos setenta mil chelines. Al cambio de la época, una cantidad correspondiente más o menos a los diez mil marcos mencionados con anterioridad, lo que equivaldría más o menos a

unos cinco mil euros. Aunque eso es irrelevante, porque, de todos modos, el tipo de cambio se calculaba en dólares.

Escher asintió. Se preguntó por qué la gente siempre le contaba primero las cosas que ya sabía.

—Sí, lo invertí en una empresa de distribución de libros —le explicó a aquel tipo tan pálido para salir del paso—. Había ganado el dinero con la publicación de un libro que apenas generó beneficios. Lo publicó una editorial alemana, por eso me pagaron en marcos. Pasé tres años escribiéndolo y me dieron diez mil marcos. Por así decirlo, un sueldo anual de tres mil marcos, o veinte mil chelines. ¡Mil quinientos euros por un año de trabajo!

—Tres mil trescientos treinta y tres marcos alemanes —asintió el hombre, echando números con una calculadora—. Coma tres periódico. Eso no era mucho ni siquiera para la época...

—A la vista de eso, llegué a la conclusión de que había que jugar con las reglas del capitalismo.

El empleado se rio con los labios cerrados, como si Escher hubiera usado un término incorrecto o hubiera hecho una arriesgada broma privada.

—Tal como suele decirse, no hay que atracar un banco, sino fundar uno...

—Sí —sonrió el señor Nagy—, nosotros también citamos a menudo al bueno de Bertolt. Atracar bancos no es nada recomendable, por cierto. Solo lo hacen los muy desesperados. Todo se ha vuelto demasiado seguro, ya no tenemos dinero en las sucursales. Aunque hoy en día fundar un banco tampoco es ningún chollo, no se crea...

—Las librerías también fueron cuesta abajo en la época. Los medios electrónicos hicieron su entrada triunfal y la demanda de

libros cayó en picado. De todos modos, los periódicos también han acabado en sainete...

—Sí, en sainete —sonrió el buen hombre—. Hacía tiempo que no oía esa expresión. Aunque, desde luego, aquí tratamos a menudo con empresas que acaban en sainete.

—Es fácil equivocarse —dijo Escher—. Si no, míreme a mí: fue comprar las acciones y que estas cayeran por los suelos. Qué digo, por los suelos: por los subsuelos. Hasta el sótano. Desde entonces, cada vez que alguien habla de librerías pienso: «Dios me libre...».

—Sí, el valor de las acciones registró una fuerte caída —confirmó el asesor, señalando una curva en sus documentos—, pero solo fue una pérdida de confianza a corto plazo por parte de los inversores. La recuperación fue muy rápida. A largo plazo, su empresa de distribución de libros no se hundió, ni mucho menos. Con los años, sus acciones han subido considerablemente y su valor actual es de más de tres millones de euros. Yo no sé si Dios lo libró, pero desde luego encontró una mina de oro. —Escher no reaccionó. No acababa de entender adónde pretendía ir aquel asesor con su ironía—. Fue una gran inversión por su parte —siguió diciendo el asesor—. Reconoció el potencial de la acción muy pronto. En aquella época, nadie anticipó que el futuro de una empresa de distribución de libros pudiera pasar por el sector online: el papel y la pantalla no iban precisamente de la mano. Recuerdo que mucha gente predijo el colapso inminente de esta quimera. Yo mismo tenía algunos de esos valores de riesgo en mi cartera. Por suerte, los vendí a tiempo —bromeó con amargura—. Salí bien parado, con unas pérdidas de apenas el veinte por ciento, me dije. Un craso error por mi parte, desde luego. Un error estúpido, visto con perspectiva. Usted fue mucho más inteligente. Y, entretanto, su inversión se ha multiplicado... —tecleó algo en la calculadora con sus dedos, largos

y finos— casi seiscientas veces. Eso equivale a un tipo de interés anual del veinte por ciento durante treinta años. Solo es una estimación aproximada, por supuesto; no quisiera avasallarlo con los detalles. Pero, en cualquier caso, el total asciende a tres millones.

—¿De chelines?

—¡De euros!

—Tiene que tratarse de un error —dijo Escher—. Pero ¡si solo invertí diez mil marcos!

—Sí, sí —respondió el espectro de la calculadora casi con brusquedad—. Lo tengo aquí delante. Seis mil trescientos dólares. Y cuarenta y siete centavos. Esa fue la cantidad equivalente en su día a sus diez mil marcos alemanes. Lo tengo aquí delante, negro sobre blanco. Y, a partir de ahí, el tiempo ha jugado a su favor y ha hecho el resto.

—¿El tiempo?

—Sí, el tiempo. Y el dinero. Tiempo más dinero, ¿me entiende? Tengo que serle sincero: esto no es algo que vea todos los días. Para ser exactos, no lo había visto nunca. ¡Y con una única inversión! Lo hemos comprobado ya tres veces. Compró en el mejor momento posible. Diez mil marcos alemanes. De entonces. Cinco mil euros al cambio. Al cierre de ayer, su inversión ascendía a tres millones setecientos veinte mil cuatrocientos cuarenta y dos euros con treinta y cuatro céntimos. La bolsa americana no abre hasta dentro de una hora, por la diferencia horaria. Entonces sabremos exactamente cómo están las cosas hoy.

—La diferencia horaria —dijo Escher, maravillado ante aquellas repeticiones sin sentido.

—Parece que aún no termina de creérselo —sonrió el hombre, casi con simpatía.

—¿Tres millones?

—Felicidades.

—Gracias. —Escher tragó saliva—. ¡Quién habría dicho que se podía ganar tanto dinero con los libros! Probablemente sea uno de los escritores más exitosos de todos los tiempos...

—¿Cómo se titulaba su libro, si me permite la indiscreción?

—*Un suceso luctuoso*.

—Pues sí, todos cometemos errores —se rio el asesor.

Escher no supo qué decir.

—Sin duda, primero tiene que recuperarse del susto —dijo el asesor—. Pero cuando esté preparado, debería empezar a pensar en cómo desea invertir sus activos. Las inversiones siempre pueden volver a perder valor, ya lo sabe. En este momento el mercado es bastante volátil. La diversificación es sin duda lo más aconsejable. Sobra decir que estaremos encantados de asesorarle. Aquí tiene mi tarjeta. Y, por supuesto, ahora es usted cliente de la banca privada.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no hace falta que pase por la sucursal. Puede concertar una cita conmigo cuando desee. Por teléfono o a través del portal de banca electrónica. —El asesor deslizó su tarjeta por encima de la mesa, pero entonces volvió a cogerla y subrayó el número de teléfono con bolígrafo azul—: Aquí tiene mi número de móvil. Si no puede localizarme enseguida, le devolveré la llamada sin demora. Y, por supuesto, contactaré con los especialistas pertinentes para sus futuras inversiones. Si no lo invierte bien, el dinero puede menguar con rapidez.

—Quiero sacarlo todo —dijo Escher.

—¿Sacarlo?

—Sí, en efectivo.

—En efectivo...

En ese instante, el ruido de las obras de la calle hizo vibrar las ventanas de la sala Tokio. Escher se preguntó si la expresión de enfado del asesor se debía al hecho de que, al parecer, también había obras frente a la sala Tokio o a que el cliente quería llevarse todo el dinero.

—Tal vez me permita un viejo proverbio del mundo de la banca. Es mejor no tomar decisiones importantes de la noche a la mañana. Es recomendable darse por lo menos cuarenta y ocho horas de reflexión para...

—Lo entiendo —lo interrumpió Escher—. Pero en mi caso es diferente. Ya tenía decidido de antemano que me lo llevaría todo en efectivo.

Tras un largo forcejeo, durante el cual el asesor bancario le aconsejó encarecidamente que reconsiderara aquella decisión tan precipitada, este le explicó que, en cualquier caso, para eso tendría que concertar una cita específica.

—Huelga decir que en la sucursal no disponemos de tanto dinero en efectivo. Es por razones de seguridad, como ya le he comentado. Tenemos que pedirlo, llegará mañana.

Pero Escher, cuyo estatus como cliente de la banca privada le había brindado una nueva confianza en sí mismo, dijo:

—¿Quizá podría organizarlo usted para hoy mismo? Si se puede encargar medicación en cualquier farmacia a la hora de comer y tenerla por la tarde, no puede ser tan difícil transportar unos cuantos fajos de dinero de una sucursal bancaria a otra. O, si no, podría ir yo mismo a la sede central, donde está el dinero.

El empleado del banco asintió, un poco avergonzado, y le prometió a Escher que haría todo lo posible:

—Con un poco de suerte, lograré organizarlo todo para hoy mismo.

Escher casi se rio: el asesor sonaba como un atracador de bancos que tuviera que mover el dinero.

—Aunque para eso necesito a mi compañero —añadió el tipo, recuperando la pusilanimidad de hacía un momento.

De pronto, a Escher, que sintió cómo la arrogancia del inversor de éxito se apoderaba de él, no le sorprendió que aquel aprensivo se hubiera precipitado con sus promesas.

—Pero ahora mismo mi compañero está en el dentista. Lleva semanas aguantando a base de analgésicos, pero eso solo sirve un tiempo, claro. Le sugiero que llame dentro de una hora y entonces podré decirle con más exactitud si será posible organizarlo para hoy o no. Por desgracia, ahora mismo es un poco justo.

—Prefiero volver a pasarme por aquí dentro de una hora —dijo Escher, pensando para sí: «Si lo llamo por teléfono, me dará largas y luego me dirá que ya es demasiado tarde».

Aquellas prisas lo sorprendieron incluso a él mismo. En principio, no importaba si recibía el dinero ese mismo día o al día siguiente por la mañana. De todos modos, necesitaría tiempo para hablar con la viuda, organizar el viaje y negociar la entrega con los secuestradores.

En un café, pidió *Nockerln* al huevo con ensalada y los devoró con la serena avidez de un depredador. Con la mano derecha se iba metiendo la comida en la boca, mientras con los ojos devoraba el libro que tenía abierto junto al plato.

Entonces apareció de nuevo Corrado. Ala tuvo la sensación de haberle oído antes incluso de que entrara en el edificio. Al lejano terremoto del ascensor al ponerse en marcha lo siguieron los gemidos de la carga que transportaba. Por último, se oyó el traqueteo de la cabina, que, una vez más, se había librado de caer al vacío. Llegaron el portazo y los pasos arrastrados de Corrado, y

luego el tintineo de las llaves de carcelero con las que abría la puerta tras intentar sin éxito derribarla a patadas.

—*A tavola, cucciolo mio* —la saludaba cada vez, con el mismo tono gilipollas, y, aunque Ala no lo entendiera, habría querido matarlo solo por ese *«mio»*. Sin embargo, disimuló, una vez más, y siguió con la vista en el libro, como si Corrado no estuviera allí—. *Eat!*

Corrado dejó el cuenco con brusquedad a apenas un centímetro del libro, pero ni siquiera eso la sobresaltó.

—*Eat!*

—«Me temo que tendremos que aplazarlo hasta mañana por la mañana» —dijo Ala, leyendo en voz alta, y no pudo evitar una carcajada. Una pena que el idiota de Corrado no entendiera la frase; si no, incluso él se habría reído.

Eso fue lo que un contrito señor Nagy le dijo a Escher cuando este regresó al banco al cabo de una hora.

—Mi colega ha tenido que esperar dos horas en el dentista y ahora ya es demasiado tarde.

A Escher le sorprendió la rabia que le generaba aquella noticia. ¿Era posible que el dinero le hubiera arruinado el carácter en apenas una hora? Le entraron ganas de golpear la mesa, no sabía cómo descargar su ira. Aquel nuevo papel de cliente de banca privada le resultaba aún demasiado desconocido. El empleado del banco se dio cuenta y se le adelantó:

—Aunque, para serle sincero, quizá sea mejor así para usted.

—¿Tener que esperar es mejor para mí?

—Dijo que quería el dinero en billetes de cien euros —le recordó el asesor bancario—. ¿Sabe cuánto pesan treinta mil billetes de cien euros?

—Estoy seguro de que usted me lo dirá —respondió Escher, que empezaba a perder la paciencia con aquel pusilánime que se negaba a soltarle el dinero.

Un billete pesaba 1,02 gramos, le explicó el asesor al nuevo millonario. Por tanto, treinta mil billetes de cien euros pesaban algo más de treinta kilos, añadió, mientras acariciaba la calculadora, que a Escher le pareció tan anticuada como la caja registradora de una tienda de pueblo, con aquellos dedos largos pero extremadamente ágiles.

—¡Son 30,6 kilos! —exclamó el asesor Nagy, precisando su anterior estimación a vuelapluma—. Me pareció recomendable que estuviera preparado para ello. Por la logística del transporte, si se me permite.

—En ese caso, será mejor que mañana traiga un carrito —comentó Escher—. Si no, con treinta kilos me voy a destrozar la espalda.

—Sí, un carrito es una buena idea —repuso el señor Nagy mientras hacía más cálculos.

Escher tuvo la sensación de que, después de haberle negado la posibilidad de asesorarle sobre inversiones —incluidos los cálculos correspondientes sobre intereses, riesgos y rendimientos—, el asesor Nagy quería calcular algo, lo que fuera, para equilibrar las energías y no volverse loco:

—Cien billetes de cien euros hacen una pila de uno coma dos centímetros. Eso ya lo sabrá, son los típicos fajos de cien euros.

—Bueno, la cifra exacta no la sabía —dijo Escher—, pero sí me hacía una idea.

—Sí, es un fajo compacto de un centímetro, así —dijo el asesor bancario, indicando el grosor entre el pulgar y el índice—. En nuestro mundo, por supuesto, es un elemento bastante familiar. Por lo

menos, más familiar que tres millones... —Dirigió una mirada expectante a Escher para ver si aquel comentario tal vez le arrancaba una sonrisa—. Tres millones equivalen a trescientas pilas como esa —siguió diciendo, ante la falta de respuesta—. Eso son trescientos sesenta centímetros, o tres metros sesenta, si se apilan todos uno encima de otro. O sea, un metro sesenta por encima de mis dos metros.

—Seguro que en el carro caben diez pilas —repuso Escher, dejándose llevar por su orgullo de maestro del rompecabezas—. Es decir, diez pilas de treinta y seis centímetros.

—No sé, puede que eso sea demasiado —reflexionó el empleado del banco pensando en voz alta—. Dudo que la base de un carro de la compra sea lo bastante grande para diez montones. Un billete mide ciento cuarenta y siete por setenta y siete milímetros, o sea quince centímetros por ocho, *cum grano salis*...

—*Cum grano salis* —sonrió Escher, a quien el pálido señor Nagy seguía envolviendo con esas formulaciones de otra época—. ¿Estudió usted en un bachillerato humanístico?

—Por desgracia, sí —respondió el asesor bancario—. Siempre se me dieron mejor las matemáticas que los idiomas antiguos. No era la escuela más adecuada para mí, pero... —Había pasado demasiado tiempo ya como para enfadarse por ello, dijo su gesto desdeñoso, que acompañó con una sonrisa indulgente que parecía dirigida al absurdo mundo que existía más allá de las calculadoras—. Si hace dos filas de cinco pilas cada una, tendrá un volumen de treinta por cuarenta centímetros —añadió, volviendo a lo suyo—. Sí, eso puede que funcione. Y debería encajar con la superficie de un carro...

—Compraré uno lo bastante grande —respondió Escher, que se estaba hartando—. ¿A qué hora llegará el dinero?

—Estoy seguro de que llegará mañana a las nueve. ¿Quiere un calendario?

—¿Un calendario? ¿Para que no se me pase la cita de mañana por la mañana?

—No, de esa se acordará, estoy seguro. Pero tenemos un calendario de bolsillo muy bonito para los clientes privados. Tiene mucha demanda. Muchos de nuestros clientes más ricos llaman si no lo tienen...

—No, gracias. Memorizo todas mis citas.

—Qué envidia.

Durante el camino de vuelta, Escher compró un carrito morado y lo midió en casa. Llegó a la conclusión de que, después de todo, era mejor hacer pilas de diez para evitar que el dinero quedara demasiado suelto y se desmoronara durante el traslado. Luego montó *La boda campesina* de Brueghel el Viejo, quizá porque el peso de la comida que transportaban las dos figuras en primer plano y el orden de los platos sobre la bandeja le hacían pensar en su propia situación. Y, aunque Nellie Wieselburger le había asegurado hacía mucho tiempo que el pie que sobraba debajo de la bandeja de transporte correspondía al invitado a la boda, que se estiraba al servirse la comida, Escher seguía esperando que estuviera equivocada. Cada vez que montaba el cuadro, esperaba que un invitado tardío hiciera su entrada tras ese pie.

Tras prepararlo todo para la mañana siguiente, se fue a la cama, pero, tal como se temía, estaba demasiado agitado para dormirse. Después de pasar un rato dado vueltas, volvió a encender la luz con la esperanza de que la lectura le permitiera dormir. Envidiaba a la protagonista, que había hecho justo eso: se había dormido tan profundamente que ni siquiera se despertó con el traqueteo de la cabina del ascensor.

Ala solo se despertó, sobresaltada, cuando Corrado entró en el piso. Para colmo iba acompañado: dos mujeres entraron detrás de él. La mayor iba vestida toda de negro, desde el pañuelo de la cabeza hasta los zapatos. Ala temía que fuera la viuda Madrisa, cuya comida había rechazado tantas veces. A pesar de su ropa de abuela, la viuda tendría como mucho la edad de su madre; la más joven tendría la edad de Ala y sujetaba un cazo de hierro fundido con las manos.

—¡Ala! —gritó la viuda, pero no sonó como su nombre, sino más bien como un suspiro cargado de dolor que salía de lo más profundo de su pecho.

La mujer intentó abrazar a Ala con lágrimas en los ojos, pero Corrado la apartó con un gesto brusco. La viuda no le dijo ni una palabra al rufián, pero lo fulminó con una mirada asesina. En cambio, la más joven levantó el cazo de hierro y le gritó a Corrado con tanta rabia que a Ala no le habría sorprendido que le hubiese vertido el contenido caliente por la cabeza. Aquella joven tan ofendida era la hija menor de Madrisa, Nicoletta. No le tenía ningún miedo a Corrado y le contó a Ala que había sido ella quien le había contestado en FAMILYTREE con el nombre de Carlotta, antes de que Corrado le robara esa identidad. Nicoletta también andaba buscando a los familiares de su padre, al que habían matado a tiros cuando ella tenía tres años.

Ala no se había visto en el espejo desde que lo había roto en mil pedazos, pero ante aquella chica que era su prima (o su prima segunda o lo que fuera) creyó que se había vuelto loca. Con Nicoletta de pie delante de ella, Ala pensó que era su viva estampa, su imagen reflejada, pero en carne y hueso. Corrado la sacó de aquel trance espeluznante cuando se acercó a su reflejo y quitó la

tapa del cazo que llevaba en las manos. El delicioso aroma del plato llenó la prisión de Ala.

—*Melanzane alla parmigiana!* —gritó Corrado, arrebatado como un chef televisivo—. *A tavola, cucciolo mio!*

—*Non parlarle così, stronzo!* —lo increpó Nicoletta, enfadada, y dejó la cacerola sobre la mesa, pero el energúmeno se limitó a reírse de su indignación.

Ambos acompañaban sus palabras de unos gestos tan expresivos que Ala tenía la sensación de entenderlo todo.

—*Dai, parla con lei!* —le espetó Nicoletta.

Pero fue la viuda quien habló con ella. Lo hizo con mucha calma y sin gestos exagerados, tocando cariñosamente el brazo de Ala mientras Nicoletta iba traduciendo las palabras de su madre. Ala tenía que comer, pronto sería libre. El dinero ya estaba en camino. Madrisa quería servir la comida que había traído para Ala, pero no encontró un solo plato en todo el piso y se lo echó en cara a Corrado. Este respondió con un gesto despectivo, pescó la única cuchara del fregadero y se la tendió a Ala. Pero como esta no la cogía, Corrado la tiró dentro del cazo, molesto, y se apoyó aparatosamente en la puerta del piso para jugar al juego del móvil al que estaba enganchado.

—Tienes que comer —dijo Nicoletta—. Ya han reunido el dinero, dentro de poco serás libre.

—No quiero ser libre —respondió Ala—. Mi padre está muerto. Y es culpa mía.

A Madrisa se le congeló el semblante. Nicoletta tradujo las palabras de su madre, cuya seriedad Ala habría comprendido incluso sin traducción:

—¿Quién dice que tu padre ha muerto?

—Está escrito —dijo Ala.

—¿Está escrito? —repitió Nicoletta, incrédula.

Se lo tradujo a su madre, que lo repitió:

—*C'è scritto?* —La viuda negó vigorosamente con la cabeza, enfadada—. *No, non c'è scritto!*

—*Sì* —insistió Ala, pronunciando su primera palabra en italiano—. *Sì, c'è scritto.*

La viuda Madrisa habló enfáticamente con su hija, que tradujo para Ala:

—No hay nada escrito hasta que...

—*Vaffanculo!* —maldijo Corrado, que se había quedado más cerca que nunca de batir su propio récord. Pegó un pisotón, se volvió hacia las tres mujeres y señaló con rabia el cazo, como diciendo que Ala estaba tardando ya en comérselo.

A la vista de que Nicoletta se negaba a traducir sus palabras y de que Ala seguía negándose a comer, empujó a las dos mujeres hacia la puerta.

Ala llamó a Madrisa:

—¿Qué ha querido decir?

—¿Con qué? —preguntó Nicoletta.

—Con lo de que no hay nada escrito hasta que... Ha dicho: «No hay nada escrito hasta que». ¿Qué quería decir? ¿Hasta que qué?

Corrado perdió por fin la paciencia y sacó a las mujeres del piso a empujones.

—¿Hasta que qué? —gritó Ala, descompuesta.

Pero ya estaban fuera. Ala solo oyó la llave con la que Corrado cerró la puerta.

En el libro estaba escrito que su padre había muerto. Contó las páginas que le quedaban para llegar al final. Leyó que el tal Escher entraba en el banco por la mañana con un carrito de la compra vacío, volvía a salir poco después con el carrito cargado y se

marchaba a toda velocidad, como un ladrón de bancos, en su Alhambra.

Mientras se preguntaba si no habría sido mucho mejor hacer doce montones en lugar de diez y calculaba las consecuencias de ese cambio teniendo en cuenta que los billetes medían ciento cuarenta y siete por setenta y siete, Ala ni siquiera advirtió que su mano buscaba la cuchara dentro del cazo de irresistible *melanzane* de Madrisa. Comió el guiso lentamente, frase a frase, cucharada a cucharada, mientras leía.

Con cada nuevo bocado era más capaz de concentrarse. Su cerebro abandonó el modo de ahorro de energía y empezó a generar pensamientos. Hipótesis, reflexiones, suposiciones, especulaciones. Sospechaba que Madrisa había querido decirle que uno no sabe lo que está escrito hasta que ha leído la última frase. Hasta que ha llegado al final del libro. Las frases del libro ya no estaban borrosas y podía seguirlas sin problema. Ahora leía más deprisa, aunque se aseguraba de no perderse ni una palabra.

Escher conducía por la autopista a 110 kilómetros por hora. Desde que había cruzado la frontera, estaba muy atento a no rebasar el límite de velocidad; lo último que quieres cuando llevas tres millones en efectivo contigo es que te pare la policía, por mucho que el dinero sea completamente legal. Había oído que los italianos (que cargaban con el estereotipo opuesto) eran muy severos con las infracciones por exceso de velocidad.

El atasco en un peaje lo puso nervioso y decidió descargarse el audiolibro. En realidad era un dispendio, pues ya se había leído la mayor parte del libro, pero no quería esperar hasta la noche para saber qué pasaba a continuación. Para su sorpresa, la descarga funcionó perfectamente. Pagar el peaje de la autopista, en cambio, no fue tan sencillo. Aunque había elegido la fila correcta —ni con los

camiones ni con los coches con abono anual—, el lector no aceptaba su tarjeta. En un primer momento, el asesor bancario le había prometido una tarjeta de crédito mejor, pero en cuanto Escher había decidido retirar todo el dinero, no había vuelto a sacar el tema. Y ahora su antigua tarjeta de crédito estaba gafada. Escher se preguntó si, ahora que tenía más dinero que nunca en la cuenta, podía resolver aquel contratiempo llamando al número de la banca privada.

Comprobó aliviado que el cajero también aceptaba dinero en efectivo, pero en la cartera llevaba tan solo treinta y siete euros, ¡y el peaje costaba cuarenta y uno! Encontró una moneda de cincuenta céntimos en el compartimento de la puerta y eso fue todo. No se lo podía creer. Llevaba tres millones en el carrito de la compra, pero le faltaba dinero para abrir la barrera.

No tuvo más remedio que salir del coche y sacar un billete de cien del carrito. No fue tarea fácil, pero, para su sorpresa, nadie tocó el claxon, de modo que pudo abrir tranquilamente el carrito y pescar un billete del fajo, sujeto por una fajilla. El silencio de los coches que hacían cola detrás resultaba casi amenazador. Escher siempre había creído que tenía un sistema nervioso bastante resistente, pero al ver que la máquina no aceptaba un billete tan grande, tuvo que reprimir un ataque de llanto. Ahora sí, el primero de los conductores que esperaban hizo sonar el claxon. Escher pulsó el botón rojo del interfono, pero le respondieron en un italiano acelerado del que no entendió ni una palabra. Se dio cuenta de que iba a tener que dar marcha atrás y abrirse paso hasta uno de los puntos de peaje que aceptaban efectivo. En cuanto puso la marcha atrás empezó a sonarle el móvil.

«Nellie Wieselburger», ponía en la pantalla. Hacía tiempo que había desconectado el buzón de voz, de modo que el timbre sonó

sin cesar, si bien quedó ahogado bajo el concierto de bocinazos que finalmente estalló cuando obligó a los demás vehículos a dar marcha atrás.

No fue hasta una hora más tarde, después de cambiar el billete y darse cuenta en otra barrera de que en realidad no lo necesitaba, porque allí su tarjeta funcionaba perfectamente, que se acordó de Nellie Wieselburger. Todavía estaba molesto con ella por haber dejado sonar la llamada durante varios minutos sin darse por aludida.

—Gracias por devolverme la llamada —lo saludó ella con una cortesía exagerada.

Algo iba mal, lo percibió enseguida.

—Sí, cómo no. Antes no he podido ponerme porque estaba aparcando, y luego...

—Oye, tengo algo importante que discutir contigo.

Escher habría querido colgar al instante. Las cosas importantes siempre le resultaban desagradables, sobre todo cuando se presentaban así. Típico de Nellie. Nellie Plastaburger, así debería haberla llamado en su libro. A lo mejor, si la hubiera llamado Nellie Plastaburger, el libro habría sido un éxito.

—Es que ahora no estoy en casa —dijo Escher.

—Ningún problema. Podemos hablar un rato por teléfono. ¿O te molesto?

—No, claro que no, adelante.

El camión que iba detrás de Escher le dio las luces porque estaba reduciendo la velocidad. Pisó el acelerador y adelantó a varios vehículos antes de volver al carril derecho y poner el control de crucero.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo y, de alguna forma, no me gusta cómo nos tratamos —empezó ella, soltándole un

discursito de Año Nuevo fuera de temporada.

—Ajá —dijo Escher, sustituyendo la primera *a* por un sonido gutural fruto de una repentina falta de energía y omitiendo por completo la segunda, de modo que la supuesta eufonía de su respuesta quedó prácticamente reducida a un gruñido que recordaba el estertor mortal de un ahogado.

—Estoy segura de que yo tengo parte de la culpa —siguió Nellie —. En su momento fingí que no me molestaba que me arrastraras por el fango en tu libro. ¿Recuerdas que siempre actuaba como si lo único que me hubiera ofendido fuera el nombre de Mitzi?

—Sí, pero que conste que lo de Mitzi no fue con mala fe...

—A eso quería llegar —lo interrumpió ella—. Protesté mucho por el nombre, pero solo era para disimular lo que me había fastidiado de verdad. Una maniobra de distracción, ¿me entiendes?

—Ya veo.

—¿De verdad creíste que no me habían molestado tus comentarios sarcásticos sobre mis panegíricos?

—Hace tanto tiempo que ya no me acuerdo muy bien.

—No pasa nada, Escher. Yo me acuerdo a la perfección. «Una empatía siempre improvisada con los mismos ladrillos hechos de dolor.» «Una máquina de generar prosa carente de sentimientos.» ¿Crees que algo así no duele?

Por primera vez en su vida, Escher se dio cuenta de que Nellie tenía una voz bonita, no tan dura y prepotente como lo eran casi todas últimamente. No, su voz apuntaba en la dirección correcta. Y Escher se encontró con un dilema: por un lado, quería que terminara de una vez con su discurso; pero, por otro, quería seguir oyendo su voz.

—Bueno, pero tampoco era... Pretendía ser una broma, Nellie.

—Pues no tenía ninguna gracia —repuso esta con naturalidad, sin despreciarlo ni levantar la voz—. En serio, creo que tienes un problema cuando alguien intenta acercarse a ti. Nos llevamos superbién durante una buena temporada, y de pronto dejaste de llamar. No tuve ni tiempo de...

—Es que siempre había algo.

—Siempre va a haber algo, Escher. Pero me mentiste todo el tiempo.

—No. A lo mejor te mentí cuando era más fácil que dar explicaciones.

—Y yo me dejé llevar por el orgullo y preferí quedar con otros. Pero entonces vas tú y sacas ese libro.

—Vale, pero entre una cosa y la otra pasaron varios años. Tampoco lo pintes como si fueran hechos relacionados.

—En cualquier caso, creo que podríamos empezar a comportarnos con normalidad otra vez. Es lo único que te pido.

—Vale, me parece bien.

—Ser sinceros el uno con el otro.

—Claro.

—Ay, no te hagas el corderito degollado, que no lo digo como un reproche. ¿En qué estás pensando?

—No quieres saberlo.

—¿Cómo sabes lo que no quiero saber?

Escher sintió cómo el instinto de muerte se apoderaba de él. Estaba a punto de contarle toda la verdad a Nellie Wieselburger.

—A ver, cómo te lo explico. Estaba pensando que uno no siempre puede ser sincero, Nellie. Cuando está en protección de testigos, por ejemplo. Tiene que mantenerse callado, no puede hablar sobre su pasado y todo eso. No puede ser sincero. De hecho, la falta de sinceridad puede incluso ser una prueba de amor.

—Ay, Escher —dijo Nellie riéndose—. ¡Mira que eres raro! ¿No se te ocurre un ejemplo más descabellado?

Ambos se quedaron en silencio un rato.

—¿Qué estás haciendo ahora mismo? Dices que no estás en casa...

—Estoy yendo a Italia en coche. Llevo tres millones en el maletero y tengo que ir a rescatar a una rehén.

—Vale, ya veo —dijo Nellie con tono triste—. Eres incorregible. Pero, aun así, me alegro de haber sacado el tema.

—Yo también me alegro —repuso Escher, aunque se preguntó si estaba mintiendo o lo decía sinceramente—. ¿Sabes de qué me he dado cuenta? De que tienes una voz muy bonita por teléfono.

—¿Por teléfono? —se rio ella—. Pero ¡eso es un insulto! Es como decirle a alguien que es muy fotogénico.

Escher estaba aún preguntándose si tendría razón cuando Nellie se despidió amistosamente y colgó.

Sorprendido, se percató de que habían pasado cien kilómetros como si nada. Aturdido por la llamada telefónica, Escher pasó de largo Florencia, donde tenía planeado dormir. Sin embargo, poco después el cansancio pudo con él y decidió coger una habitación en el primer hotelucho de carretera que encontró. Al menos allí nadie intentaría ayudarle con el equipaje. Colocó el carrito encima de la cama de matrimonio, lo rodeó con el brazo y se durmió al instante. Se despertó a las cuatro de la mañana y se puso en marcha sin ni siquiera desayunar.

Solo se tomó un expreso doble y un *cornetto* en una gasolinera, a la que llegó por los pelos, en reserva. La tarjeta funcionó sin problemas y se compró otra lata de expreso frío para beber durante el viaje. En ese momento se acordó del audiolibro y avanzó la reproducción hasta el punto de la historia donde se había quedado.

Ala se despertó cuando Corrado volvió a entrar en su habitación. Al principio pensó que se había quedado dormida a la mesa, pero fuera ya había amanecido. Entonces se fijó, sorprendida, en que el cazo estaba vacío.

Al ver lo mucho que había comido, Corrado soltó una carcajada idiota.

—*Stronzo!* —le espetó Ala, usando el mismo taco que Nicoletta le había soltado el día anterior.

Su propio tono la sorprendió. Había recuperado las fuerzas y su voz sonaba tan fuerte como si, de la noche a la mañana, se hubiera transformado en Nicoletta, su propia imagen reflejada en el espejo.

Corrado le dijo algo en italiano, como si también él la hubiera confundido con Nicoletta. Solo cuando Ala se lo quedó mirando sin comprender, le ordenó en inglés que hiciera las maletas.

—¿Cómo?

—Eres libre.

—¿Te crees que soy estúpida, *stronzo*? —le gritó ella—. ¡Lo que queréis es matarme!

—No, haz las maletas. ¡No tenemos mucho tiempo!

Viendo que no se movía, Corrado recogió las pocas pertenencias que le habían dejado y las metió en la mochila de Ala. Le empujó la mochila llena contra el pecho y ella, por reflejo, la cogió con ambas manos. Al mismo tiempo, Corrado la agarró del brazo y, haciendo caso omiso del grito de dolor de Ala, la arrastró fuera del piso y la metió en el ascensor. Ni siquiera ahí dentro la soltó.

—¡Oye! ¡Bestia! ¡Que me haces daño! —exclamó Ala.

—¡Du! ¡Tu! ¡Miwe! —dijo él, parodiando su alemán entre risas.

En comparación con él, el traqueteo del ascensor sonaba inteligente. En el decrépito rellano de la planta baja, la cabina se detuvo medio metro por debajo del suelo y la puerta no se abrió.

Corrado soltó un taco. Volvieron a subir hasta arriba y regresaron a la planta baja.

Por fin llegaron al coche, que esperaba con el motor en marcha y vibraba por el volumen de la música. Era el mismo coche con el que la habían llevado hasta allí. El conductor también era el mismo. Llevaba un peinado nuevo, pero por desgracia no había cambiado de perfume.

Corrado le mostró el arañazo ensangrentado de la mano que le había dejado Ala y dijo algo de lo que Ala solo reconoció las palabras *puttana* y *stupida*. El conductor soltó una risa algo vulgar y arrancó.

A Ala le molestaba que hablaran en italiano.

—¡No me encuentro bien! —dijo en inglés.

—Has comido demasiado —se rio Corrado.

—¡Voy a vomitar!

El frenazo inmediato y las prisas con las que la ayudaron a salir del coche para que pudiera vomitar en la cuneta dejaron bien claro el gran amor que sentían por su coche.

—¡Qué asco! —le espetó Corrado cuando volvieron a sentarse en el coche—. No hay nada peor que ver vomitar a alguien.

—¿Por qué no me dices algo agradable? —se oyó decir Ala—. Tengo catorce años, alguna vez podrías decirme algo agradable para variar.

—¿Y tú? Tengo veintitrés años, ¡dime tú algo agradable!

—Yo lo he pedido primero.

Corrado se rio.

—Siempre tienes que tener la última palabra, ¿no? Bueno, cuando llegue el dinero serás libre.

—¿Y cuándo será eso?

—¡Ahora te toca a ti!

—¿Qué?

—Ahora tienes que decir tú algo agradable.

—Tengo que ir al baño.

—¿Qué? —gritó el conductor, horrorizado.

—Ya estamos llegando —dijo Corrado.

—¿Cuánto falta? —preguntó Ala.

—Una hora —respondió Corrado, al mismo tiempo que el conductor decía:

—Dos horas.

—Uf, no puedo aguantar tanto. Lástima por tu asiento del coche.

—¡Ya te vale, tía! ¡Primero tienes que vomitar, luego tienes que mear...! ¡Ni que fueras un bebé!

—Tú mismo —repuso Ala.

—No puedo dejarte salir del coche sin ponerte las esposas —la advirtió Corrado.

—¡Frena de una vez! —gritó Ala.

El conductor sugirió que se detuvieran al pasar por otro puente.

—Allí no podrá escaparse.

Corrado no contestó ni sí ni no, lo que significaba que sí. En el puente, abrió la puerta del pasajero y la de atrás.

—¿Ves qué bien? Así tienes intimidad por delante y por detrás...

—¿Y vosotros?

Los dos soltaron una de sus risitas estúpidas.

—Nosotros somos como médicos —dijo Corrado—; nuestras miradas no cuentan.

—¡Vamos, salid por el otro lado y mirad hacia la carretera! De todos modos, tampoco puedo escaparme.

Por miedo a su prima Nicoletta, que parecía haber poseído a Ala, se bajaron del lado del conductor, por donde varios camiones articulados pasaron zumbando a apenas un metro de distancia.

En cuanto Ala volvió al coche, a los dos se les ocurrió que también ellos podían aprovechar la ocasión. Así pues, se volvieron a bajar y, uno al lado del otro, mearon sobre los coches que pasaban a toda velocidad por debajo del puente. Ala había leído una vez que un adolescente había muerto porque, mientras orinaba desde lo alto de un puente, su pis había tocado la línea eléctrica del ferrocarril. Rezó para que les ocurriera lo mismo, pero rezar no era lo suyo y no pasó nada.

El resto del viaje transcurrió sin sobresaltos. Justo cuando Ala creía que iban a estar viajando eternamente por aquel extraño paisaje, de un pueblo en ruinas a otro, se detuvieron delante de una casa de piedra medio desmoronada. La construcción parecía deshabitada desde el penúltimo terremoto; todas las ventanas y puertas estaban tapiadas. En un nicho junto a la puerta había una Virgen de piedra tan erosionada como si hubiera montado guardia allí desde antes del nacimiento de Cristo.

Los guardaespaldas de Ala saludaron a la Virgen con un guiño hipócrita, y de pronto la Madonna se apartó, lenta y silenciosamente, y dejó un hueco entre ella y la puerta cerrada a cal y canto.

—*Miracolo!* —rio Corrado—. ¿Sabes de quién fue la idea? ¿A quién se le ocurrió lo del mando a distancia, el reconocimiento ocular y todo eso? ¡Mucho antes de que lo tuvieran los demás! ¿Sabes quién diseñó todo eso? ¡Era un genio! ¡Un genio de la técnica!

Agarró a Ala del brazo, pero en esa ocasión lo hizo con la firmeza de una persona normal. De hecho, cualquiera podría haberse pensado que se trataba de un novio acompañando a su novia a casa de sus padres por primera vez.

—¡Tu padre! —añadió Corrado con reverencia—. Es el único que podría instalar algo así.

La Madonna volvió a cerrar la casa a sus espaldas, y al mismo tiempo que se extinguía la luz del día, se abrió ante ellos la puerta de un ascensor.

—*Miracolo!* —exclamó de nuevo Corrado.

El ascensor descendió suavemente varias plantas y, cuando por fin se detuvo, entraron en una lujosa vivienda. Los recibió una música relajada, como si fuera la del vestíbulo de un hotel, y la sofisticada iluminación en aquel espacio sin ventanas cegó a los visitantes. Ala, que nunca había puesto los pies sobre una alfombra tan lujosa, ya iba a quitarse los zapatos, pero Corrado le indicó con un gesto que no lo hiciera y abrió una puerta. Esta conducía a un elegante apartamento iluminado por un enorme acuario. En lugar de ventanas, en las paredes había pantallas que mostraban el paisaje que acababan de atravesar.

—Tú te quedas aquí —le dijo Corrado—. Mañana nos volveremos a ver.

—Pero ¡dijiste que era libre!

—Mañana, cuando llegue el dinero.

Y, dicho eso, cerró la puerta con llave.

Ala se quedó contemplando los peces, sin saber qué hacer. Los animales, que miraban a través del cristal, le recordaban a lo que había vivido en las últimas semanas, encerrada tras la ventana de aquel alto edificio. Esperaba que de un momento a otro apareciera alguien, que sonara el teléfono o se oyera una voz, pero no ocurrió nada de eso. La visión de los peces la tranquilizó tanto que se atrevió a echar un vistazo al apartamento. Sobre una mesita de cristal había un cuenco con uvas blancas y negras, plátanos diminutos y otras frutas que no había visto en su vida. El frigorífico estaba lleno de manjares exquisitos y la cafetera de expreso parpadeaba, seductora. Ala abrió un armario y dentro encontró

albornoces y zapatillas. El cuarto de baño era tan elegante que tardó un rato en atreverse a entrar. En un principio, solo abrió el grifo para comprobar si realmente había agua. Cuando la bañera estuvo llena, se sumergió en ella y se quedó ahí hasta que el agua se enfrió. El espejo le hizo pensar en Nicoletta y en los ojos llorosos de la viuda Madrisa.

La cama del dormitorio era lo bastante ancha como para que cupiera su familia al completo. Se preguntó cómo se las habrían arreglado para meter aquella monstruosidad ahí dentro. Contó todas las almohadas solo para poder decirle a Selina Katharina cuántas había. Luego se levantó e intentó contar todos los peces del acuario. Entonces se metió en la cama y contó las páginas que le quedaban del libro. Aun así, contar no le sirvió de nada, era imposible dormir en una cama como aquella. Madrisa había dicho que no había nada escrito hasta que..., de modo que se sumergió en las últimas páginas.

Escher hizo un esfuerzo consciente por respetar el límite de velocidad durante todo el viaje, pero dos horas antes de llegar a Nápoles se topó con un control policial. El audiolibro debía de haberlo distraído, ya que cuando las luces azules parpadearon en su retrovisor, constató con sorpresa que la aguja del indicador de velocidad marcaba 170 kilómetros por hora.

Le entró el pánico y tuvo el impulso irracional de huir. ¿Cómo iba a justificar a la policía los tres millones de euros que llevaba en el carrito? Desde luego, a largo plazo podría demostrar que el dinero era suyo, y no el botín de un robo, pero para entonces seguramente llevaría ya varios días en una celda y sería demasiado tarde para Ala.

Frenó y dejó que el coche de la policía lo adelantara. En la ventanilla trasera del vehículo se alternaban frenéticamente dos señales luminosas rojas:

FOLLOW US!

SEGUICI!

FOLLOW US!

SEGUICI!

Escher los siguió y bajó la ventanilla para que no detectaran el miedo en su sudor. A lo mejor se limitarían a revisar su documentación, y no el equipaje. O a lo mejor solo echarían un vistazo en el maletero, donde llevaba una maleta con ropa sucia, e ignorarían el inofensivo carrito de la compra del asiento trasero. Si no perdía la calma, tal vez lograría salir de aquella situación indemne más allá del susto. Por suerte, había sacado trescientos euros en una oficina de la autopista. Si se mostraba arrepentido y pagaba la multa en efectivo y sin rechistar, a lo mejor ni siquiera se fijaban en el carrito.

SEGUICI!

FOLLOW US!

SEGUICI!

FOLLOW US!

El coche de policía se metió en un aparcamiento y Escher lo siguió.

STOP HERE!, le indicó el letrero de neón. Escher frenó en seco. El coche patrulla ni siquiera se había detenido del todo cuando el policía del lado del copiloto saltó del coche. Escher sudaba, preocupado. Se miró en el retrovisor y se dio cuenta de que Nellie Wieselburger tenía razón: desde esa perspectiva tenía un parecido considerable con el san Juan decapitado de Gian Francesco de Maineri. Solo le faltaba el cuenco de plata.

El policía lo saludó con corrección exagerada y le pidió el permiso de conducir y los papeles del coche. Estudió detenidamente la

documentación, comparó la foto con la cara del conductor que tenía enfrente y le preguntó si era Franz Escher.

—Sí. Soy Franz Escher.

En ese preciso instante se dio cuenta de que, presa del pánico, se le había olvidado apagar el audiolibro. Se dijo que debía hacerlo con un movimiento pausado, para que el policía no creyera que pretendía sacar un arma, pero justo en ese momento este le devolvió la documentación y le pidió que saliera del coche y abriera el maletero. Todavía no había mencionado el exceso de velocidad. Entonces le pidió que abriera la maleta, y vio que solo contenía dos camisas, ropa interior y un neceser. A continuación le indicó que abriera la puerta lateral trasera. El dinero estaba en el asiento de atrás. El policía se quedó mirando el carrito morado como si creyera que se trataba de una maleta bomba, mientras el audiolibro explicaba que Ala se había asustado cuando llamaron a la puerta.

Ala no se atrevía a contestar. De todos modos, tampoco podía abrir. Escuchó con atención para ver si alguien decía algo a través de la puerta y oyó cómo la abrían desde fuera.

Corrado había mencionado un par de veces a su jefe, pero Ala se lo había imaginado muy diferente. El anciano de pelo blanco que tenía enfrente era casi tan menudo y delgado como un niño. Incluso su cabellera, espesa y alborotada, habría sido más propia de alguien mucho más joven. El pelo blanco contrastaba tanto con la piel apergaminada y casi transparente que parecía una peluca.

—Soy Gino —dijo el viejo, y estrechó amistosamente la mano de Ala. El traje le quedaba muy elegante, salvo por las zapatillas de fieltro que arrastraba—. Te pareces mucho a tu abuela, Ala, muchísimo. ¿Cómo estás?

A Ala no le sorprendió que supiera su nombre, pero, aun así, se le puso la piel de gallina.

—Me alegro de que me hagas compañía.

Ala no sabía qué decir, de modo que le preguntó de dónde había sacado aquel inglés tan perfecto.

—Pasé muchos años con la familia de mi tío en Chicago.

Ala asintió; no le costaba nada imaginarse al tío en cuestión.

—Pero ahora llevo aquí más de veinte años.

—¿No volvió de América hasta hace veinte años? Entonces pasó mucho tiempo allí.

Ala no pretendía ofenderlo, pero hacía veinte años sería ya bastante mayor como para empezar una vida nueva. Al darse cuenta de que aquel comentario podía haberlo ofendido, se asustó.

—No, no, volví hace mucho más —explicó él con tono indulgente —. Llevo veinte años aquí, en el sótano. Pero no me falta de nada. La policía nunca va a encontrar mi escondite. Solo se puede abrir desde dentro. O con los ojos, si saludas a la Madonna tan piadosamente que puede ver en tu alma —añadió con una sonrisa afable—. Mis pantallas me muestran todo lo que pasa fuera.

—¿Y no van a descubrir las cámaras?

El anciano negó con la cabeza, con una sonrisa de satisfacción.

—Elio lo instaló todo —dijo con nostalgia—. La cámara de la Madonna y todo lo demás: los circuitos, el sistema de reconocimiento ocular. Y eso que aún era muy joven. Siempre fue un adelantado a su tiempo.

—¿Elio?

—Sí, tu padre. Siempre fue... Ay, no sé decirlo de otra manera, ¡un adelantado a su tiempo! Ya de joven estaba siempre a la última en cuanto a mandos a distancia y cámaras y todas esas moderneces. Cualquier cosa relacionada, aunque fuera remotamente, con la electricidad: electrónica, transistores, ¡lo que fuera! Elio sabía manejarlo antes que nadie. Le debo mi libertad. Cuando estaba en la

cárcel, me hizo llegar los fármacos gracias a los que terminé en el coche fúnebre. ¡Me los mandó con un dron! Me dolió muchísimo que nos traicionara; nos rompió el corazón a todos...

Ala tragó saliva.

—Debí haber sospechado cuando necesitó dos intentos para enviarme los medicamentos. Elio nunca cometía ningún error. Pero por lo menos fue lo bastante listo como para no revelar la ubicación de mi guarida —sonrió el anciano—. Elio era muy listo; sabía que esto era su seguro de vida. Lo cantó todo menos mi escondite. ¿Quieres que juguemos?

—¿A qué?

—Tengo todo tipo de juegos, la vida aquí es un poco aburrida. Aunque recibo visitas a menudo. Tengo un montón de nietos y vienen todos a verme. Y, cuando vienen, también tienen que jugar conmigo. Incluso mi sastre tiene que jugar conmigo…

El viejo esbozó una media sonrisa que daba a entender que ni los nietos ni el sastre tenían muchas ganas de jugar con él, pero que, aun así, él disfrutaba de su compañía.

—¿Y a qué juegan? —preguntó Ala.

—Los niños prefieren jugar al ordenador, pero yo soy de otra época. ¿Te gustan los rompecabezas?

—¡Sí, claro!

—Qué bien. Ahora te traerán el desayuno y luego Federica te acompañará a mis aposentos y montaremos el rompecabezas.

Gino llamó a su ama de llaves, que le sirvió a Ala dos *cornetti* y mermelada de naranja sanguina en una bandeja de plata. Cuando le preguntaron si quería café o té, Ala respondió «sí» y, para su deleite, le sirvieron ambos. Federica deseó buen provecho a su invitada y, en cuanto cerró la puerta, Ala ya se había zampado aquel delicioso

desayuno y había vuelto a su libro. Buscó la última frase que recordaba.

Escher sintió que le temblaban las piernas. Tenía tanto miedo de desmoronarse que se apoyó en la puerta del Alhambra por si acaso. Le habría gustado agarrarse con la otra mano al policía, que escrutó el interior del coche y señaló el carrito.

—¿Eso es el dinero? —preguntó sin mirar a Escher.

—¿Perdón?

—¿Eso es el dinero?

—¿A qué se refiere?

—No debería conducir tan rápido con el dinero en el coche —dijo el policía—. Si lo pillan los compañeros equivocados, adiós muy buenas.

El agente echó un vistazo rápido dentro del carrito para asegurarse de que habían parado a la persona correcta. Luego regresó al coche de policía sin hacer ningún comentario y volvió a subirse. El letrero de neón de la ventanilla trasera volvió a encenderse con su seductor mensaje:

FOLLOW US!

SEGUICI!

FOLLOW US!

SEGUICI!

Un tembloroso Escher siguió al coche patrulla mientras, a través de los altavoces, oía que Federica, el ama de llaves de Gino, llamaba a la puerta de Ala. Visiblemente satisfecha de que esta se lo hubiera terminado todo y de que incluso hubiera vaciado por completo el tarro de mermelada, se llevó la bandeja de la mesa y acompañó a su invitada hasta el salón de Gino.

Ala nunca había visto una habitación tan de cuento de hadas. El salón de Gino parecía un castillo subterráneo lleno de tesoros, un

palacio encantado repleto de muebles, alfombras, jarrones y candelabros exquisitos. Había pinturas al óleo con magníficos marcos dorados en las paredes, que a Ala le recordaron una salida de la escuela al famoso museo de No-sé-cuántos. Allí no había necesidad de proteger los cuadros de la luz del sol porque, al igual que en el apartamento para invitados, unas pantallas enormes sustituían las ventanas y ofrecían una vista panorámica del paisaje circundante. En una de ellas se veía el coche de Corrado aparcado. El propio Corrado y el conductor estaban de pie junto al vehículo y parecían estar esperando algo.

La mesa en la que estaba Gino habría sido lo bastante grande para diez invitados de Estado, pero estaban los dos solos. Gino y Ala. Gino ya había extendido las piezas del rompecabezas sobre la mesa y había montado algunos fragmentos del cuadro, aparentemente enorme. Ala se dio cuenta de que el anciano usaba guantes blancos. También vio que las piezas no estaban cortadas como las de un rompecabezas normal: no eran las típicas formas irregulares a las que estaba acostumbrada, sino cuadradas. Por el tamaño recordaban más un juego de *memory* que un rompecabezas.

Gino le entregó un par de finos guantes blancos.

—Hay que jugar con guantes —le explicó—. Es demasiado valioso para tocarlo.

Ala no preguntó por qué las piezas eran tan delicadas, pero se fijó en que los pequeños cuadrados no eran piezas de cartón cortadas por máquinas. Algunas de las piezas estaban ligeramente deshilachadas y cortadas de forma desigual. Al coger un cuadrado de color claro con una esquina azul se dio cuenta de que era más blando de lo que esperaba. Se parecía más a un tejido duro que a una pieza de rompecabezas. Tampoco tenía un color plano, como

una pieza impresa, sino que más bien parecía pintura sobre tela, aplicada con pincel.

—Es posible que exagere con las precauciones —reflexionó Gino —. Lo más probable es que nunca vuelva a su estado anterior. Técnicamente es imposible, pero nunca se sabe. A lo mejor algún día será posible reconstruir el cuadro. ¡Nuevas tecnologías, ordenadores, láseres! ¡Magia electrónica! Por eso lo toco solo con guantes. No sabemos qué nos depara el futuro.

—No está escrito —dijo Ala.

—No, no lo está —coincidió el frágil anciano, añadiendo otra pieza a uno de los fragmentos que iban apareciendo en diversos lugares de la mesa—. El futuro solo lo saben las estrellas, Ala.

Gino trabajaba sin cesar en el cuadro. Ala estaba maravillada por la certeza de sonámbulo con la que iba juntando los cuadrados. Lo observó durante un rato, preguntándose cuántas veces habría montado las innumerables piezas para formar el cuadro completo en los veinte años que llevaba en el sótano.

—Échame una mano —dijo Gino—. Es divertido, ya lo verás.

—¿Cuántas veces lo ha montado? —preguntó por fin Ala, haciendo acopio de valor.

Gino esbozó una sonrisa débil.

—Hace tiempo que dejé de contar, Ala. Es una forma agradable de pasar el tiempo. El tiempo aquí abajo adquiere otro significado.

—¿Como cuando ponen tu llamada en espera?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leí en un libro...

Cogió una de las piezas y trató de encontrar el lugar adecuado para ella.

—Es una de las piezas exteriores —sonrió Gino—. Se reconoce por el corte; los bordes no están tan bien cortados. —Se la cogió de

las manos y recorrió el canto irregular con un dedo. Luego la colocó en el filo de la mesa—. La mesa está hecha a medida. Tiene este reborde elevado para que las piezas no se caigan. ¿Ves?

Ala se quedó a cuadros. La mesa medía casi tres metros de largo y era el doble de ancha que una mesa de comedor normal. Nunca había visto un rompecabezas tan grande.

—Son dos metros por dos metros setenta —le explicó el anciano con una sonrisa—. Cuenta la historia del nacimiento de Cristo. ¿Tú eres católica? —preguntó sin levantar la vista del rompecabezas.

—Creo que somos..., no sé, católicos y ya —respondió Ala.

—Es una imagen sagrada. Por desgracia, no hay una plantilla que te pueda servir de guía. Existe solo en mi cabeza; lo he armado miles de veces...

Ala buscó otro cuadrado, lo cogió, volvió a dejarlo encima de la mesa y eligió otro. El anciano hizo un gesto en dirección al centro de la mesa de madera noble, que seguía completamente vacía.

—Ahí va el rostro de la Madonna —explicó, señalando el reluciente tablero—. Está sentada en el suelo del establo. Acaba de dar a luz al Salvador y tiene la mano derecha sobre el vientre. —Con la mano derecha trazó un pequeño círculo sobre el espacio vacío donde debería estar la mano derecha de la Madonna—. Y ahí, en el suelo, va el recién nacido. No está sobre la paja, sino sobre un paño blanco.

—¿La mujer está desnuda? —preguntó Ala.

El viejo soltó una carcajada.

—¡Pues claro que no! —exclamó—. No es una mujer, ¡es la Madonna! ¡La Virgen santísima! Lleva un vestido rojo y blusa blanca, como solían llevar las mujeres por esos lares. Y aquí, a su derecha, va san José. Está sentado en el suelo, pero solo se le ve por detrás. ¡Y es rubio! O, por lo menos, tiene el pelo tan blanco como yo. Pero

tiene unas piernas supermusculosas, o sea que seguro que es un joven rubio —sonrió el *capocrimine* Gino y colocó otra pieza—. Caravaggio debió de divertirse mucho con esas piernas.

—¿Quién es Caravaggio?

—El pintor, hija mía —dijo el anciano—. Ese era su nombre. Michelangelo Merisi, conocido como Caravaggio. Por su lugar de origen. ¿Nunca has oído hablar de él?

—Sí, sí. En la escuela o algo...

Ala recordó que había leído aquel nombre en su libro, pero antes de que pudiera decírselo a Gino, este ya estaba hablando otra vez:

—Un gran artista. ¡Enterrador del manierismo! Por desgracia, unos impresentables robaron el cuadro de la iglesia de Palermo. ¡Desgraciados! Mutilaron brutalmente el lienzo, ¡imagínate! —Volvió a coger el cuadrado del borde y se lo mostró a Ala—. Aquí se ve el corte. ¡Los muy idiotas lo cortaron con una navaja! Y eso no es todo. Una obra así de famosa no se puede vender. Pues ¡los muy insensatos la cortaron en cuatro partes! ¿Te imaginas?

Ala negó con la cabeza, con aparente consternación, aunque en realidad no le importaba.

—Creían que así podrían vender las piezas más fácilmente. —El *capocrimine* dirigió una mirada de desesperación a la mesa vacía, donde no le costaba nada imaginar el cuadro terminado—. Hay demasiados idiotas en nuestro oficio. En fin, que rescatamos el cuadro y se lo quitamos a esos idiotas, pero eso fue lo único que pudimos hacer. No hay forma de recomponerlo. No se puede recomponer algo que está cortado. Nadie puede. Cuando algo está cortado, solo puede salvarse cortándolo más, ¿entiendes?

Ala asintió, aunque no entendía muy bien a qué se refería.

—Tienes que cortarlo más, Ala, cortar y cortar hasta que vuelva a estar entero. Y eso es lo que hicimos, lo cortamos en piezas de una

pulgada por una pulgada. ¿Sabes cuántos cuadrados son eso, para un cuadro de dos metros por dos metros setenta?

—¿Mil? —aventuró Ala.

—¡Son ocho mil ciento noventa cuadrados! —dijo Gino con orgullo—. Y yo los monto todos los días, querida. A estas alturas me resulta tan familiar que el cuadro entero me parecería una falsificación. ¡El único lugar donde está completo es aquí dentro! —dijo, señalándose la sien con una sonrisa.

Ala reflexionó sobre lo que acababa de explicarle el anciano. Quería preguntarle algo, pero antes de que encontrara las palabras, este ya estaba otra vez hablando de su cuadro:

—Solo se ve a san José por detrás porque está hablando con el barbudo. Está aquí, a la derecha de san Francisco —explicó Gino, señalando la parte central de la mesa, que seguía completamente vacía—. Y al otro lado, a la izquierda de la Madonna, está san Lorenzo, apoyado en la parrilla de hierro sobre la que murió abrasado. Detrás de él, una vaca mira con curiosidad al Niño Jesús. —El jefe, al que habían condenado en ausencia por setenta y tres asesinatos, no pudo evitar reírse de la vaca—: ¡Una vaca estúpida, al lado de la Madonna! —exclamó, negando con la cabeza, asombrado —. Y, en lo más alto, un ángel sobrevuela el establo. Un ángel maravilloso, como cuando tu padre me mandó aquella medicina milagrosa por el aire. Eso sí, solo al segundo intento. El primer envío se lo quedó para él, el muy pillín. —Gino se detuvo con la mano extendida sobre el centro de la mesa, como un karateca tomando medidas—. El ala del ángel está justo aquí, vertical en el centro de la imagen. Un ala vertical. Casi se puede oír el zumbido —rio el anciano —. El ángel apunta con un brazo hacia abajo, hacia el Salvador recién nacido, y con el otro hacia arriba, hacia Dios. ¡Y aquí...!

En la pantalla que mostraba el caminito de acceso a la casa, donde hasta entonces no se había movido nada, Ala vio un coche que se hacía cada vez más y más grande. Era un coche de policía. Detrás iba un segundo coche, un Seat Alhambra blanco. Ala conocía el modelo porque el padre de Selina Katharina también tenía un Alhambra, aunque el suyo era negro. Ambos vehículos desaparecieron de la pantalla y al momento volvieron a aparecer en la otra, que hasta entonces solo mostraba el coche aparcado de Corrado. El Seat Alhambra se detuvo delante del coche, que quedó totalmente oculto en la pantalla. El coche patrulla dio media vuelta y desapareció por el camino de acceso por el que había venido. En la luna trasera, un letrero de neón parpadeaba: *«Ciao Gino!»*.

Gino no hizo ni caso y señaló la esquina superior izquierda de la mesa:

—Por aquí pasa la banderola blanca que ondea de la mano del ángel. ¿Sabes esas banderolas publicitarias que ondean desde la cola de las avionetas?

Ala negó con la cabeza.

—Puede que hoy en día no sea tan habitual —dijo Gino—. Antes pasaba muy a menudo, cuando anunciaban algún evento o un nuevo Fiat. Una avioneta deportiva sobrevolaba los pueblos con una pancarta: el nuevo Fiat Punto. Un concierto de Luciano. Un combate de Primo Carnera. O el Giro de Italia. O una carrera en Mugello. —Parecía que los recuerdos habían eclipsado el cuadro en la mente del anciano, que al rato dijo—: Pues aquí ondea una cinta como esas. La lleva el ángel de la mano y dice: GLORIA IN ECCELSIS DEO, no con XC, sino con dos C, que es como se escribía antes. O sea que si encuentras una pieza con una letra, va aquí.

Ala estaba a punto de coger un fragmento con una letra cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el anciano sin volver la cabeza y en voz baja, como si hablara con Ala o con el ángel—, pero no abras la puerta demasiado rápido, o la corriente se llevará los fragmentos.

Corrado entró con un carrito, lo levantó con un gemido y vació el pesado contenido en el centro de la mesa. Los fajos de dinero aterrizaron más o menos donde debería haber estado la cara de la Virgen.

—Ya lo hemos contado: son tres millones.

—¡Vuelve a guardarlo! —le ordenó el capo a Corrado, con tono ofendido—. ¡Esto no pinta nada aquí!

Corrado obedeció como un perro y, en un santiamén, el dinero había desaparecido de la mesa y estaba guardado en una caja fuerte.

El anciano le dirigió una sonrisa cariñosa a Ala, se quitó los guantes y le tendió la mano:

—En ese caso, imagino que tenemos que despedirnos, querida. Han venido a buscarte. —Gino le dio algunas instrucciones más a Corrado sobre qué debía hacer con el carrito, y acto seguido le dijo a Ala—: Te voy a hacer un regalito para que no te lleves solo malos recuerdos de aquí.

Ala le estrechó la mano, abandonó el castillo de cuento de hadas de Gino y volvió al apartamento de invitados, donde Federica había reemplazado ya la fruta del día anterior con fruta fresca. Cogió unas uvas y esperó. Corrado se había quedado con Gino, pero al poco llamó a la puerta. En ese momento, Ala cayó en la cuenta de que antes también había llamado a la puerta de Gino como una persona normal. Corrado le hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañara, dejó la puerta del apartamento abierta y se adelantó hasta el ascensor. A Ala le sorprendió que no la llevara a rastras. No podía creer que fueran a soltarla y se movía con gestos casi tan

lentos como los de Gino. Entonces el ascensor mágico se cerró a sus espaldas, y Ala aún estaba esperando a que se pusiera en marcha cuando volvieron a abrirse las puertas: estaba en la planta baja.

El Seat Alhambra esperaba fuera, con el motor en marcha. Normalmente, a Ala le daba mucha rabia que el conductor de un coche aparcado dejara el motor en marcha. Una vez incluso le había dicho algo a un completo desconocido. Ella y Selina Katharina se habían acercado a la ventanilla y le habían gritado al idiota ese: «¡Apaga el motor!». Pero ahora aquel detalle era irrelevante. No le importaba, aunque no podía saber que, en realidad, el hombre que iba al volante no tenía ninguna culpa: le habían ordenado que esperara con el motor en marcha. Además del motor, había también un audiolibro en marcha. Ala lo oyó cuando Corrado abrió el maletero del Alhambra.

En el preciso instante en el que Corrado abría el maletero y metía el carrito en el coche, la voz del narrador dijo que Corrado tiró el carrito morado en el maletero del Alhambra con tanta fuerza que este retumbó con estrépito. A continuación, el narrador y el cerebro de Ala se tomaron un breve descanso.

Después de cerrar el maletero, Ala oyó que Corrado abría la puerta del copiloto y ponía una mano sobre la cabeza de la rehén, como un policía que, con un gesto que evoca casi lo contrario, quiere evitar que un detenido se manche la cabeza de sangre.

—¡Buen viaje! —gritó Corrado en alemán. Todas las ventanillas y puertas estaban cerradas, pero su voz salió de los altavoces del coche.

El narrador imitaba la voz de Corrado a la perfección.

Al momento se oyó una voz que no se parecía en nada a la de Gino.

—Tráeme el libro que Ala dejó en el apartamento de invitados —dijo Gino cuando Corrado volvió junto a él, en el sótano.

—Por desgracia está en un idioma extranjero —dijo Corrado a modo de disculpa cuando regresó.

—¿Puedes encontrarlo en italiano? ¿O en inglés?

Dos minutos más tarde, Corrado lo había descargado ya en inglés. Escher y Ala, que se había quedado dormida escuchando, ni siquiera habían salido del Aspromonte en el Seat Alhambra cuando Gino empezó a leer.

Trece horas más tarde, Gino había llegado a las últimas páginas. Al alba, Escher, que había conducido toda la noche y tan solo había parado una vez para repostar, tomó la calle que llevaba al gran cementerio de las afueras de su ciudad natal. Ala se despertó cuando el Alhambra se detuvo delante de la puerta cerrada. Tal vez era porque aún estaba medio dormida tras el largo sueño, o tal vez porque mientras dormía había oído algo, pero el caso es que siguió a Escher como una sonámbula hasta la puerta de hierro (todo orador fúnebre estaba familiarizado con aquella puerta, que nunca cerraban con llave) y hasta la tumba de su padre, que entretanto habían erigido sin ceremonias ni discursos.

Había un hombre de pie frente a la tumba. Contemplaba absorto la cruz y solo volvió la cabeza cuando oyó a Escher y Ala acercarse. A pesar de la oscuridad, Escher reconoció de inmediato al electricista. Ala corrió hacia su padre y lo abrazó. Escher se colocó con timidez junto a ellos y leyó el nombre de la cruz:

Marko Steiner, 1982-2024.

Las tumbas eran distintas a las del cementerio de Aspromonte, donde el testigo de la fiscalía se había despedido de su vida anterior, pero esa no era la única diferencia. También había menos luz. En la tumba de Elio Russo (1981-2002) aún era noche cerrada; faltaba

una hora para el alba. Sin la linterna de Falcone, no habrían podido encontrarla. Tal como en su día había contemplado su propia tumba junto al juez de instrucción, ahora estaba delante de otra tumba suya, junto a su hija y a Escher, el hombre que la había liberado. Los tres leyeron la inscripción que anunciaba su muerte.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó su hija.

Marko Steiner sonrió sin apartar los ojos de la fecha de su muerte. Se había propuesto no volver a mentirle a su hija, pero podía tranquilizarla con una sonrisa hasta que se presentara una versión tolerable de la verdad. Por su parte, a Ala le bastaba esa sonrisa en los labios de su padre para anticipar las palabras que estaba a punto de pronunciar. Salieron de su boca como la cosa más natural del mundo:

—¿El truco del almendruco?

—Correcto —dijo asintiendo—, el truco del almendruco. También conocido como...

—La trece catorce —añadió la hija.

Escher sonrió en silencio. Como profesional de lutos y funerales, su instinto natural era no interrumpir los momentos de duelo.

Se quedaron un buen rato ante la tumba, como si hubiera que prestar toda la atención y la devoción debidas a alguien a quien habían enterrado ya varias veces y despedirse con la postura adecuada.

Solo cuando el día se impuso por fin a la noche, Ala quiso saber dónde estaba su madre.

—Esperando en el coche —dijo Marko Steiner—. Ya hemos hecho las maletas.

—¿Qué maletas?

—Tenemos que mudarnos. Puedes elegir un nombre nuevo.

—¿Dónde está el coche?

Escher se preguntó adónde se mudarían. No tuvo que formular la pregunta en voz alta; el electricista volvió la cabeza hacia él y dijo:

—Nos mudamos a la ciudad más bonita del mundo.

—¿La más bonita del mundo? Me gustaría mudarme allí algún día...

—Entonces quizá volvamos a vernos —le sonrió el electricista, mientras los ojos de Ala inspeccionaban ya el aparcamiento. Escher se dio cuenta de que había llegado la hora. Quería despedirse de los dos, aunque le habría resultado incómodo aceptar el agradecimiento de la viuda, que ya no lo era. Tampoco quería el del electricista. Le tendió la mano para despedirse, pero entonces se acordó del regalo que había dejado en el coche y volvió a retirarla.

—Se me olvidó darles el regalo de Gino —dijo.

—No aceptamos regalos de esa gente —dijo el electricista—. Es todo suyo.

—No, es para Ala.

—Y esta se lo cede a su liberador, ¿verdad? —le preguntó a su hija, y esta asintió—. No se preocupe: ya nos ha dado tres millones —añadió el electricista, dirigiéndose a Escher—. Pero no tenemos que despedirnos todavía. Pasaré por su casa al salir de la ciudad; aún no le he arreglado el enchufe.

—No hace falta —respondió Escher.

—Sí, sí hace falta. Nunca hay que dejar un trabajo a medias. Así es como me educaron. Además, no puede ser que cada vez que quiere hacer café tenga que desenchufar la tetera para enchufar la cafetera. ¡Y encima la conexión hace cortocircuito! No entiendo cómo alguien puede vivir así tanto tiempo.

Ala cogió la mano de su padre como una niña pequeña, algo que evitaba desde hacía por lo menos tres años.

—Vaya tirando —le dijo el electricista a Escher—. Rezaremos un poco más y luego pasaremos por su casa.

—¿De verdad no le importa el rodeo?

—Uno no puede mudarse sin antes dar un rodeo. Trae mala suerte.

—¿Y no le da miedo que vuelva a conectar el fusible?

—No sería ningún problema —sonrió Elio.

Escher se fue directamente a su casa y, aunque apenas se tenía en pie del cansancio, lo primero que hizo fue sacar el carrito del coche. Aún pesaba bastante, aunque no tanto como en el viaje de ida. Cuando echó un vistazo al interior, en la acera, le sorprendió que ocho mil ciento noventa cuadrados de lienzo no pesaran más.

Mientras esperaba el ascensor para subir a su piso, dejó a un lado el regalo de Gino y abrió el buzón. Tenía la sensación de que debería estar a rebosar tras su largo viaje, pero lo cierto era que no llevaba tanto tiempo fuera y solo encontró un discreto sobrecito acolchado. Dentro había un objeto diminuto, envuelto a su vez en una película acolchada. La carta adjunta estaba tan apretada contra el interior del sobre que casi se le pasó por alto.

«Le pedimos disculpas por las molestias que le haya podido causar nuestro error de producción», le escribía el fabricante del rompecabezas *La creación de Adán*, al que había enviado varias cartas de reclamación a lo largo de los años. La empresa había localizado la pieza faltante, que dejaba un vacío entre el dedo índice de Dios y el de Adán. «Durante una revisión general de la maquinaria descubrimos un defecto técnico que hacía que la punzonadora se tragara de forma sistemática esa pieza; con el paso del tiempo, se había acumulado una montaña en el interior de la máquina. Le agradecemos su *feedback* y esperamos que disfrute de *La creación de Adán*, ahora sí, completa.»

La cabina del ascensor se abrió ante él. Escher no sabía qué hacer con aquel objeto que llevaba tanto tiempo desaparecido, de modo que lo guardó en el sobre, lo volvió a meter en el buzón y lo cerró de nuevo. De todos modos, ya era demasiado tarde.

Quería llamar de inmediato a Nellie Wieselburger, pero, cuando por fin llegó a su piso, se dio cuenta de que aún no había amanecido, así que colocó el carrito de la compra en medio del salón y le sacó una foto, que mandó a Nellie, acompañada del siguiente mensaje: «Tu llamada me ha dado mucho que pensar. No sé si lograré ser mejor persona, pero, en cualquier caso, te he traído un regalo de Italia. Está en el carrito (ver foto). Por favor, avísame cuando tengas tiempo para que te lo dé».

Le habría gustado tumbarse y dormir unas horas, pero el electricista no tardaría en llamar y no quería que se le pasara. Por precaución, Escher volvió a comprobar que el timbre no estuviera desconectado. Entonces esparció los ocho mil cuadraditos por el suelo de su casa y les fue dando la vuelta, uno a uno. No se acordó de usar los guantes.

No era fácil acostumbrarse a las piezas cuadradas. Eran ocho mil ciento noventa cuadraditos. Terminar aquel cuadro le parecía tarea imposible. La inscripción GLORIA IN ECCELSIS DEO era la única parte sencilla. Se preguntó por la peculiar ortografía. En su estado de agotamiento, a su cerebro le costó memorizar la que antaño era la frase más familiar para cualquier niño. «Gloria a Dios en las alturas... y en la tierra paz a los hombres... de buena voluntad.»

Para no dejarse abrumar por la dolorosa belleza de aquellas palabras, intentó añadir algunos cuadritos más al eslogan. El electricista tardaba en llegar. Escher pronto sintió que el sueño se apoderaba de sus dedos y sus ojos. En lugar de colocar la siguiente

pieza del rompecabezas, se echó en el suelo, rodeado de cuadrados de colores, y esperó a que el electricista llamara al timbre.

Cortocircuito
Wolf Haas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *WACKELKONTAKT* by Wolf Haas

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Cinta Vidal

© Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, München, 2025
Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© de la traducción, Carles Andreu, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-322-5015-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta